al sincero amigo
Julio Broutá

BERNARD SHAW

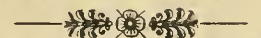
Hombre y superhombre

COMEDIA Y FILOSOFÍA

EN CUATRO ACTOS, EN PROSA

TRADUCIDA DEL INGLÉS AL ESPAÑOL POR

JULIO BROUTÁ



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915





HOMBRE Y SUPERHOMBRE

BERNARD SHAW

HOMBRE Y SUPERHOMBRE

COMEDIA Y FILOSOFÍA

en cuatro actos, en prosa

TRADUCIDA DEL INGLÉS AL ESPAÑOL POR

JULIO BROUTÁ



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551
1915

PERSONAJES

JOHN TANNER.
ROEBUCK RAMSDEN.
SUSANA RAMSDEN.
OCTAVIO ROBINSON.
VIOLETA ROBINSON.
MRS. WHITEFIELD.
ANA WHITEFIELD.
MALONE.
HECTOR MALONE.
ENRIQUE STRAKER.
UNA DONCELLA.

MENDOZA, jefe de bandoleros.
VARIOS BANDOLEROS.
UN OFICIAL.
EL DIABLO.
DON JUAN TENORIO.
LA ESTATUA DEL COMENDADOR.
DOÑA ANA DE ULLOA.

La acción del primer acto, en Londres; del segundo, cerca de Richmond; del tercero, en la Sierra Nevada, y del cuarto, en Granada.—Época actual

ACTO PRIMERO

Roebuck Ramsden está en su despacho abriendo la correspondencia de la mañana. El estudio, amueblado elegante y seriamente, revela el hombre de buena posición. No se ve ni rastro de polvo. Se nota desde luego que hay en la casa por lo menos dos criadas y una doncella, amén de un criado que descansa poco. Hasta el vértice del cráneo de Ramsden está pulido, tanto que, en un día de sol, podría heliografiar sus órdenes á campamentos lejanos, con sólo menear la cabeza. En ningún otro concepto, sin embargo, recuerda al hombre militar. Es en la vida civil activa en que los hombres adquieren aquel aire hinchado de importancia, aquella espera de diferencia por parte de los demás, aquel modo de hablar que ahora no admite réplica, y en un tiempo, antes del ascenso deseado y la obtención del poder é influencia suficiente, fué circunspecto y atento. El es más que un personaje respetable; se caracteriza como presidente de personajes respetables, como principal entre directores, como alcalde entre concejales. Cuatro tufos de pelo cano, que pronto estará tan blanco como la nieve, caen en dos pares simétricos por encima de sus orejas y en los ángulos de sus anchas mejillas. Lleva una levita negra, un chaleco blanco (hace un tiempo espléndido de primavera) y pantalones ni negros ni perceptiblemente azules, de una de esas telas indefinidas, camaleón que los fabricantes modernos producen para armonizarlas con las opiniones y convicciones de los hombres respetables. Todavía no ha salido de casa hoy, de modo que está en zapatillas, y sus botas están preparadas para él de-

lante de la chimenea. Siendo de suponer que no tiene ayuda de cámara, y al ver que no tiene secretario que sepa taquigrafía y escribir á máquina, uno considera cuán poco los hábitos caseros de nuestra alta burguesía han sido modificados por los métodos y adelantos nuevos, así como por las iniciativas de las compañías de ferrocarriles y hoteles que nos proporcionan una estancia en la playa de Folkestone, desde el sábado hasta el lunes, con hospedaje impecable y billete de ida y vuelta en primera clase, todo por dos guineas.

¿Qué edad tiene Ramsden? La cuestión tiene importancia al principio de un drama de ideas, porque en tales circunstancias todo depende de si su *juventud* está en los sesenta ó en los ochenta. Pues nació, digámoslo sin ambajes, en 1839; de modo que tiene ahora sesenta y cuatro años, y ha sido, desde muchacho, unitarista y librecambista, y, desde la publicación del «Origen de las Especies», evolucionista. En consecuencia, siempre se ha considerado á sí mismo como pensador adelantado y reformador impertérrito.

Sentado á su mesa de escribir, tiene á su derecha las ventanas que dan á *Portland Place.* Al través de ellas, como por un proscenio, el espectador curioso puede contemplar su perfil por cuanto permiten los cristales. A su izquierda está la pared del interior, con una librería considerable, y la puerta, no en el centro, sino un poco más allá de él. Junto á la pared, enfrente de él, hay dos bustos encima de columnas, el uno, á su izquierda, de John Bright, el otro, á su derecha, de mister Herbert Spencer. Entre ellos está colgado un retrato grabado de Richard Cobden, fotografías amplificadas de Martineau, Huxley y George Eliot, autótipias de alegorías de Mr. G. F. Watts (porque Ramsden cree en las bellas artes con toda la convicción de un hombre que no entiende una jota de ellas) y un impreso del grabado hecho por Dupont del hemiciclo de los Beaux Arts de Delaroche, representando el gran hombre de todas las épocas. En la pared, detrás de él, encima de la chimenea, cuelga un retrato de familia de impenetrable obscuridad.

Hay una silla cerca de la mesa de escribir á la disposición de las visitas de negocio. Hay otras dos sillas cerca de la pared entre los bustos.

Entra una doncella con una tarjeta de visita en la mano. Ramsden la coge y menea la cabeza complacido. Evidentemente es una visita grata.

Ramsden Diga á ese caballero que pase.
(La Doncella sale y vuelve seguida de la visita.)

Donc. Mr. Robinson.

Mr. Robinson es realmente un joven de aspecto sumamente simpático. Desde luego se piensa que va á ser el joven galán, porque no hay razón para suponer que otro personaje tan atractivo pueda aparecer en una misma pieza. Su cuerpo esbelto y bien formado; su traje, elegante, de luto riguroso; su cabeza pequeña y rasgos regulares; su bonito y fino bigote; sus ojos claros y francos; su tez sonrosada; su cabello lustroso y bien cepillado, no rizado, pero fino y de hermoso color negro; el arco de buena naturaleza de sus cejas; la frente alta y el mentón algo apuntado; todo indica que el hombre luego amará y sufrirá. Y que esto no sucederá sin que se granjee las simpatías del público lo garanti zan la sinceridad que previene en su favor y la serviciabilidad modesta é insistente que le señala como hombre de índole amable. En cuanto entra el joven, la cara de Ramsden resplandece de cariño paternal y agrado, cuya expresión se matiza con decorosa comprensión al acercársele el joven con tanto luto en su semblante como en su traje negro. Ramsden, evidentemente conoce el motivo del luto.

Al avanzar la visita silenciosamente hacia la mesa de escribir, el anciano se levanta y por encima tiende la mano sin decir una palabra. Sigue un apretón largo y cariñoso que dice la historia de una dolorosa pérdida común.

Ramsden (Concluyendo el apretón y recobrando su expresión habitual.) Vamos, vamos, Octavio, á todos nos ha de llegar, más tarde ó más temprano. Siéntate, hombre.
(Octavio ocupa la silla junto al escritorio. Ramsden vuelve á ocupar su sillón de despacho.)

Oct. Sí, hay que resignarse, Mr. Ramsden. Pero yo le debía tanto al difunto... Hizo por mí tanto como pudiera haber hecho mi propio padre, de haber vivido.

Ramsden No tenía hijo suyo, como sabes.

Oct. Pero tenía hijas, y, sin embargo, fué tan bueno para con mi hermana como para mí. ¡Y qué repentina ha sido su muerte! Yo siempre tenía la intención de expresarle mi

agradecimiento, de demostrarle que no tomaba como cosa natural todo su cariño por mí, como cualquier muchacho toma el cariño de su padre. Pero yo esperaba una ocasión oportuna, y ahora está muerto, sin que nada indicara la proximidad de semejante desgracia. Nunca sabrá mis sentimientos para con él. (Saca su pañuelo y llora sinceramente.)

Ramsden ¿Quién lo sabe, Octavio? Puede que lo sepa, no digamos. ¡Vaya! no te aflijas demasiado! (Octavio se domina y se mete el pañuelo en el bolsillo.) Así. Ahora te voy á decir algo que podrá consolarte. Cuando le ví la última vez... en esta misma habitación fué... me dijo: «Octavito es un excelente muchacho y un alma noble, y cuando veo el poco cariño que algunos inspiran á sus hijos, me doy cuenta de que para mí es mucho mejor que un hijo.» ¡Vamos! ¿Qué dices á esto?

Oct. Mr. Ramsden, solía decirme que en el mundo había encontrado á un sólo hombre que era la personificación del honor, y que ese hombre era Roebuck Ramsden.

Ramsden Era favor que me hacía. Eramos muy antiguos amigos, como sabes. Pero acerca de ti decía aún otra cosa, pero no sé si debo hablarte de ella ó no.

Oct. Usted debe saberlo mejor que nadie.

Ramsden Era algo que se relacionaba con su hija.

Oct. (Con vivo interés.) ¡Ah! respecto de Ana. Dígame, dígame lo que es, Mr. Ramsden.

Ramsden Pues me dijo que se alegraba, después de todo, de que no fueras su hijo, porque pensaba que algún día Anita y tú... (Octavio se enrojece vivamente.) En fin, tal vez no debiera yo decir nada. Pero lo decía en serio mi pobre amigo.

Oct. ¡Ay, si siquiera estuviese yo seguro de que ella me quiere! Ya sabe usted, Mr. Ramsden, que á mí el dinero me tiene sin cuidado, y lo mismo lo que la gente llama posición. Me es imposible interesarme por semejantes cosas ni luchar por ellas. Pues Ana tiene una naturaleza muy exquisita, pero está tan acostumbrada á verse en me-

dio de esas cosas, que considera incompleto el carácter de un hombre si no es ambicioso. Sabe que si se casase conmigo tendría que hacer esfuerzos de voluntad para no avergonzarse de no sobresalir yo en nada.

Ramsden (*Levantándose y plantándose de espaldas á la chimenea.*) Tontería, hijo, tontería. Eres demasiado modesto. ¿Qué sabe ella, á su edad, del valor real de los hombres? (*Más serio.*) Además, es una muchacha que tiene el sentimiento del deber hasta dejarlo de sobra. Los deseos de sus padres serán sagrados para ella. ¿Querrás creer que desde que tiene uso de razón no recuerdo que una sola vez haya dado su propio deseo como motivo para hacer ó dejar de hacer alguna cosa? Siempre era lo mismo. «Papá quiere» ó «á mamá no le gustaría». Es casi un defecto ya. Muchas veces le he dicho yo que debía acostumbrarse á pensar por sí misma.

Oct. (*Meneando la cabeza.*) No podría yo pedir su mano, Mr. Ramsden, alegando que era un deseo de su difunto padre.

Ramsden Hombre, claro que no. Ya me hago cargo. Pero si la conquistaras por tu propio mérito, sería para ella una doble dicha luego el saber que su propio deseo había coincidido con el de su padre. ¿Eh? ¿Qué te parece? De modo que harás tu petición, ¿verdad?

Oct. (*Con alegría melancólica.*) De todos modos, le aseguro que no he de pedir la mano de otra en mi vida.

Ramsden Ni falta que hará, hombre. Te aceptará, querido... aunque (*Aquí se pone de repente muy serio.*) tienes un gran inconveniente.

Oct. (*Angustiado.*) ¿Qué inconveniente es ese, mister Ramsden? Mejor dicho, ¿cuál es de mis muchos inconvenientes?

Ramsden Pues te diré, Octavio. (*Coge de la mesa un libro encuadernado en tela roja.*) Tengo aquí un ejemplar de la obra más infame, más escandalosa, más maléfica, más ruin que jamás se haya escapado de ser quemada en público por mano del verdugo. No la he leído. No quisiera manchar mi espíritu con semejante inmundicia, pero he leído lo que dicen de

ella los periódicos. Me basta y me sobra con el título. (Lee.) «Manual y Guía de bolsillo del Revolucionario», por John Tanner, I D L C R H., individuo de la clase rica holgazana.

Oct. (Sonriendo.) Pero si Juanito...

Ramsden (Mohino.) Te suplico que no le llames Juanito en mi presencia. (Tira con violencia el libro sobre la mesa. Entonces, algo aliviado, se acerca á Octavio por delante de la mesa y se dirige á él con energía y seriedad.) No, Octavio; sé que mi difunto amigo tenía razón al decir que eres un joven generoso. Sé que ese hombre ha sido condiscípulo tuyo y que te crees obligado á defenderle porque fuísteis amigos. Pero te ruego consideres que ya han cambiado las circunstancias. Has sido tratado como hijo en casa de mi pobre amigo. Allí vivías y no era posible enseñarle la puerta á tu condiscípulo. Allí entraba y salía aquel Tanner, con pretexto de verte, casi desde niño. Llamaba á Anita por su nombre con tanta libertad como tú. Pues bien, mientras vivía el padre de ella, eso era asunto de él, no mío. Ese Tanner para él era un chico, sus opiniones le hacían sonreir, como si hubiesen sido un sombrero de hombre en cabeza de niño. Pero ahora Tanner es un hombre hecho y derecho, y Anita una mujer. Y el padre ya no está. No conocemos todavía el contenido del testemento, pero muchas veces me habló de ello, y estoy tan seguro como de que estás sentado ahí, de que me ha nombrado á mí albacea y tutor de Anita. (Violento.) Ahora te digo, una vez para siempre, no puedo ni quiero que quede Anita en una situación que tenga, por consideración á ti, sufrir las familiaridades de aquel individuo. Mi conciencia no me lo consiente. ¿Qué tienes que decir á esto?

Oct. Pero si Ana misma le ha dicho á Juanito que, sean las que sean sus opiniones, siempre será bienvenido por haberle conocido su querido padre.

Ramsden (Perdiendo la paciencia.) Esta chica está loca con eso del deber para con sus padres. (Se precipita como un buey aguijoneado en dirección del busto

de John Bright, en cuya expresión no hay simpatía para él. Hablando se vuelve hacia Herbert Spencer, quien le recibe con más frialdad aún) Dispensa, Octavio, pero hay un límite á la tolerancia social. Sabes que no soy un hombre de ideas preconcebidas ó estrechas. Sabes que me llamo lisa y llanamente Roebuck Ramsden, mientras otros que han hecho menos tienen buenos títulos que añadir á sus apellidos; porque yo he peleado por la igualdad y por la libertad de conciencia, mientras ellos han estado rebajándose delante de la iglesia y de la aristocracia. Mi pobre amigo Whitefield y yo perdimos una ocasión tras otra por nuestras ideas avanzadas. Pero lo del anarquismo y el amor libre y cosa por el estilo no va conmigo. Si he de ser el tutor de Anita, tendrá que aprender que tiene deberes para conmigo. No lo consiento. No lo quiero tolerar. Tiene que prohibir la entrada á John Tanner, y en el mismo caso estás tú. (La DONCELLA vuelve.)

Oct. Pero...

Ramsden (Señalándole la doncella.) ¡Chist! ¿Qué hay?

Donc. Ahí está Mr. Tanner que desea hablarle, señor.

Ramsden ¡Mr. Tanner dice usted!...

Oct. ¡Hombre, Juanito!

Ramsden ¿Cómo se atreve Mr. Tanner á visitarme á mí? Dígale que no le puedo recibir.

Oct. (Ofendido.) Siento mucho que quiera usted cerrar la puerta de su casa á mi amigo de esta manera.

Donc. (Con calma.) Cerrar la puerta, no. Mr. Tanner está arriba en el salón con Miss Ramsden. Vino con la señora Whitefield y Miss Ana y Miss Robinson.

(Ramsden se queda sin habla por la impresión que le produce esta comunicación.)

Oct. (Riéndose suavemente.) Cosas de Juanito, mister Ramsden. Debe usted recibirle aunque no sea más que para echarle de casa.

Ramsden (Hablando con labios trémulos y rabia reprimida.) Vaya usted arriba y dígale á Mr. Tanner que haga el favor de bajar. (La doncella sale y Ramsden vuelve á la chimenea como á una posición

fortificada.) ¡Vamos, es un poco fuerte!... ¡Habráse visto!... Si estos son los procedimientos de esa gentuza anarquista, ¡hay que ver! Y pensar que... ¡vamos! Anita con él. Ani... A... A... (Balbucea.)

Oct. Es verdad, á mí también me sorprende eso. Precisamente parece que se asusta de Ana. No me cabe duda, algo sucede.

Mr. John Tanner, de repente, abre la puerta y entra. Es demasiado joven para ser descrito como un hombre gordo con barba. Pero desde luego se ve así será cuando avance en años. Todavía tiene algo de la esbeltez juvenil, pero sus empeños no son ostentar juvenilidad. Su levita no le vendría mal á un presidente del Consejo de ministros, y cierto movimiento altanero de los hombros, cierta actitud tiesa de la cabeza y la olímpica majestad conque una melena, ó mejor dicho, un manojo tremendo de pelo, color avellana, oscila por encima de una frente imponente, más bien recuerda á Júpiter que á Apolo. Habla con una facilidad pasmosa, es un hombre de movimiento continuo, que se excita por nada (hay que fijarse en las ventanas palpitantes de su nariz y sus movibles ojos azules imperceptiblemente más abiertos de lo normal) y tal vez una miaja loco. Viste con pulcritud, no por la vanidad que no puede pasarse sin ostentación, sino por la convicción de la importancia de todo lo que hace que le impulsa á prestar la misma atención á una visita que otros prestan á casarse ó á poner la primera piedra de un edificio. Es un hombre sensitivo, susceptible, exagerado, serio; un megalomaniático, que sería hombre perdido si no tuviese desarrollado el sentido humorístico.

Precisamente en este momento dicho sentido se ha eclipsado. El decir que está excitado no es decir nada, está literalmente en ebullición. En este momento está en la fase del susto mayúsculo, y se va derecho á Ramsden como si fuera á pegarle un tiro en el acto. Pero lo que saca de su bolsillo interior no es una pistola, sino un pliego de papel de barbas que refriega bajo las narices indignadas de Ramsden, exclamando...

Tanner Ramsden, ¿sabe usted lo que es esto?

Ramsden (Tieso.) No, caballero.

Tanner Es una copia del testamento de Whitefield. Ana la logró esta mañana.

Ramsden Al decir Ana, querrá usted decir Miss Whitefield.

Tanner Al decir Ana, quiero decir Ana, nuestra Ana, la Ana de usted, la Ana de Octavito, y ahora... ¡Dios me tenga de su mano! ¡Mi Ana!

Oct. (Levantándose muy pálido.) ¿Qué quieres decir?

Tanner ¿Que qué quiero decir? (Levanta el testamento.) ¿Saben ustedes á quién se nombra tutor de Ana por este testamento?

Ramsden (Con frialdad.) A mí, supongo.

Tanner ¿A usted?... A usted y ¡á mi, á mí, á mí!... ¡A los dos! (Tira el testamento sobre la mesa de escribir.)

Ramsden ¡Usted! ¡Imposible!

Tanner ¡Desgraciadamente es la horrible verdad!... (Se deja caer en la silla de Octavio.) Ramsden, sáqueme usted de este berengenal de cualquier modo. Usted no conoce á Ana como yo. Cometerá cualquier crimen que cualquier mujer decente pueda cometer, y se justificará de todos ellos diciendo que fué la voluntad de sus tutores. Nos ha de echar la culpa de todo, y no tendremos sobre ella más autoridad que un par de ratones sobre un gato.

Oct. ¡Juanito, no me gusta que hables así de Ana!...

Tanner Este muchacho está enamorado de ella. Esta es otra complicación. Pues bien, lo que va á suceder es lo siguiente: ella, ó le plantará diciendo que no era de mi agrado su elección, ó se casará con él diciendo que usted se lo había mandado. Le digo á usted que este es el golpe más fatal que haya herido á un hombre de mi edad y temperamento.

Ramsden Déjeme ver ese testamento, caballero. (Va á la mesa y coge el pliego.) No puedo creer que mi pobre amigo Whitefield haya dado muestra de tan poca confianza en mí, que me haya querido asociar con.. (Su seguridad viene abajo á medida que va leyendo.)

Tanner El caso es que tengo yo la culpa de todo. Esta es la horrible ironía de ello. Un día Whitefield me dijo que usted había de ser el

tutor de Ana en caso de morir él. Y como un tonto empecé yo á argumentar sobre lo ilógico que era poner á una mujer joven bajo la tutela de un hombre viejo con ideas atrasadas...

Ramsden (Atónito.) ¡Yo ideas atrasadas!...

Tanner Completamente. Estaba yo acabando un folleto intitulado «Fuera los Gobiernos con canas», y estaba lleno de argumentos y pruebas. Dije que lo mejor era combinar la experiencia de un viejo con la vitalidad de un joven. Que me ahorquen si no me cogió la palabra y modificó su testamento en aquel sentido, pues está fechado unos quince días despues de aquella conversación, y me designa á mí como cotutor con usted.

Ramsden (Pálido y decidido.) Me negaré á aceptar el cargo.

Tanner No le valdrá. Me he estado yo negando por todo el camino desde Richmond, pero Ana dice y repite que, claro está, ya no es más que una huérfana, y no puede esperar que las personas que con gusto iban á su casa en tiempos de su padre, quieran ahora molestarse en ocuparse de ella. Este es el último papel por ahora. ¡Una pobre huérfana! Es como si oyese uno á un acorazado quejarse de estar á la merced de las olas y los vientos.

Oct. Eso no está bien, Juanito. Ella es huérfana, no le des vueltas, y tú debieras protegerla.

Tanner ¡Protegerla! ¿Qué peligros son los que la rodean? Tiene de su lado la ley; tiene de su lado el sentimiento popular, tiene la mar de dinero y ninguna conciencia. Todo lo que quiere de mí es cargarme con todas sus responsabilidades morales y hacer su voluntad á costa de mi buena fama. Yo no la puedo vigilar y mandar, y ella puede comprometerme á mí cuantas veces se le antoje. Lo mismo que si fuese yo su marido.

Ramsden Puede usted negarse á aceptar la tutoría. Yo, por mi parte, me negaré á compatirla con usted.

Tanner Sí; ¿y qué dirá ella á todo eso? ¿Qué dice ella? Pues que, para ella, los deseos de su

padre son sagrados, y que siempre me mirará como á su tutor, lo mismo si asumo la responsabilidad del cargo, que si no la asumo. ¡Niéguese! Lo mismo sería negarse á ser envuelto por una serpiente boa que ya le estuviese apretando el cuello.

Oct. Lo que hablas es poco atento para conmigo, Juanito.

Tanner (Levantandose y acercándose á Octavio para consolarle, pero todavía lamentándose.) Si necesitaba un tutor joven, ¿porqué no designó á Octavito?

Ramsden ¡Ah! sí, lo mismo digo.

Oct. Pues, miren, me hizo indicaciones, pero yo me negué á aceptar porque estaba enamorado de Ana. No tenía derecho á imponerme á ella como tutor nombrado por su padre. Le habló de ello, y Ana dijo que yo tenía razón. Sabe usted, Mr. Ramsden, que yo la quiero. Y también lo sabe Juanito. Si Juanito amase á una mujer, yo no la compararía con una serpiente boa delante de él, por muy antipática que me fuese. (Se sienta entre los bustos y vuelve la cara hacia la pared.)

Ramsden No creo que Whitefield estaba en sus cabales cuando hizo el tal testamento. Usted ya dijo que lo hizo influido por usted.

Tanner Debiera usted agradecerme mucho mi influencia. Deja para usted, para recompensar sus molestias, una manda de dos mil quinientas libras. A Octavito le deja un dote para su hermana y cinco mil libras para él.

Oct. (Dejando otra vez correr sus lágrimas.) ¡Oh! Yo no puedo aceptar. Ha sido demasiado bueno para nosotros.

Tanner Chico, no cobrarás nada si Ramsden protesta el testamento.

Ramsden ¡Ah! Ya veo que me han metido en un callejón sin salida.

Tanner A mí no me deja más que el encargo de vigilar á Ana, alegando que ya tengo más dinero de lo que me conviene. Esto prueba que estaba en pleno uso de su razón. ¿No le parece?

Ramsden (Con fiereza.) Lo confieso.

Oct. (Levantándose y abandonando su refugio junto á la pared.) Mr. Ramsden, yo creo que abriga us-

ted prejuicios acerca de Juanito. El es un hombre de honor é incapaz de abusar...

Tanner Calla, hombre, que me vas á poner malo. Yo no soy un hombre de honor, soy un hombre aplastado por una mano muerta. Octavito, tienes que casarte con ella después de todo y quitármela de encima. ¡Y yo que me había empeñado en salvarte de ella!

Oct. ¡Oh! Juanito, hablas de salvarme de mi mayor felicidad.

Tanner Sí, una felicidad de toda la vida. Si fuese solo la felicidad de la primera media hora, Octavio, la compraría para tí con mi último penique. ¡Pero una felicidad de toda la vida! Ningún hombre en este mundo podría soportarla; sería el infierno en la tierra.

Ramsden (Violento.) Sandeces, caballero. Hable usted con sentido común, si no, que le escuche quien quiera. Tengo otras cosas que hacer que escuchar sus tonterías. (Va á su sillón de despacho y vuelve á sentarse.)

Tanner ¿Has oído, Octavio? Ni una idea, en su cabeza, posterior al año 86. No podemos dejar á Ana exclusivamente en manos de semejante tutor.

Ramsden Estoy orgulloso de su desprecio por mi carácter y opiniones, caballero. Las suyas están estampadas en este libro, según creo.

Tanner (Yendo con viveza hacia la mesa.) ¡Cómo, ha comprado usted mi libro! ¿Qué le parece á usted?

Ramsden Pero, ¿usted cree que yo iba á leer semejante libro?

Tanner Entonces ¿por qué lo ha comprado?

Ramsden No lo he comprado. Me lo mandó alguna señora tonta que parece admirar las ideas de usted. Iba precisamente á ponerlo en su sitio cuando vino Octavio á interrumpirme. Voy á hacerlo ahora, con su permiso. (Tira el libro en el cesto de los papeles con tal vehemencia que Tanner retrocede con la impresión de que se lo tiró á la cabeza.)

Tanner Según veo, es usted como yo, no le gustan los rodeos. Mejor, esto facilitará nuestros tratos. (Se vuelve á sentar.) ¿Qué piensa usted hacer en eso del testamento?

Oct. ¿Me permiten hacer una pregunta?

Ramsden Bien, hombre, habla.

Oct. ¿No les parece que hasta la fecha no sabemos lo que Ana piensa sobre el asunto?

Ramsden Es verdad, y estoy conforme con que Ana sea consultada por si tuviese que hacer objeciones razonables. Pero no olvidemos que es una mujer, y una mujer joven y sin experiencia por añadidura.

Tanner Ramsden, empieza usted á darme lástima.

Ramsden (Amostazado.) Mr. Tanner, no necesito saber sus sentimientos para conmigo.

Tanner Ana hará exactamente lo que se le antoje. Y, lo que es más, nos obligará á aconsejarla á hacerlo. Y si le sale mal, nos echará la culpa á nosotros. De todos modos, puesto que Octavito está anhelando verla...

Oct. (Tímidamente.) Yo no, Juanito.

Tanner No mientas, chico, que esto no se puede ocultar. Que baje, pues, del salón y la preguntaremos qué es lo que quiere que hagamos. Anda, Octavito, vete por ella y adelante con los faroles. (Octavio se vuelve para ir.) Y no tardes mucho, porque la tensión que existe entre Ramsden y yo hará algo penoso el intervalo. (Ramsden contrae los labios pero no dice nada.)

Oct. No le haga usted caso, Mr. Ramsden, no habla en serio. (Sale.)

Ramsden (Muy intencionado.) Mr. Tanner, es usted el hombre más desvergonzado que he visto en mi vida.

Tanner (Serio.) Lo sé, Ramsden. Y aún así no he logrado todavía deshacermen completamente de la vergüenza. Vivimos en una atmósfera de vergüenza. Nos avergonzamos de todo lo que realmente somos y hacemos, de nosotros mismos, de nuestros parientes, de nuestros ingresos, de nuestras deudas, de nuestros acentos, de nuestras opiniones, de nuestra experiencia, lo mismo que nos avergonzamos de nuestra piel desnuda. ¡Dios mío! querido Mr. Ramsden, nos avergonzamos de andar á pie, de ir en un ómnibus, de tomar un coche de punto en vez de tener un carruaje propio, de tener solo un caballo en vez de tener dos y un criado para el jar-

dín y la cuadra en vez de tener un cochero y un lacayo. De cuantas más cosas se avergüenza un hombre, tanto más respetable es. Así, por ejemplo, usted se avergüenza de comprar mi libro, de leerlo, de lo único que no se avergüenza es de juzgarme por él sin haberlo leído, y aún esto significa que se avergüenza usted de tener ideas atrasadas. Mire usted el efecto que produzco porque el hada mi madrina me negó ese don de la vergüenza. Tengo todas las virtudes que un hombre pueda tener excepto...

Ramsden No tiene usted abuela, según veo...

Tanner Esto quiere decir que debiera avergonzarme de hablar de mis virtudes. No quiere usted decir que no las tengo. Sabe usted perfectamente que soy tan sobrio y tan honrado como usted mismo, que soy de fiar personalmente tanto como usted, y política y moralmente mucho más.

Ramsden (Tocado en su punto más sensible.) Lo niego. No le permito á usted ni á nadie tratarme como si solo fuese uno de tantos en el público inglés. Detesto los prejuicios del tal público, desprecio sus ideas mezquinas, reclamo el derecho de pensar por mí mismo. Usted se las echa de hombre avanzado. Sepa usted que yo fuí un hombre avanzado antes de que usted naciera.

Tanner Ya sabía yo que hacía mucho tiempo.

Ramsden Estoy tan avanzado como cuando más. Le desafío á que no me prueba que haya yo alguna vez arriado la bandera. Estoy más avanzado que nunca. Avanzo cada día más.

Tanner En años, Polonio.

Ramsden ¡Polonio! Entonces es usted Hamlet.

Tanner No, yo solo soy el hombre más desvergonzado que usted ha visto en su dia. Y para usted esto implica la peor de todas las malas cualidades. Cuando usted quiere decirme lo que piensa de mí, se pregunta á sí mismo, como hombre justo y sincero, qué es lo peor que puede decirme. ¿Ladrón, embustero, falsario, adúltero, perjuro, glotón, borracho? Ninguna de estas calificaciones me encajan. Pues acude usted á mi falta de vergüenza.

Yo estoy conforme. Hasta me felicito de tal falta, porque si me avergonzara de lo que soy realmente haría una figura tan estúpida como cualquiera de ustedes los hombres de vergüenza. Cultive usted un poco la desvergüenza, Ramsden, y llegará usted á ser un hombre muy notable.

Ramsden No tengo...

Tanner No tiene usted deseo de semejante notoriedad. ¡Bendito Dios! Sabía que vendría esa contestación, con la misma seguridad que sale una cajita de caramelos de un automático cuando se le echa una perra gorda. Usted se avergonzaría de contestar otra cosa.

La réplica aplastante, para la que Ramsden reune sus fuerzas, se pierde para siempre, porque en este momento vuelve Octavio con Miss Ana Whitefield y su madre, y Ramsden se levanta bruscamente y se precipita hacia la puerta para recibirlas. El que si Ana es bonita ó no depende de vuestro gusto, y también, y tal vez principalmente de vuestra edad y sexo. Para Octavio es una mujer de hermosura encantadora, en cuya presencia el mundo se transfigura, y los estrechos límites de la conciencia individual se ensanchan súbitamente de modo infinito por una mística remembranza de la raza desde sus comienzos en el Oriente y hasta desde el paraíso del que es oriunda. Ella es para él la realización de la poesía, la íntima razón de la sinrazón, el deslumbramiento de sus ojos, la liberación de su alma, la abolición del tiempo, del espacio y las circunstancias, la eterilización de su sangre en torrentes impetuosos de vida, la revelación de todos los misterios y la santificación de todos los dogmas. Para su madre, para decirlo lo más suavemente posible, no es nada de todo eso. Y no es que la admiración de Octavio sea en modo alguno ridículo ó que redunde en descrédito suyo. Ana es una muchacha de buen cuerpo hasta dejarlo de sobra, y su porte es de perfecta dama. Es graciosa y simpática, su pelo es muy hermoso y sus ojos encantadores. Luego, en vez de ir hecha un espantapájaros como su madre, lleva un traje de luto de seda negro y morado que hace honor á su difunto padre y revela la tradición de familia de valiente inconvencionalismo á la que Ramsden da tanta importancia.

Pero todo eso no explica el encanto de Ana. Acháte-

sele la nariz, tuérzasele la vista, reemplácese su traje negro y morado por sencillo vestido de florista, y aun así Ana hará soñar á los hombres. La vitalidad es tan común como la humanidad, y, lo mismo que ésta, á veces se eleva á lo genial; y Ana es uno de los genios vitales. No se crea que es una persona de sexualidad exagerada, pues esto es un defecto vital, no una superabundancia verdadera. Es una mujer perfectamente honrada; que sabe perfectamente dominarse, y no lo parece, aunque su modo de ser es de desenvuelta franqueza é impulsividad. Inspira confianza como persona que no hará nada de lo que no quiera hacer, y también algún temor, tal vez; como mujer que probablemente hará todo lo que se proponga sin preocuparse de nadie más de lo necesario y de lo que ella llama lo justo. En resumen es lo que las más débiles de su sexo llaman una mala pécora.

Nada puede haber más decoroso que su entrada y su recepción por Ramsden á quien besa. El difunto mister Whitefield estaría gozando lo indecible al ver las caras largas de los hombres (excepto Tanner que está nervioso), los silenciosos apretones de manos, las colocaciones atentas de las sillas, el moqueo de la viuda y los ojos húmedos de la hija, cuyo corazón, al parecer, no la dejará ser dueña de sus palabras. Ramsden y Octavio toman las dos sillas de junto de la pared y las ofrecen á las dos señoras. Pero Ana se acerca á Tanner y toma la silla de él que se la ofrece con un ademán brusco, aliviando su excitación con sentarse en el ángulo de la mesa de escribir de un modo estudiadamente desaprensivo. Octavio da una silla á Mrs. Whitefield cerca de Ana, y él mismo toma la que está vacante y que Ramsden colocó debajo de las narices de la efigie de mister Herbert Spencer.

Mrs. Whitefield, dicho sea de paso, es una mujer chiquita, cuyo pelo amarillo pálido en su cabeza hace el efecto de un manojo de paja puesto sobre un huevo. Tiene una expresión de vaga malicia, un chirrido de protesta en su voz y un aire raro de querer continuamente apartar con el codo á alguna persona más alta que la empujara hacia un rincón. Se barrunta en ella una de esas mujeres que tienen la conciencia de que se las trata como cosa de poca importancia por sus pocos alcances y que, sin tener la suficiente fuerza para hacerse valer, nunca y por nada se resignan á su suerte. Hay un toque de galantería caballerosa en la escrupulosa

atención de Octavio para con ella, aun cuando su alma entera está absorta en Ana.

Ramsden vuelve solemnemente á su asiento presidencial detrás de la mesa de escribir sin hacer caso de Tanner, y abre la sesión.

Ramsden Siento mucho, Anita, tener que hablarte de ciertas cosas en un momento tan triste como el presente. Pero es el caso que el testamento de tu pobre padre ha suscitado una cuestión muy seria. Lo has leído, creo.

(Ana afirma meneando la cabeza y respirando con trabajo, demasiado emocionada para hablar)

Pues debo confesar que me ha sorprendido encontrarme con que Mr. Tanner está designado por el testador como cotutor y coalbacea tuyo y de tu hermana Rhoda. (Una pausa, todos parecen cohibidos y no dicen nada. Ramsden un poco amoscado, por la falta de toda contestación, prosigue.) Yo no sé que pueda consentir en aceptar esa misión en tales condiciones. Mr. Tanner, según tengo entendido tiene también que hacer objeciones, pero no tengo la pretensión de saber en qué consisten. Sin duda sabrá hablar por sí. Por de pronto hemos convenido en que no podamos decidir nada sin conocer antes tu parecer. Me temo mucho que tenga yo que decirte que escojas entre la tutoría exclusiva mía y la de Mr. Tanner. Porque me parece que va á ser imposible para nosotros andar juntos en este asunto.

Ana (Con voz baja y musical.) Mamá...

Mrs. Whi. (Al punto.) Mira, Ana, haz el favor de no meterme á mí en ello. No tengo opinión ninguna en este asunto y, si la tuviese, probablemente no había de ser atendida. Me contento perfectamente con lo que los tres acuerden ustedes.

(Tanner vuelve la cabeza y mira fijamente á Ramsden, el que malhumorado se niega á acoger esta muda comunicación.)

Ana (Prosiguiendo con la misma voz dulce, sin hacer caso del sofión de su madre.) Mamá sabe que no tiene la suficiente energía para llevar la entera responsabilidad por mí y Rhoda sin que al-

guien la ayude y aconseje. Rhoda de todos modos tiene que tener un tutor, y aunque yo tengo unos años más, no creo convenga que á una joven soltera se la puede dejar sin guía alguna. Creo que estará usted conforme conmigo en eso, abuelito.

Tanner (Extrañado.) ¿Abuelito? Vaya, ¿va usted á llamar abuelito á un tutor?

Ana No sea usted tonto, Juanito. Mr. Ramsden para mí siempre ha sido abuelito Roebuck. Yo soy la Anita del abuelito. Así le llamé en cuanto aprendí á hablar.

Ramsden (Sarcástico.) Espero que estará usted satisfecho, Mr. Tanner. Sigue, Anita, que estoy del todo conforme contigo.

Ana Pues bien, si he de tener tutores, ¿puedo prescindir de alguien designado expresamente por mi pobre padre?

Ramsden (Mordiéndose los labios.) ¿Entonces tú apruebas la elección de tu padre?

Ana No soy nadie para aprobar ó desaprobar. Acepto lo dispuesto. Mi padre me quería y creo mejor que nadie sabía lo que me conviene.

Ramsden Claro, yo comprendo tus sentimientos, Anita. No esperaba menos de ti, y ello habla en tu favor. Pero esto no arregla el asunto tan completamente como crees. Te voy á poner un ejemplo. Supón que ibas á descubrir que yo me había hecho culpable de alguna acción vergonzosa, que no era yo el hombre por quien me tomara tu pobre padre. ¿Seguirías pensando que convenía que yo fuese el tutor de Rhoda?

Ana No puedo figurarme, abuelito, que usted haga una mala acción.

Tanner (A Ramsden.) No ha hecho usted nada por el estilo, supongo.

Ramsden (Indignado.) No, señor.

Mrs. Whi. (Plácida.) Entonces, ¿por qué suponerlo?

Ana Ya ve usted, abuelito, á mamá no le gustaría que yo supusiera semejante cosa.

Ramsden (Muy perplejo.) Las dos están ustedes tan llenas de sentimientos cariñosos y naturales en estos asuntos de familia que es difícil explicarles las cosas propiamente.

Tanner — Sin contar, amigo mío, que usted no las explica propiamente.

Ramsden — (Atufado.) Pues entonces explíquelas usted.

Tanner — A ello voy. Ana, mire. Ramsden cree que yo no convengo para tutor de usted, y yo estoy del todo conforme con él. Dice que si el padre de usted hubiese leído mi libro no me hubiese nombrado para tal cargo. Aquel libro es la acción vergonzosa á que se refiere. Cree que es deber de usted, por causa de Rhoda siquiera, rogarle que sea él solo tutor de ustedes y hacer que yo me retire. Diga usted una palabra, y ya está hecho.

Ana — Pero si yo no he leído su libro, Juanito.

Tanner — (Rebuscando en el cesto de los papeles y pescando el libro.) Entonces léalo en seguida y decida.

Ramsden — (Vehemente.) Si he de ser tutor tuyo, Anita, te prohibo terminantemente leer ese libro. (Da unos puñetazos en la mesa y se levanta.)

Ana — ¿Cómo lo he de leer si usted me lo prohibe? (Pone el libro en la mesa.)

Tanner — Si un tutor le prohibe á usted leer el libro de otro, ¿cómo hemos de arreglarnos? Suponga usted que yo le mande leerlo. ¿Cómo cumpliría usted su deber para conmigo?

Ana — (Amable.) Estoy segura, Juanito, de que nunca deliberadamente me había usted de ponerme en un dilema desagradable.

Ramsden — (Irritado.) Bueno, bueno, Anita, todo eso está muy bien, y, como dije, es muy natural y comprensible. Pero tienes que decidirte por uno ó por otro. Estamos en un dilema tanto como tú.

Ana — Me parece que soy demasiado joven, que no tengo bastante experiencia para decidir. Los deseos de mi padre son sagrados para mí.

Mrs. Whi. — Si ustedes que son dos hombres no pueden salir del apuro, ¿cómo van á exigir que Ana resuelva el asunto? El caso es que siempre todo el mundo trata de cargar la responsabilidad á los demás.

Ramsden — Siento que lo tome usted por ese lado.

Ana — (Conmovedora.) ¿Entonces se niega usted á ser tutor mío, abuelito?

Ramsden — No; yo nunca he dicho eso. Me niego á compartir la tutoría con Mr. Tanner, nada más.

Mrs. Whi. Pero, ¿por qué? ¿Qué tiene usted que decir contra Juanito?

Tanner Tengo ideas demasiado avanzadas para Mr. Ramsden.

Ramsden (Indignado.) Nada de eso, lo niego terminantemente.

Ana Es claro, ¡qué tontería! Nadie tiene ideas más avanzadas que mi abuelito. Yo estoy segura de que es Juanito el que ha suscitado toda la dificultad. Vamos, Juanito, tenga usted consideración siquiera á mi luto y póngase en razón. No se niega á aceptarme como á pupila, ¿verdad?

Tanner (Mustio.) No, consiento en aceptar el cargo, no hay más remedio. (Se vuelve hacia el estante de libros y allí se queda plantado estudiando los títulos de los libros.)

Ana (Levantándose con regocijo íntimo y reprimido.) Entonces estamos todos conformes, y se va á cumplir la voluntad de mi pobre papá. No pueden ustedes figurarse lo que nos alegramos yo y mamá. (Se acerca á Ramsden y le aprieta ambas manos exclamando:) ¡Y tendré á mi buen abuelito para ayudarme y aconsejarme! (Echa una mirada hacia Tanner por encima del hombro.) ¡Y á Juanito, al matador de gigantes! (Va, pasando por delante de su madre, hacia Octavio.) ¡Y al amigo inseparable de Juanito, á Octavito!

(Octavio se pone colorado y afecta un aire indeciblemente tonto.)

Mrs. Whi. (Levantándose y desarrugando con las manos su vestido de viuda.) Ahora que es usted el tutor de Ana, Mr. Ramsden, quisiera que la reprendiera por dar nombres tan familiares á todo el mundo. No sé si esta confianza gusta á todo el mundo.

Ana Pero, ¿qué estás diciendo, mamá? (Ruborizándose con consideraciones de cariño.) Vamos, yo creo que no me he propasado. Lo sentiría mucho. (Se vuelve hacia Octavio que está sentado á horcajadas en su silla, con los codos apoyados en el respaldo. Poniéndole la mano en la frente y le levanta bruscamente la cara.) ¿Quiere usted que se le trate como á una persona mayor? ¿Que de aquí en adelante le llame Mr. Robinson?

Oct. (*En serio.*) Siga usted, Anita, llamándome Octavito. Me ofendería de veras que me llamáseis Mr. Robinson. (*Ella se ríe y le acaricia una mejilla con el dedo; luego vuelve hacia Ramsden.*)

Ana Estoy empezando á creer, la verdad, que eso de abuelito es algo impertinente. Pero no creí nunca que podría ofender.

Ramsden (*Gruñón, mientras ella le da golpecitos cariñosos en el hombro.*) ¡Qué tonterías! no digas eso. Anita. Llámame abuelito, insisto en ello. Tanto es así, que si me llamaras de otro modo, no te contestaría.

Ana Todos me están ustedes mimando, menos Juanito.

Tanner (*Por encima del hombro, desde la librería.*) Creo que debiera usted llamarme Mr. Tanner.

Ana (*Amable.*) No habla usted en serio, Juanito. Esa es una de tantas cosas como dice para hacer rabiar á la gente. Los que le conocen á usted no hacen caso. Pero, en fin, si quiere, le llamaré como á su famoso antepasado: don Juan Tenorio.

Ramsden ¡Don Juan!

Ana (*Inocente.*) ¿Hay algún mal en ello? Yo no lo veo. En fin, si le parece, le llamaré Juanito hasta que se me haya ocurrido otro nombre.

Tanner ¡Por Dios, no vaya usted á inventar otra cosa peor! Capitulo. Consiento en que me llame Juanito. Vaya por Juanito. Aquí termina mi primer y último intento de afirmar mi autoridad.

Ana ¿Ves, mamá, como á todos les gusta que les trate con confianza?

Mrs. Whi. Está bien, pero no olvides que estamos de luto.

Ana (*En son de reproche, herida en el alma.*) Pero, mamá, ¿por qué recordarme á cada paso? (*Sale precipitadamente para ocultar su emoción.*)

Mrs. Whi. Naturalmente. Tengo yo la culpa, como siempre. (*Sigue detrás de Ana.*)

Tanner (*Apartándose de la librería.*) Ramsden, estamos vencidos, batidos, aniquilados, como la madre de Ana.

Ramsden Tonterías, caballero. (*Sigue detras de Mrs. Whitefield.*)

Tanner (Solo con Octavio, le mira con expresión de lástima.) Octavito, ¿cuentas tú con ser algo en la vida?

Oct. Yo cuento con ser poeta, pienso escribir un gran drama.

Tanner ¿Con Ana como heroína?

Oct. Sí, lo confieso.

Tanner Ten cuidado, Octavito. Está muy bien eso del drama con Ana como heroína, pero si te descuidas, tenlo presente, se casará contigo.

Oct. (Suspirando.) ¿Tendré tanta suerte, Juanito?

Tanner ¿No ves, hombre, que tu cabeza está en las fauces de la leona? Ya casi te ha tragado en tres bocados: primero Oc, segundo ta, tercero vito, y cataplúm, adentro.

Oct. Es así con todos, Juanito; ya sabes tú cómo las gasta.

Tanner Sí, á todos les rompe la espina dorsal de un zarpazo, pero la cuestión es: ¿á quién devorará? Yo creo que piensa devorarte á ti.

Oct. (Levantándose algo ofendido.) Es horrible hablar así de ella cuando está allí, á un paso, llorando por su padre. Pero mi deseo de ser devorado por ella es tan grande, que aguanto tus brutalidades porque me dan esperanzas.

Tanner Octavito, ese es el lado diabólico de la fascinación que ejerce la mujer; hace que uno desee su propia destrucción.

Oct. Pero si no es destrucción, es cumplimiento.

Tanner Sí, cumplimiento de los fines de ella, y esos fines no son ni la felicidad tuya ni la suya, sino los fines de la naturaleza. La vitalidad en la mujer es una furia ciega de creación. Se sacrifica á sí misma á esa furia, de modo que no esperes que vacilará en sacrificarte á ti.

Oct. Pues precisamente porque se sacrifica á sí misma no sacrificará á aquel á quien ama.

Tanner Este es un error de los más gordos, Octavio. La mujer que se sacrifica á sí misma es la que con la mayor indiferencia sacrifica á los demás. Por lo mismo que no son egoístas son amables en las cosas pequeñas. Por lo mismo que tienen un objeto que no es objeto propio, sino objeto de todo el universo, para ellas un hombre no es nada, sino instrumento de aquel objeto.

Oct. No seas injusto, Juanito, nos rodean de los cuidados más tiernos.

Tanner Sí, como cuida un soldado de su fusil, ó un músico de su violín. Pero ¿nos conceden algún capricho propio, alguna libertad? ¿Nos permiten frecuentar á quien se nos antoja? ¿Puede ni el hombre más fuerte escapárseles una vez que se han apoderado de él? Tiemblan cuando corremos algún peligro, y lloran cuando morimos, pero las lágrimas no son por nosotros, sino por un padre que se ha perdido, por la probabilidad destruída de dar al mundo un hijo más. Nos acusan de tratarlas como meros instrumentos de placer; pero ¿podrá una locura tan débil y efímera como es el placer egoísta de un hombre esclavizar á una mujer con la misma fuerza que esclaviza á un hombre el objeto formidable de la naturaleza personificado en una mujer?

Oct. ¿Qué importa si la esclavitud nos hace felices?

Tanner No importa nada si no piensas disponer de ti mismo y te limitas á ser, como la mayoría de los hombres, uno que gana el pan. Pero tú, Octavio, eres un artista, es decir que tienes un objeto tan absorbente y tan poco escrupuloso como el objeto de la mujer.

Oct. ¿Cómo tan poco escrupuloso?

Tanner Sí, tan poco escrupuloso. El verdadero artista dejará á su mujer morir de hambre, á sus hijos andar descalzos, á su madre setentona trabajar para vivir antes que trabajar él en algo que no sea su arte. Para las mujeres es medio vivisector, medio vampiro. Entabla con ellas relaciones íntimas para estudiarlas, para quitarles la careta de las convenciones, para sorprender sus secretos más íntimos, porque sabe que tienen el poder de excitar sus energías creadoras más profundas, de rescatarlas de su fría razón, de hacerle ver visiones y soñar ensueños, de inspirarle, como lo llama. Convence á las mujeres de que esos efectos los siente por ellas, cuando en realidad los siente por su

arte. Roba la leche de la madre y la trueca en tinta de imprimir para burlarla y glorificar con ella á mujeres que sólo existen en su imaginación. Trata de ahorrarle los dolores del parto para acaparar para sí mismo el cariño y los mimos que de derecho pertenecen á los hijos. Desde que existe el matrimonio, el gran artista es conocido como mal marido. Pero es peor, es un ladrón de niños, un chupador de sangre, un hipócrita y un embustero. Perezca la raza y marchítense miles de mujeres con tal de que su sacrificio le permita representar con más brillantez á Hamlet, pintar un cuadro mejor, escribir una poesía más intensa, un drama más conmovedor, una filosofía más profunda. Porque mira, Octavio, la obra del artista tiene el fin de mostrarnos tales como realmente somos. Nuestros pensamientos no son nada fuera de ese conocimiento de nosotros mismos, y el que acrecienta ese conocimiento sólo en un ápice, crea un pensamiento nuevo con tanta seguridad como una mujer crea un ser nuevo. En la furia de tal creación es tan desconsiderado como la mujer, tan peligrosa para ella como ella para él y tan terriblemente fascinador. De todas las luchas humanas no hay ninguna tan traidora y tan impía como la que se libra entre el hombre artista y la mujer madre. ¿Quién aniquilará al otro? esta es la gran cuestión. Y el resultado es tanto más mortal cuanto según vuestra jerga romanticista, se aman.

Oct. Pues aunque fuese así—y no lo admito ni por un momento—de las luchas más empeñadas es de donde salen los caracteres más nobles.

Tanner Acuérdate de ello, Octavio, la próxima vez que tropieces con un oso gris ó un tigre de Bengala.

Oct. Quiero decir allí donde hay amor.

Tanner ¡Ah! también el tigre te querrá. No hay querer más verdadero que el querer alimento. Creo que Ana te quiere de ese modo. Te acarició la mejilla como si hubiese sido un biftec bien condimentado.

Oct. Mira, Juanito, que tendría que huir de ti si no me hubiese propuesto una vez para siempre no hacer caso de lo que dices. Expresas á veces cosas que sublevan.

(RAMSDEN vuelve seguido de ANA. Entran precipitadamente, y su aire antes plácido de pesadumbre exigida por las circunstancias, se ha cambiado en expresión de cuidado verdadero y, en la cara de Ramsden, de fastidio. Se coloca entre los dos hombres y quiere dirigirse á Octavio, pero se reprime bruscamente al ver á Tanner.)

Ramsden No esperaba verle á usted todavía aquí, Mr. Tanner.

Tanner ¿Estoy estorbando? Pues adiós, querido cotutor. (Se vuelve hacia la puerta para marcharse.)

Ana Espere, Juanito. Abuelito, tiene que saberlo tarde ó temprano.

Ramsden Octavio, tengo que decirte algo grave. Es de índole muy particular y muy delicada, sumamente penosa, para decirlo de una vez. Deseas que Mr. Tanner esté presente cuando yo hable.

Oct. (Poniéndose pálido.) No tengo secretos para Juanito.

Ramsden Antes que te decidas del todo, te advierto que la cosa se refiere á tu hermana, y es una cosa terrible.

Oct. ¡Violeta! ¿Qué ha pasado? ¿Ha muerto?

Ramsden Tal vez peor que eso.

Oct. ¿Está herida gravemente? ¿Ha habido un accidente?

Ramsden No, nada de eso.

Tanner Ana, ¿quieres tú hacernos el favor de decirnos sencillamente lo que hay?

Ana (En voz baja.) No puedo. Violeta ha hecho una barbaridad. Tendremos que llevarla á algún sitio. (Se desliza hacia la mesa de escribir y se sienta en el sillón de Ramsden, dejando á los tres hombres arreglarse como pueden.)

Oct. (Comprendiendo.) ¿Es eso lo que ha querido usted decir, Mr. Ramsden?

Ramsden Sí. (Octavio cae en una silla anonadado.) Me parece que no hay duda de que Violeta no fué á Eastbourne cuando creímos que estaba en casa de Parry Whitefield. Y ayer fué á consultar á un médico, llevando una sortija de

casada en el dedo. La señora de Mr. Parry Whitefield la encontró allí por una casualidad, y así se ha sabido todo.

Oct. (Levantándose con los puños cerrados.) ¿Quién es el canalla?

Ana Ella no lo quiere decir.

Oct. (Dejándose caer nuevamente en la silla.) ¡Qué cosa más horrible!

Tanner (Con sarcasmo intenso.) Horrible, espantosa, peor que la muerte, como dice Ramsden. (Se acerca á Octavio.) ¡Cuánto no darías, ¿verdad?, porque fuese un accidente de ferrocarril en que ella se hubiese roto todos los huesos, ó cosa análoga respetable y digna de compasión!

Oct. No seas brutal, Juanito.

Tanner ¡Brutal! ¡Dios de los cielos! ¿Por qué estás llorando? Aquí tenemos una mujer que todos creíamos se limitaba á hacer acuarelas malas, á tocar á Grieg y Brahms, á frecuentar conciertos y reuniones, en una palabra, á malgastar su vida y su dinero. De repente nos enteramos de que ha dejado esas futesas para cumplir su fin más elevado y mayor función, la de aumentar y multiplicar la población de la tierra. Y, en vez de admirar su valentía y alegrarnos de tan soberano instinto, en vez de coronar el cumplimiento del fin de la mujer y de entonar el cántico triunfal de: «Nos ha nacido un niño, un hijo nos fué dado», aquí están ustedes—ustedes, que en su luto por el difunto han estado más alegres que unos grillos—estáis ahora con las caras largas y con aires de avergonzados y desgraciados como si la muchacha hubiese cometido el crimen más nefando.

Ramsden (Gritando de rabia.) No quiero que se digan semejantes abominaciones en mi casa. (Da puñetazos fuertes en la mesa de escribir.)

Tanner Mire usted, si me vuelve usted á insultar, le cogeré la palabra y me marcharé de aquí. Ana, ¿en dónde está Violeta ahora?

Ana ¿Por qué? ¿Va usted á ir á verla?

Tanner Naturalmente que voy. Necesita ayuda, necesita dinero, necesita respeto y felicitacio-

nes, necesita toda clase de facilidades para su hijo. No parece que ustedes quieren proporcionarle todo eso, se lo proporcionaré yo. ¿Dónde está?

Ana No sea usted cabezota, Juanito. Esta ahí arriba.

Tanner ¡Cómo! Bajo el techo sagrado de Ramsden. Vaya usted, Ramsden, y cumpla con su mísero deber. Echela á la calle. Limpie usted sus umbrales de la contaminación. Vindique la pureza de su hogar inglés. Yo, míentras, voy por un coche de punto.

Ana (Alarmada.) ¡Ay!, abuelito, no debe usted hacer eso.

Oct. (Con el corazón desgarrado, levantándose.) Yo me la llevaré, Mr. Ramsden. No tiene derecho á presentarse en la casa de usted.

Ramsden (Indignado.) Pero si estoy yo anhelando ayudarla. (Volviéndose hacia Tanner.) ¿Cómo se atreve usted, caballero, á atribuirme intenciones tan monstruosas? Protesto contra ello. Estoy dispuesto á gastarme hasta mi último penique para no verla obligada á recurrir á la protección de usted.

Tanner (Calmándose.) Entonces todo está arreglado. Veo que por ahora no piensa obrar con arreglo á sus principios. Quedamos en que todos estamos al lado de Violeta.

Oct. Pero, ¿quién es el hombre? Puede arreglarlo todo casándose con ella. Y lo hará ó tendrá que vérselas conmigo.

Ramsden Lo hará, Octavio. Has hablado como un hombre.

Tanner Entonces no lo toman por un canalla, después de todo.

Oct. ¿Que no? Ya lo creo, es un canalla sin pizca de corazón.

Ramsden Un canalla maldito. Dispensa, Anita, pero no puedo contenerme.

Tanner De modo que vamos á casar á tu hermana con un infame canalla para restablecer su honra. A fe mía, creo que están ustedes todos locos.

Ana No seas absurdo, Juanito. Claro está que tienes razón, Octavito, pero no sabemos quién es, Violeta no lo quiere decir.

Tanner ¿Qué importa quién es? Ha hecho lo suyo, ahora le queda á Violeta hacer el resto.

Ramsden (Aparte.) Tontería, chifladura. Hay entre nosotros, un pillo, un libertino, un villano peor que un asesino; y nosotros sin saber quién es. En nuestra ignorancia estamos expuestos á darle la mano, á introducirle en nuestros hogares, á confiarle nuestras hijas, á... á...

Ana (Zalamera.) Vamos, abuelito, no piense usted tan alto. Es muy chocante lo que pasa, nadie lo puede negar; pero si Violeta no quiere hablar, ¿qué le vamos á hacer? Nada, sencillamente nada.

Ramsden ¡Hum! No estoy yo tan seguro de ello. Si algún hombre se ha fijado especialmente en Violeta, será fácil saberlo. Si hay entre nosotros algún hombre de principios notoriamente relajados...

Tanner ¡Ejem!

Ramsden (Levantando la voz.) Sí, señor, lo repito, si hay entre nosotros algún hombre de principios notoriamente relajados...

Tanner O algún hombre difícil de contenerse...

Ramsden (Sorprendido.) ¿Se atreverá usted á indicar que yo soy capaz de semejante acto?

Tanner Mi querido Ramsden, es un acto de que todo hombre es capaz. Esto es lo que resulta de violentar á la naturaleza. La sospecha que acaba usted de levantar contra mí á todos nos atañe. Es una clase de lodo que puede manchar la toga del juez y el vestido del cardenal lo mismo que los harapos del vagabundo. Vamos, Octavito, no tengas ese aire espantado. Puedo ser yo, puede ser Ramsden, puede ser cualquiera. Sea quien quiera, ¿qué habrá de hacer sino mentir y protestar?... como Ramsden va á protestar ahora.

Ramsden (Balbuceando.) Yo... yo... yo...

Tanner La culpabilidad mayor no podría balbucear con más confusión. Y, sin embargo, sabes que es perfectamente inocente, Octavito.

Ramsden (Agotado.) Me alegro de que usted así lo reconozca, caballero. Por mi parte confieso que hay algo de verdad en lo que usted dice, á

pesar de lo mucho que lo retuerce para satisfacer su humor malicioso Espero, Octavio, que en tu mente no habrá la más ligera sospecha de mí.

Oct. ¡De usted! No, ni por un momento.

Tanner (En tono seco.) Creo que á mí me sospecha un poco.

Oct. Juanito, no puede ser, no eres capaz...

Tanner ¿Por qué no?

Oct. (Espantado.) ¡Ah, por qué no!

Tanner Pues te lo voy á decir. Primero, porque tendrías que reñir conmigo. Segundo, porque Violeta no me quiere. Tercero, si yo tuviese el honor de ser el padre del hijo de Violeta, estaria orgulloso en vez de negarlo. Descuida, pues, que nuestra amistad no corre peligro.

Oct. Hubiese rechazado la sospecha con horror, si tú tuvieses acerca de ello ideas y sentimientos naturales. Perdóname.

Tanner ¡Perdonarte! Tontería. Y ahora, sentémonos y tengamos un consejo de familia. (Se sienta. Los demás le imitan con más ó menos protestaciones.) Violeta está en camino de prestar un servicio al Estado, por consiguente hay que conducirla afuera como á un criminal hasta que haya pasado la cosa. ¿Qué sucede allá arriba?

Ana Violeta está en el cuarto de la doncella... sola, naturalmente.

Tanner ¿Por qué no en el salón?

Ana No sea usted ridículo, Juanito. Miss Ramsden está en el salón con mamá hablando sobre lo que hay que hacer.

Tanner De modo que el cuarto de la Doncella es el penitenciario. Vaya, y la presa está esperando que la lleven á presencia de sus jueces. ¡Habrá viejas impertinentes!

Ana ¡Qué modo de hablar, Juanito!

Ramsden No olvide, caballero, que en este momento está usted en casa de una de las viejas impertinentes. Mi hermana es ama de esta casa.

Tanner También á mí me meteria en el cuarto de los criados, si se atreviese. De todos modos retiro lo de viejas impertinentes. Se me fué

la lengua, y dispense. Ahora, Ana, como tutor suyo le mando á usted que vaya en seguida á ver á Violeta y esté muy amable con ella.

Ana Ya la he visto, Juanito, y siento decir que me temo será difícil determinarla á salir de la población. Creo que Octavito debiera hablarle de ello.

Oct. ¿Cómo voy á hablar yo de semejante cosa? (Se vuelve á sentar muy abatido.)

Ana No se desconsuele, Octavito. Por nosotros todos hay que hacer un poder.

Ramsden La vida no se compone solo de comedias y poesías, Octavio. Vaya, hay que tener valor.

Tanner (Enojándose nuevamente.) ¡Pobre querido hermano! ¡Pobres queridos amigos de la familia! ¡Pobres queridas viejas chismosas! ¡Pobre querido todo el mundo! ¡Excepto la mujer que va á arriesgar su vida para crear otra vida! Octavito, no seas burro y egoísta. Anda arriba y háblale á Violeta y baja con ella aquí, si quiere venir. (Octavio se levanta.) Dile que todos estamos de su lado.

Ramsden (Levantándose.) No, señor...

Tanner (Levantándose también é interrumpiéndole.) ¡Oh! ya sabemos, es contra su conciencia, pero no importa, usted hará lo que los demás.

Oct. Les aseguro que nunca he sido egoísta. Pero es tan difícil saber lo que tiene uno que hacer cuando seriamente desea obrar bien.

Tanner Mi querido Octavito, tu piadosa costumbre inglesa de considerar el mundo como gimnasio moral expresamente edificado para en él robustecer tu carácter, en ocasiones te lleva á reflexionar sobre tus propios malditos principios cuando debieras estar pensando en las necesidades de otras personas. La necesidad del presente momento es una madre feliz y un niño de buena salud. Concentra en esto tus energías y verás expedito del todo tu camino.

(Octavio, muy perplejo, sale.)

Ramsden (Mirando de frente á Tanner muy fijamente.) Y la moralidad, caballero, ¿qué va á ser de ella?

Tanner La que significa una Magdalena deshecha

en lágrimas y un niño inocente con el estigma de ella, no se admite aquí, Dios nos guarde. La moralidad, por mí, puede ir á su padre, es decir, al demonio.

Ramsden Ya me lo figuraba. Se manda la moralidad al demonio para dar gusto á nuestra gente libertina, hombres y mujeres. Así está el porvenir de Inglaterra.

Tanner ¡Oh!, no tenga usted cuidado. Inglaterra sobrevivirá á la desaprobación de usted. Mientras tanto, estoy en la inteligencia de que usted está conforme conmigo en lo que ahora prácticamente hemos de hacer.

Ramsden No en el sentido de usted, caballero, no por sus razones.

Tanner Esto lo podrá usted explicar si alguien le pide cuenta, aquí ó más tarde. (Se vuelve y se planta en frente de Mr. Herbert Spencer al que mira desabrido.)

Ana (Levantándose y acercándose á Ramsden.) Abuelito, lo mejor será que subas al salón y les digas lo que pensamos hacer.

Ramsden (Mirando intencionadamente á Tanner.) No me gusta mucho dejarte sola con ese caballero. ¿No quieres venir conmigo?

Ana A miss Ramsden no le gustará hablar de aquéllo delante de mí, abuelito. Creo que no debo estar presente.

Ramsden Tienes razón, debiera de haberlo pensado. Eres una buena muchacha, Anita.

(Le da golpecitos cariñosos en el hombro. Ella levanta la vista hacia él con ojos regocijados, y él sale conmovido. Una vez que se lo ha quitado de encima, mira á Tanner. Como Tanner está vuelto de espaldas, ella presta un momento de atención á su propia persona, se arregla rápidamente el pelo, luego se le acerca suavemente y le habla casi al oído.)

Ana Juanito, (El se vuelve bruscamente.) ¿está usted contento de ser mi tutor? Espero que le molestará tener ese cargo.

Tanner Esta es la última en la colección de sus víctimas propiciatorias, ¿eh?

Ana Vaya, siempre con esas bromas. Quítese usted de eso. ¿Por qué dice usted cosas que sabe usted me causan disgusto? Yo hago lo posible para agradarle, Juanito, y supongo

que puedo seguir llamándole así aunque es usted mi tutor. Tendré una verdadera pena si no quiere que seamos amigos.

Tanner (Contemplándola tan mustio como contemplara el busto.) No necesita usted preocuparse de mi afecto ó desafecto. ¡Qué poco fondo real tienen nuestros juicios morales! A mí me parece usted no tener absolutamente nada de conciencia, sino sólo hipocresía, y, sin embargo, ejerce usted sobre mí cierta fascinación Siempre le presto atención sin querer. Estoy seguro de que me faltaría algo si la perdiese á usted de vista.

Ana (Tranquilamente enlaza el brazo con el de Tanner y se pasea con él por la habitación.) Pero ¿no es esto muy natural, Juanito? Nos conocemos desde niños. ¿Se acuerda usted?...

Tanner (Soltando el brazo bruscamente.) ¡Calle, lo recuerdo todo!

Ana La verdad es que muchas veces hemos sido muy locos, pero...

Tanner Basta, basta, Ana. Ya no soy aquel niño de la escuela que fuí. Como tampoco soy el noventón chocho, que seré si vivo bastante. Aquello pasó; olvidémoslo.

Ana ¿No fueron tiempos dichosos? (Trata de volver á cogerle el brazo.)

Tanner Siéntese y estese usted quietecita. (La hace sentarse en la silla más próxima á la mesa de escribir.) Sin duda fueron tiempos dichosos para usted. Usted era una niña buena y no se comprometió nunca. Y, sin embargo, ni la niña más mala que haya recibido azotes podría haberse divertido más. Puedo comprender el éxito con que usted dominaba á las demás chicas. Su virtud les imponía respeto. Pero dígame: ¿ha conocido alguna vez á un chico bueno?

Ana ¡Ya lo creo! Todos los chicos tienen á veces sus travesuras. Pero Octavito siempre ha sido un chico verdaderamente bueno.

Tanner (Quedándose parado.) Sí, tiene usted razón. Por algo nunca ha tentado usted á Octavito.

Ana ¡Cómo tentado!

Tanner Sí, querida señorita Mefistófeles, tentado. Tenía usted una curiosidad insaciable por

saber de lo que era capaz un chico y era usted diabólicamente lista para hacerle cantar y sorprender sus secretos más íntimos.

Ana ¡Tonterías! Todo porque usted solía contarme largas historias de las cosas malas que había hecho... chiquilladas tontas. Y esto lo llama usted secretos íntimos. Los secretos de los chicos son como los secretos de los hombres, y usted sabe lo que son.

Tanner (Obstinado.) Pues no lo sé. ¿Qué son, dígame?

Ana Pues son lo que dicen á todo el mundo, ya se sabe.

Tanner Pero yo le juro que yo le he dicho á usted cosas que no he dicho á nadie más. Se las manejó usted de modo que hiciéramos un convenio en virtud del que no habíamos de tener secretos el uno con el otro. Habíamos de decirnos todo lo que nos ocurría. Sin embargo, no noté que usted me dijera lo más mínimo.

Ana Es que no me preguntaba usted nada, Juanito. Siempre quería usted hablar de sí mismo.

Tanner Es verdad, mucha verdad. Pero, ¡qué diablo de niña debió usted de ser para haber conocido ese flaco y haberlo aprovechado para satisfacer su propia curiosidad! Yo lo que quería era darme importancia á sus ojos, hacerme el interesante. Y por ello me vi metido en toda clase de travesuras con el único objeto de tener algo que contarle. Me pegué con chicos á quienes no odiaba, mentí sobre cosas que no me importaban un bledo, robé objetos que no me servían para nada, besé á niñas que me eran completamente indiferentes. Todas eran bravatas, desprovistas de pasión y, por lo tanto, sin substancia.

Ana Nunca he contado nada, Juanito.

Tanner No, pero si su intención hubiese sido hacerme cambiar de conducta, ya lo hubiese usted contado todo. El caso es que usted deseaba que yo siguiese así.

Ana (Estallando.) ¡Oh, eso no es verdad, no es verdad, Juanito! Nunca me ha gustado que hiciera usted esas cosas tontas, brutales, estúpidas, vulgares. Siempre he esperado que

al fin resultaría algo grande y heróico. (Recobrando la calma.) Dispénseme, Juanito, pero las cosas que hacía usted no se parecían en lo más mínimo á las que me hubiese gustado verle hacer. Me daban muchas veces una gran desazón, pero no quería delatarle y proporcionarle disgustos. Era usted un chico, al fin, y yo me decía: ya se enmendará con los años. Tal vez me haya equivocado.

Tanner (Sardónico.) No se apure, Ana, pues por lo menos noventa y cinco por ciento de las hazañas que le conté eran inventadas. Pronto caí en la cuenta de que no le gustaban las historias verídicas.

Ana Ya me decía yo que algunas de las cosas que contaba usted no podían haber sucedido. Pero...

Tanner Va usted á recordarme que algunas de las cosas peores sucedieron realmente.

Ana (Amable, con gran terror de él.) No quiero recordarle nada. Pero he conocido á las personas que se vieron mezcladas en ellas, y me las contaron.

Tanner Sí, pero aun las historias verídicas estaban retocadas para ser contadas. Las humillaciones de un niño sensitivo serán una diversión para personas mayores, ordinarias y paquidérmicas, pero para el niño mismo son tan agudas, tan ignominiosas, que no puede confesarlas, sino que las niega obstinadamente. Así y todo, también era bueno que yo inventara algo, porque la única vez que le dije la verdad pura, me amenazó con delatarme.

Ana ¡Oh, eso no, nunca!

Tanner Ya lo creo. ¿No recuerda usted una muchacha de ojos negros que se llamaba Raquel Rosetree? (Ana, involuntariamente, frunce el cejo por un instanté.) Tuve unos amoríos con ella, cosa de nada. Cuando llegó á su apogeo, nos citamos una noche en el jardín y nos paseamos de bracete, bastante incómodos por falta de costumbre. Al separarnos, hubo su beso correspondiente, según la ley del romanticismo. Si estos amores hubieran seguido adelante, creo que me hubiese fastidiado

de lo lindo. Pero no siguió adelante, porque de pronto, Raquel me dió calabazas por haberse enterado de que yo le había contado á usted la cosa. ¿Cómo se enteró? Por usted. Le faltó á usted tiempo para contarle lo que sabía por mí, haciéndole toda clase de advertencias morales y prácticas.

Ana ¡Y muy buen servicio que le presté! Fué deber mío el poner coto á su mala conducta. Ahora me lo agradece.

Tanner ¿Es verdad?

Ana De todos modos debiera agradecerlo.

Tanner No fué deber suyo poner coto á la mala conducta mía, por lo visto.

Ana Con poner coto á la de ella, lo puse también á la suya.

Tanner ¿Está usted segura de ello? Puso usted fin á que yo le hablara de mis aventuras, pero, ¿cómo sabe usted que puso fin también á las aventuras?

Ana ¿Quiere usted decir que hizo usted lo mismo con otras chicas?

Tanner No, ya estaba yo harto de tonterías románticas como aquello de Raquel.

Ana (No convencida.) Entonces, ¿por qué interrumpió usted nuestras confidencias y se puso usted conmigo de un modo tan particular?

Tanner (Enigmático.) Pues porque sucedió entonces que logré algo que quise guardar para mí solo, sin darle á usted parte alguna.

Ana Pues tenga usted la completa seguridad de que yo no le hubiese quitado nada de ello si no me lo daba de buena voluntad.

Tanner No era una caja de dulces, Ana. Era algo de lo que nunca usted me hubiera dejado hablar con libertad.

Ana (Incrédula.) ¡Por Dios! ¿Qué?

Tanner Mi alma.

Ana Tenga usted juicio, Juanito. Sabe usted que está diciendo sandeces.

Tanner Hablo muy en serio, Ana. Por entonces, usted no se daba cuenta de que también estaba usted teniendo un alma. Así era, sin embargo. Por algo fué, porque de pronto se vió obligada á velar por la moralidad de Raquel. Hasta aquel momento había usted

sacado todas las ventajas posibles haciendo de niña buena, sin imaginarse que tuviera deberes algunos para con los demás. Pues yo también por entonces empecé á sentir de modo diferente. Hasta aquel momento había vivido como un semisalvaje sin más conciencia que la de una zorra en un gallinero. Pero entonces, de repente, empecé á sentir escrúpulos, á darme cuenta de deberes, á enterarme de que la veracidad y el honor no eran solo expresiones piadosas en boca de las personas mayores, sino principios con fuerza compulsora.

Ana (Con calma.) Sí, supongo que estaba usted en lo justo. Empezaba usted á ser hombre y yo á ser mujer.

Tanner ¿No era quizás que empezábamos á ser algo más? ¿Qué significa en boca de la mayoría de las personas el principio de la pubertad en el hombre y la mujer? Ya lo sabe usted, significa el principio del amor. Pero, para mí, el amor empezó mucho antes. El amor figuraba en los primeros ensueños y las primeras locuras románticas que yo pueda recordar... ¿podré decir que podemos recordar?... aunque no comprendíamos lo que era en aquellos tiempos No, el cambio que experimenté fué el nacimiento en mí de la pasión moral, y declaro que, según mi experiencia, la pasión moral es una pasión verdadera.

Ana Todas las pasiones deberían ser morales, Juanito.

Tanner ¡Deberían! ¿Cree usted que hay algo bastante fuerte para imponer deberes á una pasión como no sea otra pasión más fuerte?

Ana Nuestro sentido moral sujeta la pasión, Juanito. No sea usted tonto.

Tanner ¡Nuestro sentido moral! ¿Y no es él una pasión? ¿Ha de tener el demonio todas las pasiones así como todas las virtudes? Si el sentido moral no fuese una pasión, si no fuese la más poderosa de las pasiones, todas las demás pasiones lo barrerían como el huracán barre una hoja. Es el nacimiento de esa pasión que transforma al niño en hombre.

Ana Hay otras pasiones, Juanito, muy fuertes.

Tanner Todas las otras pasiones estaban en mí antes, pero eran vanas y sin finalidad... meras aspiraciones y crueldades infantiles, curiosidades y caprichos, costumbres y supersticiones, todo grotesco y ridículo para la inteligencia madura. Cuando de repente empezaron á resplandecer cual llamas recién encendidas, no fué por su luz propia, sino por la radiación de la pasión moral que alboreaba. Esa pasión todo lo dignificó, le dió conciencia y sentido, se encontró con una turbamulta de apetitos y la organizó transformándola en un ejército de propósitos y principios. Mi alma nació de tal pasión.

Ana Ya noté entonces que entraba usted en juicio. Antes era usted un chico terriblemente destrozón.

Tanner Destrozón, ¡quiá! Era solamente travieso.

Ana ¡Oh! Juanito, sí que era usted destrozón. Echó usted á perder todos nuestros pinitos cortándoles las puntas con un sable de madera. Con un tirador acribilló todas las calabazas del jardín. Incendió el heno en la dehesa del común. La policía apresó á Octavito por ello cuando huía, después de haber tratado de disuadirle á usted de semejante acción. Usted...

Tanner ¡Bah, bah, bah! Aquello eran combates, bombardeos, estratagemas para salvar nuestras cabelleras de los pieles rojas. No tiene usted imaginación, Ana. Soy ahora diez veces más destrozón de lo que era entonces. Mi pasión moral ha tomado posesión de mi destructividad y la guía hacia fines morales. He venido á ser un reformador, como todos los reformadores, un iconoclasta. No destrozo ya calabazas ni incendio breñales, destruyo creencias y derroco ídolos.

Ana (Aburrida) Me temo que yo sea demasiado femenina para ver algún sentido en la destrucción. La destrucción sólo puede destruir.

Tanner Sí, y por eso es tan útil. La construcción llena el terreno de instituciones hechas por unos métome-en-todo. La destrucción lo

despeja y nos proporciona espacio para respirar y libertad.

Ana — Es inútil, Juanito. Ninguna mujer estará conforme con usted en esto.

Tanner — Por eso precisamente confunde usted construcción y destrucción con creación y matanza. Son completamente diferentes. Yo adoro la creación y aborrezco la matanza. Sí, la adoro en el árbol y la flor, en el pájaro y la fiera, hasta en usted. (Una oleada de interés y agrado, de repente, hace desaparecer de la cara de ella el aburrimiento y la perplejidad creciente.) Fué el instinto creador el que le inspiró ligarme á usted con lazos que han dejado señales en mí hasta la fecha. Sí, Ana, el antiguo pacto infantil entre nosotros fué un inconsciente pacto de amor...

Ana — ¡Juanito!

Tanner — ¡Oh, no se alarme!...

Ana — No me alarmo.

Tanner — (Enigmático.) Pues debiera. ¿Dónde quedan sus principios?

Ana — Juanito, ¿habla usted en serio, sí ó no?

Tanner — ¿Se refiere á la pasión moral?

Ana — No, no, á otra cosa. (Confusa.) Es usted tan raro, nunca se sabe si habla en serio ó no.

Tanner — Pues hablo siempre muy en serio. Soy su tutor y tengo el deber de educar su espíritu.

Ana — El pacto de amor se acabó entonces, ¿no? Supongo que usted ya se ha cansado de mí.

Tanner — No, pero la pasión moral ha hecho imposibles nuestras relaciones de niños Un sentido celoso de mi nueva individualidad surgió en mí...

Ana — ¡Vamos, que ya no quiere que le traten como á chico! ¡Pobre Juanito!

Tanner — Sí, porque el ser tratado como chico supone la continuación del antiguo modo de ser. He venido á ser otra persona, y los que habían conocido á la antigua persona se rieron de mí. El único hombre que se portó con sentido común fué mi sastre; me volvió á tomar medida cada vez que fuí á su casa, mientras todos los demás siguieron con sus antiguas medidas y querían que me vinieran.

Ana Se ha vuelto usted terriblemente presuntuoso.

Tanner Cuando esté usted en el cielo, Ana, estará terriblemente presuntuosa por sus alas, durante el primer año ó así. Cuando encuentre allí á sus parientes y ellos persistan en tratarla como si siguiese siendo una mortal, no lo podrá usted aguantar. Tratará usted de entrar en un círculo que no la haya conocido sino como ángel.

Ana De modo que no fué más que su vanidad la que le hizo á usted huir de nosotros.

Tanner Sí, sólo mi vanidad, como usted la llama.

Ana No hacía falta, por eso, haber evitado todo contacto conmigo.

Tanner Con usted, sobre todo. Más que nadie, usted luchó contra mi emancipación.

Ana (Seria.) ¡Oh, qué equivocado está usted! Yo hubiese hecho cualquier cosa por usted.

Tanner Cualquier cosa, excepto dejarme soltarme de usted. Aun entonces había usted adquirido por instinto aquella maldita treta femenina de imponer obligaciones á un hombre, de ponerse tan entera y desamparada á su merced, que al fin no se atreve á dar un paso sin ir á pedirle permiso. Conozco á un pobre desgraciado cuyo único deseo en esta vida es huir de su mujer. Ella lo evita amenazando con tirarse debajo de la locomotora del tren que tome él para huir. Es lo que hacen todas. Cuando tratamos de ir á donde ustedes no quieren que vayamos, no hay ley que lo impida, pero al querer dar el primer paso, nuestro pie tropieza con vuestro pecho; al querer arrancar nuestras ruedas, tropiezan con vuestros cuerpos. Ninguna mujer me ha de esclavizar así á mí.

Ana Pero, Juanito, no se puede vivir sin tener un poco de consideración á los demás.

Tanner Sí, pero ¿quiénes son los demás? Es la consideración á los demás... ó mejor dicho, aquel miedo cobarde que llamamos consideración... lo que nos convierte en los esclavos sentimentales que somos. El tener consideración á usted, como lo llama usted, es sustituir mi propia voluntad con la suya. ¿Y si

esa voluntad suya no vale lo que la mía? ¿Están las mujeres mejor enseñadas que los hombres ó peor? ¿Saben más los electores ó los hombres de Estado? Creo que para los dos casos la contestación está clara. ¿En qué mundo viviríamos si los hombres de Estado se dejaran guiar por los electores, y los hombres en general por sus esposas? ¿Qué significan hoy día la Iglesia y el Estado? Pues la mujer y el contribuyente.

Ana (*Plácida.*) Cuánto me alegro de ver que entiende usted de política, Juanito. Puede sacar gran provecho si logra un puesto en el parlamento. (*El se encoge como una vejiga pinchada.*) Pero siento tanto que crea dañosa mi influencia.

Tanner No digo que sea dañosa. Pero dañosa ó provechosa, no me da la gana ser cortado á la medida de usted. Eso es todo.

Ana Nadie le pide á usted que así sea, Juanito. Le aseguro á usted, muy de veras, que no tomo á mal ni tanto así sus rarezas. Ya sabe usted que á todos nos han criado para tener ideas avanzadas. ¿Por qué se empeña usted en que mis ideas son tan estrechas?

Tanner He aquí el peligro. Yo sé que no le importan á usted mis opiniones, porque no tienen que importarle. La serpiente boa no se preocupa en lo más mínimo de las opiniones de un pájaro mosca cuando le ve envuelto en sus espirales.

Ana (*Levantándose con súbita intuición.*) ¡Ah, aaah! Ahora es cuando comprendo por qué advirtió usted á Octavito que yo era una serpiente boa. Me lo contó el abuelito. (*Se ríe á carcajadas y le echa su boa por el cuello.*) ¿No es suave y agradable, Juanito?

Tanner (*En el lazo.*) ¡Basta ya de hipocresías! ¡Vaya una frescura!

Ana Nunca he sido hipócrita con usted, Juanito. ¿Está usted enfadado? (*Retira el boa y lo tira encima de una silla.*) Tal vez me he propasado.

Tanner (*Despreciativo.*) Vaya, ahora remilgos. Total ¿qué? si así se divierte.

Ana (*Tímida.*) Pues, nada. El caso es que yo creo que lo que siguificaba aquello de la ser-

piente boa era... era esto. (Le echa el brazo al cuello.)

Tanner (Mirándola fijamente.) ¡Pues me gusta la audacia! (Ella se ríe y le acaricia la mejilla.) ¡Y pensar que si yo contase este episodio no habría un alma que me lo creyese como no fuesen las mismas personas que romperían toda relación conmigo por haberlo contado, mientras que si usted me acusara nadie creería mis negaciones!

Ana (Retirando el brazo con perfecta dignidad.) Es usted incorregible, Juanito. Pero no debiera usted hacer bromas de nuestro mutuo afecto. Nadie sería capaz de equivocarse acerca de este sentimiento. Tampoco se equivoca usted, supongo.

Tanner ¡Dios sabe si no me equivoco! ¡Pobre Octavito!

Ana (Mirándole de repente como si esto fuese una nueva revelación.) Creo que no será usted tan tonto que tenga celos de Octavito.

Tanner ¡Celos! ¿Por qué? Pero no me extraña que usted trate de envolverle. Siento sus espirales á mi propio alrededor, y eso que no está usted más que jugando conmigo.

Ana ¿Cree usted que tengo intenciones respecto de Octavito?

Tanner Sí que las tiene usted.

Ana (Seria) Cuidado, Juanito. Tal vez haga usted á Octavio muy desgraciado si en esto le hace creer cosas que no existen.

Tanner No hay cuidado, no se le escapará á usted.

Ana Me pregunto algunas veces si realmente es usted un hombre listo.

Tanner ¿A qué viene esto ahora?

Ana Parece que usted entiende de todas las cosas de que yo no entiendo, pero le aseguro que es usted una completa criatura en todas las cosas de las que entiendo yo.

Tanner Sé lo que Octavito siente por usted, Ana; en esto no me cabe duda.

Ana ¿Y también sabe lo que yo siento por Octavito? ¿Tampoco le cabe duda?

Tanner Demasiado sé lo que ha de sucederle al pobre Octavito.

Ana Me reiría de buena gana, Juanito, si no fue-

se por la muerte de mi pobre padre. Le advierto: Octavito va á ser múy desgraciado.

Tanner Sí, pero no lo conocerá el pobrecito. Es mil veces demasiado bueno para usted. Por eso está á punto de cometer por usted el más grave error de su vida.

Ana Pues yo creo que los hombres cometen más error por ser demasiado listos que por ser demasiado... buenos. (Se sienta con cierta apariencia de desprecio para con la totalidad del sexo masculino, lo que se expresa en el encogimiento de sus hombros.)

Tanner Ya sé yo que Octavito no le importa á usted mucho. Pero, al fin y al cabo, es uno que besa y uno que puede en ciertas ocasiones permitir el beso. Octavito besará y usted solo le presentará la mejilla y, en cuanto se le presente á usted mejor proporción, le echará por la borda.

Ana (Ofendida.) No tiene usted derecho á decir esas cosas, Juanito. En primer lugar, no es verdad, y luego, aunque lo fuera, no está bien que lo diga usted. Si á usted y á Octavito les da por ponerse tontos, no es culpa mía.

Tanner (Lleno de remordimientos.) Dispense mi brusquedad, Ana. Va contra este mundo perro, no contra usted. (Ella levanta la vista hacia él, regocijada y dispuesta á perdonar. Al notarlo él, de repente se pone en guardia.) De todos modos, estoy deseando que baje Ramsden. Estando con usted, nunca me siento seguro. No sé, pero hay cierto diabólico encanto... ó no, no es encanto... es así como un interés sutil. (Ella se ríe.) Eso es... bien lo sabe usted y triunfa... abierta y desvergonzadamente triunfa.

Ana ¡Hay que ver, Juanito, quién es usted echando piropos!

Tanner ¡Piropos, yo!

Ana Sí señor, piropos. Siempre abusa usted y ofende pero luego concluye por algo que agrada.

Tanner ¡Vaya! Voy á llamar al timbre, que esta conversación ya se prolongó más de lo conveniente.

Ramsden y Octavio vuelven con Miss Ramsden, una solterona muy tiesa con vestido sencillo de seda de color café, con bastantes sortijas, cadenas y broches para demostrar que la sencillez de su vestido es cosa de principios, no de pobreza. Entra muy determinada en la habitación, siguiéndola los dos hombres muy perplejos y abatidos. Ana se levanta y va oficiosa al encuentro de Miss Ramsden. Tanner retrocede hacia la pared por entre los bustos y se pone á estudiar los cuadros. Ramsden va á su mesa como de costumbre y Octavio se arrima á Tanner.

Miss Ram. (Casi empujando á un lado á Ana al ir hacia la silla de Mrs. Whitefield donde se planta resueltamente.) Yo me lavo las manos sobre todo el asunto.

Oct. (Muy entristecido.) Ya sé que desea usted que me lleve de aquí á Violeta. Lo haré, Miss Ramsden. (Se vuelve indeciso hacia la puerta.)

Ramsden No, no ..

Miss Ram. ¿A qué viene decir que no, Roebuck? Octavio bien sabe que yo no echaría de mi casa á una mujer verdaderamente contrita y arrepentida. Pero cuando una mujer no solo es mala sino quiere seguir siéndolo, para mí ha acabado.

Ana ¡Oh! Miss Ramsden ¿qué significa eso? ¿Qué ha dicho Violeta?

Ramsden Realmente es muy obstinada la muchacha. Violeta no quiere salir de Londres. No la entiendo.

Miss Ram. Yo sí. Es tan evidente como la palma de la mano que no quiere marcharse para no separarse de aquel hombre, sea quien sea.

Ana ¡Oh! sí, es verdad. Octavio, ¿no le ha hablado usted?

Oct. No quiere decirnos nada. No quiere tomar ninguna determinación antes de haber consultado con alguien. No puede ser otro que el miserable que la ha engañado.

Tanner (A Octavio.) Pues deja que le consulte. Bastante se alegrará él de verla marchar afuera. ¿Dónde está la dificultad?

Miss Ram. (Quitándole la palabra á Octavio.) La dificultad, Mr. Tanner, está en que, cuando me ofrecí á ayudarla no me ofrecí á hacerme la cómplice de su maldad. O ella da palabra de no

volver á ver á aquel hombre, ó puede buscar amigos en otra parte, y cuanto antes mejor.

(La doncella aparece en la puerta. Ana vuelve bruscamente á su asiento y se da un aire de completo descuido. Octavio instintivamente la imita.)

Donc. El coche está á la puerta, señorita.

Miss Ram. ¿Qué coche?

Donc. Para Miss Robinson.

Miss Ram. ¡Ah! (Recordando.) Muy bien. (La doncella se retira.) De modo que ha mandado traer un coche.

Tanner Hace media hora que dije yo que había que traer un coche.

Miss Ram. Me alegro de que comprenda la situación en que se ha colocado.

Ramsden No me gusta que se marche de esta manera, Susana. No debemos mostrarnos duros con ella.

Oct. No, muchas gracias por todo, pero Miss Ramsden tiene razón. Violeta no puede quedarse.

Ana ¿No sería mejor que usted la acompañara, Octavio?

Oct. No quiere que yo la acompañe.

Miss Ram. Claro, como que va á ir derecho á aquel hombre.

Tanner Consecuencia natural de la virtuosa recepción que ha tenido aquí.

Ramsden (Muy turbado.) Mira, Susana. ¿Has oído? Pues hay algo de verdad en ello. Quisiera que pudieses conciliar con tus principios el ser un poco indulgente con esa pobre muchacha. Es muy joven, y hay un tiempo para todo.

Miss Ram. ¡Oh! no le faltarán las simpatías de los hombres. Me asombras verdaderamente, Roebuck.

Tanner A mí tambien, Ramsden, aunque favorablemente.

Violeta aparece en la puerta. Es una señorita tan impenitente y despreocupada como podría serlo la de mejor conducta. Su cabeza estrecha, sus labios delgados y su menton resuelto, su modo de hablar altivo y todo su porte, la perfecta elegancia de sus atavíos, entre los

que hay un sombrero primoroso con un pájaro disecado, constituyen una figura tan formidable como exquisitamente bonita. No es una sirena como Ana, se granjea la admiración espontáneamente y aun sin interés por parte de ella. Por lo demás en Ana hay algo de humor festivo, en esta mujer ni rastro y tal vez tampoco perdón alguno. Su voz recuerda la de una maestra que se dirige á una clase de niñas que se han portado mal, pues con perfecto aplomo y algo disgustada empieza á decir á lo que ha venido.

Viol. Me he asomado para decir á Miss Ramsden que encontrará en el cuarto de la doncella el regalo que me hizo el día de mi cumpleaños, la pulsera de filigrana.

Tanner Entre usted, Violeta, y hable con nosotros razonablemente.

Viol. Gracias, ya estoy harta de conversaciones. Y lo mismo le pasa á tu madre, Ana, pues se ha ido á casa llorando. De todos modos ya sé á qué atenerme en cuanto á algunos de mis pretendidos amigos. Abur.

Tanner No, no, espere usted un momento. Tengo que decirle algo que deseo que escuche. (Ella le mira sin la más mínima curiosidad en apariencia, tanto para concluir de ponerse el guante como para oir lo que tiene él que decir.) Cuente usted incondicionalmente conmigo. La felicito con el respeto más sincero. Usted tiene perfectamente razón, y la familia está enteramente equivocada.

Sensación. Ana y Miss Ramsden se levantan y se vuelven hacia los dos. Violeta, más sorprendida que nadie, olvida su guante y avanza hacia el centro de la habitación, confusa y desabrida. Octavio sólo no se mueve ni levanta la cabeza; está abrumado de vergüenza.

Ana (Para suplicar á Tanner ser razonable.) ¡Juanito!

Miss Ram. (Indignada.) ¡Habráse visto!

Viol. (Aspera, á Tanner.) ¿Quién le ha dicho á usted?

Tanner ¿Quién va á ser? Ramsden y Octavito. ¿Por qué se habían de callar?

Viol. Pero si ellos no saben.

Tanner No saben ¿qué?

Viol. Quiero decir que no saben que tengo razón.

Tanner ¡Oh! Lo saben en el fondo de su corazón, aunque se crean obligados á censurarla por efecto de sus supersticiones tontas acerca de la moralidad y la propiedad y etc. Pero yo sé y el mundo entero sabe realmente, aunque no se atreve á confesarlo, que ha tenido usted razón en obedecer á sus instintos, que la vitalidad y la valentía son las cualidades más altas que pueda tener una mujer y la maternidad su solemne iniciación en la vida universal, y el hecho de no estar casada legalmente no quita un bledo de su propio valor ó de nuestra consideración por usted.

Viol. (Roja de indignación.) ¡Ah! me toma usted por una mala mujer, como los demás. Usted cree no solamente que he sido mala, sino que comparto sus abominables opiniones. Miss Ramsden, he aguantado sus palabras duras porque sabía que las sentiría usted cuando supiera la verdad. Pero no soportaré tan horrible insulto de ser felicitada por Juanito, por ser una de las desgraciadas á las que aprueba. He ocultado mi casamiento por causa de mi marido. Pero ahora reclamo, como casada, el derecho de no ser insultada.

Oct. (Levantando la cabeza con inexpresable alivio.) Pero, ¿estás casada?

Viol. Sí, y creo que podrías haberlo notado. ¿Qué les ha pasado á todos al dar por sentado que yo no tenía derecho á llevar mi anillo de boda? Nadie de ustedes preguntó siquiera por qué lo llevaba, ni reparó en él.

Tanner (Aniquilado.) Me he hundido. Mi intención fué buena. Pido perdón... humildemente, perdón.

Viol. Espero que en adelante tendrá usted más cuidado de lo que habla. Claro que no hace una caso de tales dichos, pero son bastante desagradables y de mal gusto.

Tanner (Capeando el temporal.) No tengo defensa. Me guardaré muy mucho de aquí en adelante de meterme en asunto de mujeres. Todos nos hemos tirado una plancha, me parece,

excepto Ana. Ella habló en favor de usted, Violeta. Perdónenos por ella.

Viol. Sí, Ana ha sido muy amable, pero Ana lo sabía todo.

Tanner ¡Vamos!

Miss Ram. (Tiesa.) ¿Y quién, diga usted, es el caballero que no reconoce á su mujer?

Viol. (Bruscamente.) Eso es asunto mío, Miss Ramsden, y no de usted. Tengo mis razones especiales para tener secreto mi matrimonio por ahora.

Ramsden Lo único que puedo decir es que estamos todos muy pesarosos, Violeta. Me da no sé qué el pensar cómo la hemos tratado.

Oct. (Torpe.) Perdóname, Violeta. No puedo decir más.

Miss Ram. (Todavía sin querer capitular.) Por cierto que lo que dice usted, Violeta, cambia las cosas. Pero, de todos modos, me debo á mí misma...

Viol. (Interrumpiéndola.) Lo que debe usted es hacerme á mí excusas, Miss Ramsden. Esto es lo que debe usted tanto á sí misma como á mí. Si fuese usted una señora casada no le gustaría, creo, que la relegaran al cuarto de la doncella como á una niña mal criada, sin ningún motivo alguno.

Tanner No nos abrume todavía más, Violeta. Nos hemos portado como tontos, como unos verdaderos tontos.

Viol. De todos modos, Juanito, usted no ha intervenido en el asunto.

Tanner ¿Cómo que no? ¿Sabe usted que Ramsden casi me ha acusado de ser el caballero desconocido?

(Ramdsen hace una demostración frenética, pero el enfado, frío y enérgico de Violeta, le interrumpe.)

Viol. ¡A usted! ¡Oh, qué infamia, qué cosa más abominable! Pues hay que ver las cosas que se han dicho aquí de mí. Si mi marido lo supiese no me dejaría tratar á ninguno de ustedes en la vida. (A Ramsden.) La verdad, no hubiese esperado eso de usted.

Ramsden Pero le aseguro á usted que yo nunca... ó ha sido una mala interpretación.

Miss Ram. No necesitas hacer excusas, Roebuck. Ella es la que tiene la culpa de todo. Ella es la

que tiene que excusarse por habernos engañado á todos.

Viol. Puedo concederle circunstancias atenuantes, Miss Ramsden, porque usted no puede comprender mi modo de pensar en este asunto, aunque creí yo haber podido esperar mejor gusto de personas de tanta experiencia como ustedes. Sea lo que quiera, me parece que la situación se ha hecho algo penosa y lo mejor será que yo me ausente. De modo que, adiós y ustedes lo pasen bien. (Sale dejándolos á todos confusos.)

Miss Ram. Pues ¡vaya, vaya, vaya!

Ramsden (Lastimero.) La verdad es, que esperaba un poco más de amabilidad.

Tanner Tiene usted que capitular ante el anillo de boda lo mismo que los demás, Ramsden. El cáliz de nuestra ignominia está lleno hasta rebosar.



ACTO SEGUNDO

En el camino del parque de una quinta, cerca de Richmond, un automóvil acaba de sufrir una *panne*. Se halla enfrente de un grupo de árboles, rodeado por el camino que va hacia la casa, en parte visible al través de ellos. Efectivamente, Tanner, colocado en el camino con el coche á su derecha, podría conseguir ver sin dificultad el ángulo del Oeste de la casa á su izquierda, si no estuviese demasiado interesado en observar un par de piernas echadas en el suelo, envueltas en pantalones de tela azul que salen por la parte trasera del coche. Las contempla con intensa atención, encorvado sobre ellas y con las manos apoyadas en las rodillas. Su gabán de cuero y gorra de visera, le caracterizan como pasajero del vehículo.

El de las piernas. Por fin, ya.
Tanner ¿Ya se arregló todo?
El de las p. Sí, señor, al pelo.

Tanner se inclina más, coge las piernas por los tobillos y saca como una carretilla al dueño de ellas que anda en las manos, con un martillo en la boca. Es un joven que lleva un bonito traje de sarga azul. Va completamente afeitado. Tiene ojos negros y dedos cuadrados; pelo negro, cortado á rape y bien cepillado, y unas cejas irregulares, de expresión escéptica. Cuando manipula en el coche, sus movimientos son listos y rápidos, y al mismo tiempo atentos y deliberados. Con Tanner y los amigos del mismo, su modo de ser no tiene nada de respetuoso, sino que es frío y retraído, con lo que no

les da motivos ni para confianzas ni para quejas. Sin embargo, no los pierde de vista nunca, con cierto aire cínico, como hombre que, conoce las interioridades del mundo. Habla despacio y con un dejo de sarcasmo, y como no se esfuerza nada por hablar de una manera fina, se puede deducir que su traje elegante es más una marca de respeto á sí mismo y á su clase que á los que le emplean.

Ahora monta en el coche para probar la maquinaria y vuelve á colocarse el abrigo y la gorra. Tanner, en cambio, se quita el gabán de cuero y lo echa adentro del coche. El *Chauffeur* (ó automovilista ó conductor del auto ó como quedemos en llamarle) mira á su alrededor como buscando algo, mientras está guardando el martillo.

Chauf. No quiere usted más por lo visto.

Tanner No me disgustará hacer el camino á pie hasta la casa, desentumecerme las piernas y calmar mis nervios un pcco. (Mirando su reloj.) Supongo sabrá usted que hemos venido desde la esquina de Hyde Park á Richmond en veintiun minutos.

Chauf. Hubiese hecho el recorrido en quince minutos si la carretera hubiese estado despejada. Pero con los malditos carros...

Tanner ¿Por qué hace usted eso? ¿Es por amor al deporte ó por el gusto de aterrorizar á su desgraciado amo?

Chauf. ¿De qué se asusta usted?

Tanner De las multas y de romperme el cuello.

Chauf. Hombre, si le gusta ir despacio, puede tomar un autobus, ¿sabe? Es más barato. A mí me paga usted por ahorrarle tiempo y sacarle el jugo á su cacharro de mil libras. (se sienta con calma.)

Tanner Soy el esclavo del tal cacharro y de usted también. Sueño de noche con el maldito chisme.

Chauf. Se irá usted acostumbrando. Si va usted para arriba, hacia la casa, dígame cuánto tiempo va á tardar. Porque si va usted á estar toda la mañana hablando con las señoras, yo voy á entrar el coche en la cochera y me tumbaré en algún sitio. Si no, esperaré aquí en el coche hasta que usted venga.

Tanner Lo mejor será que espere. No tardaremos mucho. Hay allí un joven americano, un Mr. Malone, que va á venir con Mr. Robinson en su nuevo coche de vapor americano.

Chauf. (Dando un salto y saliendo bruscamente del coche para acercarse á Tanner.) ¡Un coche de vapor americano! ¡Y ha venido luchando con nosotros desde Londres!

Tanner Tal vez estén ya aquí.

Chauf. ¡Si yo lo llego á saber! (Con profundo reproche.) ¿Por qué no me lo ha dicho usted, Mr. Tanner?

Tanner Porque me han dicho que ese coche puede hacer ochenta y cuatro millas por hora y ya sé yo cómo las gasta usted cuando hay un rival por nuestro camino. Nada, Enrique, hay cosas que no es bueno que las sepa usted y esta es una de ellas. Pero alégrese, vamos á tener un día á gusto de usted. El americano va á llevar á Mr. Robinson y su hermana, y á Miss Whitefield. Nosotros llevamos á Miss Rhoda.

Chauf. (Consolado ya.) Es la hermana de Miss. Whitefield, ¿no?

Tanner Sí.

Chauf. ¿Y Miss Whitefield irá en el otro coche? ¿Con usted, no?

Tanner ¿Por qué demonios había de ir conmigo? Ya tiene de compañía á Mr. Robinson. (El «Chauffeur» mira á Tanner con fría incredulidad y vuelve al coche, silbando por lo bajo un aire popular. Tanner, un poco fastidiado, va á proseguir, cuando oye los pasos de Octavio en la grava. Octavio viene desde la casa, vestido como para ir en automóvil, pero sin abrigo.) Hemos perdido el certamen, á Dios gracias, ahí viene Mr. Robinson. ¿Qué tal, Octavito, anda bien ese coche de vapor?

Oct. Ya lo creo que anda. Desde Hyde Park hasta aquí hemos tardado diecisiete minutos. (El «Chauffeur», furioso, golpea el coche con un gruñido de disgusto.) ¿Cuanto habéis tardado vosotros?...

Chauf. (Reprochando) ¿Ve usted, ve usted, Mr. Tanner? Podíamos nosotros haber hecho el recorrido en menos de quince minutos.

Tanner — A propósito, voy á presentarlos. Este señor es mi amigo, Mr. Octavio Robinson. Mi *chauffeur*, Mr. Hènry Straker.

Stra. — Para servirle á usted, caballero.

Tanner — No te creas que Straker es un mecánico de los del montón. Ha hecho estudios. ¿En qué escuela, Straker?

Stra. — En Sherbrooke Road.

Tanner — ¡Sherbrooke Road! Es como si nosotros dijésemos Rugby ó Harrew ó Eton. Con la diferencia de que Sherbrooke Road es una escuela donde los chicos aprenden algo, mientras Eton es un instituto adonde nos mandan porque en casa no hacemos más que daño y para que después en la vida, siempre que mencionen á un duque, podamos decir que ha sido condiscípulo nuestro.

Stra. — No sabe usted nada, Mr. Tanner. No es la escuela de primera enseñanza la que hace eso, sino la politécnica.

Tanner — Como quien dice su universidad. No Oxford, ni Cambridge, ni Durham, ni Dublin, ni Glascow. Ni siquiera las de menor cuantía del país de Wales. Nada de eso. Sino Regent Street, Chelsea, el Borough... ¿qué sé yo? Esas son universidades y no las tiendas aquellas nuestras, donde se venden de limitaciones de clases. Desprecia usted á Oxford, ¿no es verdad, Enrique?

Stra. — No, señor. Es muy bonito sitio. Digo para personas á las que les guste semejante clase de sitios. Allí se enseña á ser señorito. En la politécnica se enseña á ser ingeniero ó cosa por el estilo.

Tanner — ¡Sarcasmos, nada más que sarcasmos, Octavito! ¡Oh! si pudieses ver dentro del alma de Enrique su profundo desprecio por las clases elevadas, su orgullo de ser ingeniero te pasmarían. Literalmente se alegra cuando el coche sufre una parada forzosa, porque por ella se evidencian mi inutilidad de señorito y su inteligencia de mecánico.

Stra. — No le haga usted caso, Mr. Robinson. Le gusta hablar. Le conocemos, ¿no le parece a usted?

Oct. — (Serio.) Pero hay mucha verdad en el fondo

de lo que dice. Creo firmemente en la dignidad del trabajo.

Stra. (*No impresionado.*) Es porque no ha hecho usted nunca nada, Mr. Robinson. El fin mío es suprimir el trabajo. Más resultado sacará usted de mí y de mi máquina que de veinte trabajadores, y con menos bebida.

Tanner ¡Por Dios, Octavio, no empieces á discutir con él sobre economía política. Es muy fuerte en eso y nosotros no lo somos. Tú sólo eres un socialista poético , Octavito, y él es un socialista científico.

Stra. (*Sin turbarse.*) Usted dispense, esta conversación es muy interesante, pero yo tengo que mirar por el coche y ustedes dos tienen que hablar de las señoras. Yo lo sé. (*Se retira para ocuparse con el coche y al punto arranca con dirección á la casa.*)

Tanner Es un fenómeno social verdaderamente importante.

Oct. ¿El qué?

Tanner Pues Straker. Las personas literarias y cultas hemos durante años hecho atmósfera para la «mujer nueva», siempre cuando se presentaba alguna solterona de ideas chapadas á la antigua más de lo usual, y nunca hemos reparado en el «hombre nuevo.» Straker es el hombre nuevo.

Oct. No veo en él nada nuevo, como no sea tu manera de tomarle el pelo. Pero ahora no quiero hablar de él. Quiero hablarte de Ana.

Tanner Straker también sabía eso. Lo habrá aprendido en la politécnica. Pues bien, ¿qué hay de Ana? ¿Le has hecho una declaración formal?

Oct. (*Reprendiéndose a sí mismo.*) He sido bastante bruto para obrar así anoche.

Tanner ¡Bastante bruto! ¿Qué quieres decir con eso?

Oct. (*Ditirámbico.*) ¡Ay! Juanito, los hombres todos somos bastotes, nunca comprendemos lo exquisitas que son las sensibilidades de una mujer. ¿Por qué haría yo semejante cosa?

Tanner Pero, ¿qué has hecho, idiota sentimental?

Oct. Sí, soy un idiota. ¡Juanito, si hubieses oído su voz, si hubieses visto sus lágrimas! Toda la noche he estado despierto pensando en

ello. Si me hubiese hecho reproches, lo hubiese yo soportado mejor.

Tanner ¡Lágrimas! Eso es peligroso. ¿Qué dijo?

Oct. Me dijo que cómo podía yo hablarle de semejante cosa cuando todavía estaba caliente el cadáver de su adorado padre. Lanzó un suspiro... (*Se queda anonadado.*)

Tanner (*Dándole golpecitos en la espalda.*) Aguanta como un hombre aunque sientas como un borrico. Es lo de siempre; no está cansada todavía de jugar contigo.

Oct. (*Impaciente.*) ¡Por Dios! No seas tonto, Juanito. ¿Crees que ese necio cinismo tuyo tenga aplicación á una mujer de sus condiciones?

Tanner ¡Hum! ¿Dijo algo más?

Oct. Sí, y por eso me expongo y la expongo á ella á tus burlas diciéndote lo que ha pasado.

Tanner (*Con remordimientos.*) Nada de burlas, querido Octavito, por mi honor. En fin, no importa. Sigue.

Oct. Su sentimiento del deber es tan profundo, tan completo...

Tanner Sí, ya sé. Sigue.

Oct. Ya ves, por disposición de su padre, Ramsden y tú sois sus tutores, y ella ahora considera que todos sus deberes para con su padre se han transformado en deberes para con vosotros. Dijo que lo primero que yo debiera haber hecho era hablar con vosotros. Claro que tiene razón, pero por otro lado, tiene algo de ridículo que tenga yo que pedirte formalmente permiso para pretender la mano de tu pupila.

Tanner Hombre, me alegro, Octavito, de que el amor no ha borrado en tí todo sentido del humor.

Oct. Esta contestación no la satisfará.

Tanner Mi contestación oficial, ni qué decir tiene, es la siguiente: Os bendigo, hijos míos, sed dichosos.

Oct. Quisiera que ya dejaras de guasearte. Si tú no lo tomas en serio, lo tomo yo y lo toma ella.

Tanner Sabes que ella puede escoger tan libremente como tú mismo.

Oct. Ella no piensa así.

Tanner ¿Que no? ¡Vamos! De todos modos, ¿qué quieres que haga yo?

Oct. Pues quiero que le digas sincera y formalmente lo que piensas de mí. Quiero que le digas que puedes confiármela á mí... es decir, si así lo crees.

Tanner No dudo que te la puedo confiar. Lo que me trastorna es la idea de si á tí puedo confiarte á ella. ¿Has leído el libro de Maeterlinck, sobre las abejas?

Oct. (Guardando con dificultad su calma.) No he venido para discutir literatura ahora.

Tanner Hombre, ten un poco de paciencia. Yo tampoco quiero discutir literatura; el libro sobre las abejas trata de historia natural. Es una espantosa lección para el género humano. Tú te figuras que eres el pretendiente de Ana, que eres el perseguidor y ella la perseguida, que tu papel consiste en rondar, en persuadir, en vencer y arrollar. Tonto, eres tú el perseguido, el señalado, la presa elegida. No tienes necesidad de estarte echando miradas codiciosas al cebo á través de los alambres de la trampa, la puerta está abierta y así quedará hasta que se cierre detrás de ti para siempre.

Oct. ¡Ojalá fuera así á pesar de tu abominable comparación!

Tanner Porque ella, amigo mío, no tiene otro fin en la vida que cazar á un marido. El fin de la mujer es casarse lo más pronto posible, y el del hombre es quedar soltero todo el tiempo que pueda. Tú tienes que escribir tragedias y poesías, Ana no tiene ninguna ocupación.

Oct. No puedo escribir sin inspiración, y nadie puede proporcionármela fuera de Ana.

Tanner Pero ¿no te inspiraría mejor desde una distancia segura? Petrarca no vió á Laura, ni Dante á Beatriz tan de cerca como tú ves ahora á Ana, y, sin embargo, escribieron poemas bastante aceptables, según tengo entendido. Ellos nunca expusieron su adoración al contacto de la familiaridad doméstica y les duró hasta la sepultura. Cásate con Ana, y al cabo de una semana, no en-

contrarás en ella más inspiración que en un plato de arroz con leche.

Oct. ¿Crees que me cansaré de ella?

Tanner Nada de eso, tampoco se cansa uno del arroz con leche, pero no encuentra uno inspiración en tal manjar. Y así ella no te dará inspiración cuando deje de ser el etéreo ensueño de un poeta y venga á ser una maciza esposa y matrona. Te verás en la obligación de soñar con cualquiera otra, y enton ces es cuando habrá jaleo.

Oct. Es inútil que hables así, Juanito. ¿Tú qué sabes? ¿Nunca has estado enamorado?

Tanner ¡Yo! Precisamente nunca he dejado de estarlo. Ahora mismo estoy enamorado hasta de Ana. Pero no soy ni el esclavo ni el engañado del amor. Mira las abejas, poeta, observa sus costumbres y hechos. Ten la completa seguridad, Octavio, de que si las mujeres pudiesen pasarse sin nuestra intervención, y nosotros les comiésemos el pan de sus hijos en vez de ganarlo, nos matarían como las arañas hembras matan á sus machos, y las abejas á los zánganos. Y tendrían razón si no valiésemos para otra cosa que para el amor.

Oct. ¡Oh, si valiésemos siquiera para el amor! No hay nada comparable con el amor, no hay nada fuera del amor. Sin él el mundo sería una sórdida pesadilla.

Tanner ¡Y tú eres el hombre que me pide la mano de mi pupila! ¡Vamos, hombre! Creo que nos han cambiado en las cunas y que tú eres el verdadero descendiente de don Juan Tenorio.

Oct. Me harás el favor de no hablar así delante de Ana.

Tanner No tengas cuidado. Te ha señalado como cosa propia, y nada la detendrá ya. No hay salvación para tí. (Straker vuelve con un periódico en la mano.) Ahí viene el «hombre nuevo» desmoralizándose con un periódico de á perro chico, como siempre.

Stra. Para que se vea lo que son las cosas, mister Robinson. ¿Querrá usted creer que cuando nos pusimos en marcha esta mañana com-

pramos dos periódicos, el *Times* para mister Tanner y el *Leader* ó el *Echo* para mí? Y ¿cree usted que he podido leer el mío? ¡Quiá! Me cogió el *Leader* y me dejó entretenerme con el *Times*.

Oct. ¿No publica el *Times* la lista de los caballos vencedores?

Tanner Enrique no se preocupa de apuestas, Octavio. Los *records* de automóviles son su flaco. ¿Cuál es el último?

Stra. El de París á Biskra, con una velocidad media de 40 millas por hora, sin contar el Mediterráneo.

Tanner ¿Cuántos muertos ha habido?

Stra. Nada, dos ovejas despachurradas. Vaya una cosa. Las ovejas no cuestan caras. Sus dueños se habrán alegrado de no tener que llevarlas al matadero y de cobrar su valor con creces. A pesar de todo, ya verán, todos van á chillar. El gobierno francés prohibirá las velocidades decentes, y nos habremos fastidiado. Es lo que á mí me da rabia, mister Tanner, no quieren que corramos mientras todavía se puede.

Tanner Octavito, ¿te acuerdas de mi tío Jaime?

Oct. Sí. ¿Por qué?

Tanner Mi tío Jaime tenía una cocinera de primera. No podía digerir sino lo que ella guisaba. El caso es que al pobre hombre, tímido de por sí, no le gustaba la vida de sociedad. Pera aquella cocinera estaba orgullosa de sus habilidades y deseaba hacer comidas para príncipes y embajadores. Para impedir que dejara su servicio, el pobre viejo tenía que dar dos comidas grandes cada mes y sufrir todas las molestias consiguientes. Pues, en cierto modo, me pasa dos cuartos de lo mismo, por causa de mi chauffeur. Aborrezco los viajes, pero quiero algo á Enrique. Para él no hay mayor goce que calarse las gafas del oficio, ponerse la chaqueta de cuero y correr, con dos dedos de polvo por todo su cuerpo, á razón de sesenta millas por hora con riesgo de su vida y la mía. Exceptuando, claro está, cuando yace boca arriba en el barro debajo del coche tratando

de descubrir la causa de la parada ó la marcha defectuosa. Pues si no le permito una carrera de mil millas cada quince días, dejará mi servicio. Me plantará y se irá con algún americano millonario, y yo tendré que contentarme con un cochero jardinero que me llevará al paso y saludará respetuosamente cuando yo suba ó baje. Pero me aguanto y soy el esclavo de Enrique así como mi tío Jaime era el esclavo de su cocinera.

Stra. (Exasperado.) ¡Caramba! Quisiera tener un auto que anduviese tan aprisa como usted habla, Mr. Tanner. Lo que yo digo es que se pierde dinero con un coche si se le tiene parado. Hágase usted con un cochecito para impedidos y una niñera si no quiere sacarle el jugo á su auto y mi persona.

Tanner (Calmándole.) Bueno, hombre, bueno. Ahora mismo vamos á dar una carrera de media hora.

Stra. (Asqueado.) ¡Media hora! (Vuelve al coche se sienta en él y ojea su papel en busca de más noticias.)

Oct. ¡Calla! Ahora me acuerdo. Tengo una esquelita de Rhoda para tí. (Entrega un papel á Tanner.)

Tanner (Abriéndolo.) Me parece á mí que lo que busca Rhoda es una riña con Ana. En regla no hay más que una persona á la que una muchacha inglesa detesta más que á su madre, y esta persona es su hermana mayor. Pero Rhoda positivamente quiere más á su madre que á Ana Ella... (Indignado.) ¡vamos, hay que ver!

Oct. ¿Qué pasa?

Tanner Habíamos quedado en que Rhoda había de dar un paseo en automóvil conmigo. Ahora me dice que Ana le ha prohibido salir conmigo.

Straker empieza de repente á silbar su aire favorito con intención señalada. Sorprendidos por la explosión de esa súbita alegría y heridos por la nota burlona que la melodía contiene se vuelven hacia él y le miran interrogativamente. Pero él está absorto en la lectura del periódico y no repara en ellos.)

Oct. (Volviendo al asunto.) ¿Da alguna razón?

Tanner ¡Una razón! Un insulto no es una razón. Dice que Ana le prohibe estar sola conmigo en cualquier ocasión, porque no soy yo una persona con quien una muchacha joven pueda tener confianza. ¿Qué me dices ahora de tu dechado de perfecciones?

Oct. Ten en cuenta que tiene una grave responsabilidad ahora que no vive su padre. La madre es demasiado débil para vigilar á Rhoda.

Tanner (Mirándole fijamente.) En resumidas cuentas, que estás conforme con Ana.

Oct. No, pero me parece que la comprendo. No podrás negar que tus opiniones no son de las más á propósito para la formación del carácter y espíritu de una niña.

Tanner Pues sí que lo niego. La formación del carácter y espíritu de una niña estriba generalmente en decirle mentiras. Pero en este caso protesto contra esa mentira de que yo sea capaz de abusar de la confianza de las niñas.

Oct. No ha querido Ana decir eso, Juanito.

Tanner Pues, ¿qué ha querido decir entonces?

Stra. (Viendo que Ana viene de la casa.) Ahí viene Miss Whitefield, caballeros. (Se baja del coche y se aleja por la Avenida con el aire de un hombre que sabe que no le van á necesitar.)

Ana (Acercándose y colocándose entre Octavio y Tanner.) Buenos días, Juanito. He venido para decirle que la pobrecita Rhoda tiene un dolor de cabeza atroz y no puede salir con usted en auto. Cuánto lo siente la pobrecita.

Tanner ¿Qué dices ahora, Octavito?

Oct. Hombre, comprende las cosas. Ana te trata con la mayor consideración, aun á costa de engañarte.

Ana ¿Qué están ustedes hablando?

Tanner ¿Le gustaría á usted, Ana, quitarle á Rhoda su dolor de cabeza?

Ana Claro.

Tanner Entonces repítale lo que acaba de decirme y añada que usted me ha visto dos minutos después de leer el billete que me ha mandado.

Ana ¿Rhoda le ha escrito á usted?

Tanner Diciéndomelo todo.

Oct. No le haga usted caso, Ana. Tiene usted razón, mucha razón Ana solo ha cumplido con su deber, Juanito, bien lo sabes, y ha cumplido del modo más amable posible.

Ana (Yendo hacia Octavio.) ¡Qué bueno es usted Octavito! ¡Qué presto en auxiliarme! ¡Cómo me comprende!

(Octavio sonríe dichoso.)

Tanner Eso es, apriete las espirales. La amas, Octavito ¿es así?

Oct. Sabe que la amo.

Ana ¡Chist! ¡Qué poco reparo, Octavito!

Tanner ¡Oh! Tiene usted mi consentimiento. Soy el tutor de usted y la confío al cuidado de Octavio por una hora. Voy á dar una vuelta en el coche.

Ana No, Juanito, tengo que hablarle de Rhoda. Octavito, ¿quiere usted volver á casa y hacer compañía á su amigo americano? Está estorbando algo á mamá tan temprano, y ella quiere terminar el arreglo de la casa.

Oct. Voy volando, queridísima Ana. (Le besa la mano.)

Ana ¿Habrá chico más bueno?

(El la mira con elocuente rubor y se va corriendo.)

Tanner (Aspero.) Mire usted, Ana. Por esta vez se ha salvado usted, pero si Octavito no estuviese tan perdidamente enamorado, hubiese podido ver lo mentirosa que es usted.

Ana Es una mala inteligencia, Juanito. No me atreví á decirle la verdad á Octavito.

Tanner Nada, los atrevimientos de usted suelen estar en dirección opuesta. ¿Qué demonios eran sus intenciones al decir á Rhoda que yo era demasiado vicioso para que me tratara? ¿Cómo voy yo en adelante ya á tener con ella relaciones algunas, después de que usted le ha envenenado el alma de ese modo?

Ana Ya sé yo que es usted incapaz de portarse mal...

Tanner Entonces ¿á qué ha venido esa mentira?

Ana No tuve más remedio.

Tanner ¿Cómo?

Ana Por mi madre.

Tanner (Con los ojos centelleantes.) ¡Ah! ya podía figurarme. ¡La madre! ¡Siempre la madre!

Ana La culpa la tiene aquel tremendo libro de usted. Ya sabe usted lo miedosa que es mamá. Todas las mujeres miedosas se andan con miramientos; todas tenemos que tener miramientos, Juanito, pues de lo contrario se forman acerca de nosotras ideas tan cruel, tan vilmente erróneas. Aun usted, que es hombre, no puede decir lo que piensa sin dar lugar á falsas interpretaciones y sin que hablen mal de usted. Sí, lo confieso, he tenido que hablar mal de usted. ¿Quiere usted que la pobre Rhoda se vea en la misma situación, que por error, por no entenderla le hagan mala fama? ¿Estaría bien en mamá que la dejara exponerse á semejante eventualidad antes de tener la suficiente edad para saber lo que le conviene hacer?

Tanner Abreviando, la manera de evitar malas inteligencias consiste para todo el mundo en mentir y engañar é insinuar y calumniar todo lo que se pueda. A esto se reduce el obedecer á su madre.

Ana Quiero á mi madre, Juanito.

Tanner (Agitándose cada vez más en una rabia sociológica.) ¿Es esta una razón para no ser dueña de su propia alma? ¡Ah! Yo protesto contra esa vil abyección de los jóvenes bajo los viejos. Mírese á la así llamada buena sociedad. ¿Qué es lo que quiere aparentar ser? Un exquisito coro de ninfas. ¿Qué es en realidad? Un horrible cortejo de desgraciadas muchachas cada una en las garras de una vieja cínica, taimada, ruín, desilusionada, estúpidamente experimentada y perversa á la que llama madre y cuyo deber es depravar su alma y adjudicarla al mayor postor... ¿Por qué esas míseras esclavas se casan con cualquiera, por viejo y despreciable que sea, antes de quedarse sin casar? Porque el casamiento es el único medio para ellas de poder librarse de esas decrépitas furias que ocultan sus ambiciones egoístas, sus concupiscencias estemporáneas, sus odiosos celos á rivales más jóvenes que las desbancaron, bajo

la careta del deber materno y del amor á la familia. Estas cosas son abominables: la voz de la naturaleza reclama para una hija el cuidado de un padre y para un hijo el cuidado de una madre. La ley para padre é hijo y madre é hija no es la ley de amor, es la ley de revolución, de emancipación, de la supresión final de los viejos y gastados por los jóvenes é idóneos. Le digo á usted, el primer deber de un hombre y de una mujer es la declaración de su independencia. El hombre que aboga por la autoridad de su padre no es hombre; la mujer que aboga por la autoridad de su madre es incapaz de dar al mundo ciudadanos libres.

Ana (Escuchándole con tranquila curiosidad.) Supongo, Juanito, que algún día entrará usted en la política.

Tanner (Atontado.) ¿Qué? Yo... yo... (Tratando de reanudar la argumentación.) ¿Qué tiene que ver eso con lo que estoy diciendo?

Ana ¡Habla usted tan bien!...

Tanner Hablar, hablar; para usted todo es hablar. Bueno, vaya otra vez con su madre y ayúdela á envenenar el alma de Rhoda, como ha envenenado la de usted. Es con elefantes mansos con los que se doman los bravíos.

Ana Vamos, que estoy ascendiendo. Ayer era una serpiente boa, hoy soy un elefante.

Tanner Sí, como usted quiera. Váyase, y punto concluído. No quiero hablar más.

Ana Es usted tan raro y tan poco práctico... Yo, ¿qué puedo hacer?

Tanner ¡Hacer! Puede usted romper sus cadenas. Puede usted ir su camino según su propia conciencia y no según la de su madre. Haga que su espíritu sea puro y fuerte y aprenda á gozar de verdad con una carrera rápida en automóvil en vez de no ver en ella más que una ocasión para una detestable intriga. Venga conmigo á Marsella, y á través de Argelia á Biskra, á sesenta millas por hora. Acompáñeme hasta el Cabo, si quiere. Esto sería una declaración de indiferencia con una venganza. Después puede usted escribir

un libro sobre ello. Eso acabará con su madre y hará de usted una mujer.

Ana (Pensativa.) No creo que en eso habría mal alguno, Juanito. Usted es mi tutor, usted hace vez de padre para mí por voluntad de mi difunto padre. Nadie podría decir algo de nuestro viaje en común. Sería delicioso; mil gracias por la proposición, Juanito, le acompaño.

Tanner (Atónito.) ¡¡Me acompaña!!

Ana Naturalmente.

Tanner Pero... (Se queda parado, sumamente inquieto; luego prosigue débilmente.) No; mire usted, Ana, si no hay mal en ello, tampoco hay motivo para hacerlo.

Ana ¡Qué cosas tiene ustsd! Estoy segura de que usted no quisiera dejarme en mal lugar.

Tanner Pues está usted equivocada. Mi propuesta no tenía otro fin.

Ana No diga usted tonterías. Bien lo sabe usted. Nunca hará usted algo que redunde en mi desdoro.

Tanner No se fíe. Si no quiere usted tropiezos de ninguna clase, no venga usted.

Ana (Con sencilla seriedad.) Sí, Juanito, iré, puesto que usted lo desea. Usted es mi tutor y creo que debiéramos vernos más y conocernos mejor uno á otro. (Agradecida.) Es una idea muy buena, y al mismo tiempo mucha amabilidad en usted, Juanito, el ofrecerme esa excursión tan agradable, sobre todo después de lo que dije de Rhoda. Es usted realmente bueno... mucho mejor de lo que se figura. ¿Cuándo será la marcha?

Tanner Pero si...

La conversación se interrumpe por la llegada de Mrs. Whitefield desde la casa. Está acompañada del caballero americano y seguida de Ramsden y Octavio.

Héctor Malone es un americano del Este, pero no está nada avergonzado de su nacionalidad Esto hace que la gente de la buena sociedad en Inglaterra no le mire mal, como á un joven de bastante valor para confesar una desventaja patente, sin tratar en modo alguno de ocultarla ó atenuarla. Sienten que no deben hacerle sufrir por una cosa de la que no tiene la culpa, y

se esfuerzan en ser amables con él. Su caballeroso modo de ser para con las mujeres, y sus sentimientos elevadamente morales, siendo tan poco usuales y por nadie exigidos, les chocan como quizás un poco fuera de lugar, y aunque encuentran su vena de fácil humor festivo bastante divertida cuando ha dejado de turbarlos (como al principio ocurre), le han tenido que hacer entender que de ningún modo debe contar anécdotas si no son estrictamente personales y escandalosas, y también que la oratoria es un don que pertenece á una fase más ruda de la civilización que la en que sus viajes le han hecho venir á parar. Acerca de todo eso, Héctor no está del todo convencido; todavía cree que los ingleses son aptos á considerar sus estupideces como méritos y á presentar sus varias incapacidades como cosa de buena crianza. Le parece que la vida inglesa adolece de la falta de retórica edificante (que él llama tono moral); que el modo de ser de los ingleses manifiesta falta de respeto á la mujer; que la pronunciación inglesa es muy deficiente tratándose de palabras como *world*, *girl*, *bird*, etc.; que la buena sociedad inglesa se sirve de expresiones tan poco escogidas que rayan á veces en intolerable ordinariez, y que los tratos sociales necesitan, para que entre en ellos algo de vida, juegos y chismes y otros pasatiempos. Así, pues, no tiene prisa alguna en adquirir esos defectos después de haber pasado trabajos para hacerse cultísimo antes de aventurarse á cruzar el Océano. Nota que el pueblo inglés, con respecto á esta cultura, ó es totalmente indiferente, como suele serlo para toda clase de cultura, ó trata de ser cortesmente evasivo, siendo la verdad que la cultura de Héctor no es sino un estado de saturación por las obras literarias inglesas exportadas hace treinta años, reimportadas por él para ser desempaquetadas en momento oportuno y traídas á colación siempre cuando se habla de literatura, ciencia y arte. La extrañeza ocasionada por estas salidas le confirma en la creencia de que está ayudando á educar á Inglaterra. Cuando encuentra á personas charlando tranquilamente de Anatole France ó de Nietzsche, de repente se dispara con Mathew Arnold, el autócrata de la Mesa del Almuezzo, y hasta con Macaulay. Y como quiera que es sinceramente religioso, sabe, por ciertos giros humorísticos de la conversación, hacer que los que discuten con él de cuestiones morales se dejen de teologías populares, y luego los pone en un brete preguntándoles si no creían que el

hecho de cumplirse sus ideales de conducta era una demostración manifiesta del poder omnipotente de Dios al crear hombres honrados y mujeres castas. La atractiva amenidad de su persona por un lado, y la, llamémosla así, pedantería de su cultura por el otro, hacen extremadamente difícil conocer si vale la pena empeñarse por tratarle. Porque mientras su compañía es innegablemente agradable y entretenida, intelectualmente no se puede sacar nada nuevo de él, sobre todo porque desprecia la política y evita cuidadosamente hablar de negocios comerciales ó financieros, en cuyo terreno probablemente puede dar cinco y raya á sus amigos capitalistas ingleses. Con quienes mejor se lleva es con los cristianos románticos, de la secta de los amoristas, y de ahí se explica su amistad con Octavio.

Según su apariencia, Héctor es un joven bien formado, de unos veinticuatro años, con una barba negra, bonita y corta; ojos claros y hermosos y de expresión viva y simpática Desde el punto de vista de la moda, viste perfectamente. Mientras viene por la avenida en compañía de Mrs. Whitefield, hace lo posible por ser agradable y divertido, con lo que impone al débil entendimiento de la buena señora una carga que ella no puede soportar. Un inglés la dejaría en paz aceptando el aburrimiento y la indiferencia como una suerte común, y la pobre lo que necesita es que la dejen sola ó que le hablen de cosas que la interesan.

Ramsden se aleja despacio para examinar el automóvil. Octavio se reune con Héctor.

Ana (Precipitándose con alegría al encuentro de su madre.) ¡Ay, mamá! Figúrate, Juanito va á llevarme á Niza en su automóvil. ¡Qué alegría! Soy la persona más dichosa de Londres.

Tanner (Desesperado.) Mrs. Whitefield se opone. Estoy seguro de que Mrs. Whitefield no está conforme. ¿No es verdad, Ramsden?

Ramsden Me parece más que probable.

Ana No te opones, ¿verdad, mamá?

Mrs. Whi. ¡Yo oponerme! ¿Por qué? Creo que la excursión te hará provecho, Ana. (Acercándose á Tanner.) Me voy á permitir rogarle que alguna que otra vez lleve también á Rhoda en el coche. Está demasiado encerrada en casa. Pero, en fin, esto podrá ser cuando regrese usted.

Tanner — ¡Un abismo de perfidia tras otro!

Ana — (Al punto, para distraer la atención de estas palabras.) ¡Ah! Dispensen ustedes, no me acordaba de que Juanito y Mr. Malone no se conocían. Permítanme presentarlos. Mr. Tanner, mi tutor; Mr. Héctor Malone.

Héctor — Tengo mucho gusto en conocerle, Mr. Tanner. Me permito proponerle una ampliación de esa excursión á Niza.

Ana — Si vamos á ir todos, Mr. Malone. Es cosa acordada, ¿verdad?

Héctor — También yo soy el poseedor de un modesto automóvil. Si Miss Robinson me quiere hacer el honor de disponer de él, me alegraré infinito.

Oct. — ¡Violeta!

(Cohibición general.)

Ana — (Con humildad.) Vente, mamá; dejemos á esos señores tomar disposiciones. Yo tengo que preparar mi equipaje.

(Mrs. Whitefield tiene aire de sobresalto, pero Ana tira de ella discretamente y desaparecen á la vuelta de la esquina en dirección á la casa.)

Héctor — Creo poder contar con el asentimiento de Miss Robinson.

(Embarazo continuado.)

Oct. — Me temo que Violeta no pueda acompañarnos. Hay circunstancias que le hacen imposible el tomar parte en nuestra excursión.

Héctor — (Divertido y nada convencido.) Mi proposición es demasiado americana por lo visto. ¿Es que la muchacha necesita aya?

Oct. — No; no es eso, Malone... por lo menos no es eso solo.

Héctor — ¿De veras? ¿Pues puedo saber en qué consiste la dificultad?

Tanner — (Impaciente.) Bueno, díselo todo. No podremos guardar ese secreto hasta que todo el mundo se haya enterado. Mr. Malone, si va usted á Niza con Violeta, va usted con la esposa de otro hombre. Violeta está casada.

Héctor — (Como herido por el rayo.) ¡No lo dice usted en serio!

Tanner — Sí, hablo en serio, en confianza.

Ramsden — (Con aire de importancia, para que Malone no sospeche un casamiento desigual.) Su casamiento to-

davía no se ha hecho público, y ella dese: que no se hable de él por ahora.

Héctor Respetaré los deseos de esa señora. ¿Será indiscreto preguntar quién es su marido, por si la casualidad hiciera que pueda yo consultarle acerca de esa excursión?

Tanner No sabemos quién es.

Héctor (Recalcando mucho sus palabras.) Entonces no tengo ya nada que decir.

(Quedan más cohibidos todavía.)

Oct. Le parecerá esto algo extraño.

Héctor Algo singular, dispensen que lo diga.

Ramsden (Medio presentando excusas, medio arrogante.) La muchacha se ha casado en secreto, y parece que su marido le ha prohibido declarar su nombre. Es lo menos que podemos decir á usted, ya que se interesaba por Miss... por... por Violeta.

Oct. (Compasivo.) Espero que esto no significa una desilusión para usted.

Héctor (Tranquilizado, volviendo á salir de su reserva.) ¡Vaya un chasco! Casi no puedo comprender cómo un hombre puede dejar á su mujer en semejante situación. De todos modos no es costumbre. No es digno. No es tener consideración.

Oct. Lo sentimos, como puede usted imaginar, muy profundamente.

Ramsden (Mohino.) Será algún joven aturdido que no tiene bastante experiencia para conocer los cien embrollos á que esto puede dar lugar.

Héctor (Con fuertes síntomas de repugnancia moral.) Así supongo. Un hombre necesita ser muy joven y bastante tonto para que se le excuse por semejante conducta. Su juicio es muy indulgente, Mr. Ramsden. Demasiado indulgente para mi gusto. Sin duda el matrimonio debiera ennoblecer al hombre.

Tanner (Sardónico.) ¡Ja, ja!

Héctor ¿Debo interpretar esa carcajada como una señal de que usted no está conforme conmigo, Mr. Tanner?

Tanner (Aspero.) Cásese y verá. Tal vez lo encuentre delicioso por un rato, pero seguramente no lo encontrará ennoblecedor. La mayor medida común de un hombre y una mujer no

es necesariamente mayor que la medida sola del hombre.

Héctor Pues en América creemos que la altura moral de la mujer está por encima de la del hombre, y que la naturaleza más pura de la mujer eleva al hombre y le hace mejor de lo que era.

Oct. (Con convicción.) Y así es.

Tanner No me extraña que las mujeres americanas prefieran vivir en Europa. Es más cómodo que pasarse la vida en un altar y dejarse reverenciar. Sea lo que sea, el marido de Violeta no se ha ennoblecido ni elevado. ¿Qué hay, pues, que hacer?

Héctor (Meneando la cabeza.) No puedo conformarme con la conducta de ese hombre tan fácilmente como usted, Mr. Tanner. Pero, de todos modos, no digo más. Sea quien sea, es el esposo de Miss Robinson, y me alegraría mucho, por ella, de tener una mejor opinión de él.

Oct. (Conmovido, porque adivina una pena secreta.) Lo siento mucho, Malone, mucho.

Héctor (Agradecido) Es usted una buena persona, Robinson. Muchas gracias.

Tanner Hablemos de otra cosa, que ahí viene Violeta.

Héctor Les agradecería mucho, señores, que me dejaran un momento solo con esa señora. Tengo que ver cómo se arregla eso del viaje, es un asunto algo delicado, y...

Ramsden (Contento de escapar.) No diga más. Venga, Tanner, venga, Octavito. (Se aleja por el parque con Octavio y Tanner, pasando por donde está el automóvil.)

(VIOLETA baja por la avenida y se acerca á Héctor.)

Viol. ¿Nos están mirando?

Héctor No

(Ella le besa.)

Viol. Habrás estado mintiendo por causa mía.

Héctor ¡Mintiendo! Mintiendo es decir poco. Me he lanzado en un éxtasis de mentirosidad. Violeta, quisiera que me dejaras decir la verdad.

Viol. (Al punto volviéndose seria y resuelta.) No, no, Héctor, me has prometido callar.

Héctor Guardaré mi promesa mientras no me dispenses. Pero me es muy penoso tener que mentir á todos y negar á mi mujer. Es una cosa atroz.

Viol. Yo quisiera que tu padre no fuese tan tirano.

Héctor No es tirano. El, desde su punto de vista, tiene razón. Tiene prevención contra la clase media inglesa.

Viol. Es ridículo. Sabes que no me gusta decirte estas cosas, pero si yo quisiera... en fin, no hablemos más.

Héctor Sé lo que quieres decir. Si tú quisieras casarte con el hijo de un fabricante inglés de muebles de oficina, tus conocidos lo considerarían como un matrimonio desigual. Y ahí está mi tonto de viejo que es el fabricante de muebles de oficina mayor del mundo y que me arrojaría de su casa por casarme con la dama más perfecta de Inglaterra sólo porque no posee título nobiliario. Claro está que es absurdo. Pero te digo, Violeta, que no me gusta engañarle. Siento como si le estuviese robando el dinero. ¿Por qué no me dejas decir la verdad?

Viol. No podemos permitirnos este lujo. Puedes ser todo lo romántico que quieras en cuestión de amor, Héctor, pero no debes ser romántico en cuestión de dinero.

Héctor (Vacilando entre su amor de esposo y su habitual elevación de sentimiento moral.) Eso es muy inglés. (Apelando á ella muy impulsivamente.) Violeta, hagamos lo que hagamos, mi padre algún día descubrirá nuestro secreto.

Viol. Hombre, claro, algún día. Pero, ¿para qué darlo por hecho, cada vez que nos vemos? Me has prometido...

Héctor Sí, es verdad, pero yo...

Viol. (Interrumpiéndole) Soy yo, y no tú, quien sufro por esta ocultación. Ahora exponerme á una lucha por parte de tu padre, y luego á la pobreza, no, no quiero. Sería demasiado tonto.

Héctor Yo tampoco. Trataré de obtener dinero prestado de mi padre hasta que yo pueda volar con mis propias alas, y entonces podré con-

fesárselo todo y al mismo tiempo devolverle el dinero.

Viol. (*Alarmada é indignada.*) ¿Tienes la intención de trabajar? ¿Quieres echar á perder nuestro matrimonio?

Héctor Mira, no quiero que el matrimonio eche á perder mi buena fama. Tu amigo Mr. Tanner ya se ha burlado un poco de mí acerca de eso, y...

Viol. ¡Habrá animal! Detesto á ese hombre.

Héctor (*Magnánimo.*) No hables mal de él. Le hace falta una buena mujer para elevar su alma. A propósito; quiere que hagamos todos un viaje en automóvil á Niza, y pienso yo llevarte.

Viol. ¡Qué bien! Esto sí que me gusta.

Héctor Sí, pero ¿cómo vamos á arreglarnos? Porque has de saber que me han dicho, en cierto modo, que no puedo llevarte. Me han dicho, en confianza, que estabas casada. Esa es la confianza más tremenda con la que en mi vida me han honrado.

(*TANNER vuelve con STRAKER, quien va á su coche.*)

Tanner El coche de usted es una preciosidad, míster Malone. Su ingeniero lo está enseñando á Mr. Ramsden.

Héctor (*Con vivacidad, olvidándose.*) Mira, Vio...

Viol. (*Fríamente, haciéndole guiños.*) Dispense usted, Mr. Malone, no he podido comprender...

Héctor (*Cayendo en la cuenta.*) ¿Me permitirá usted, Miss Robinson, enseñarle mi cochecito de vapor?

Viol. Tendré mucho gusto. (*Se alejan los dos por la avenida.*)

Tanner Hablemos de nuestro viaje, Straker.

Stra. Usted dirá.

Tanner Miss Whitefield vendrá conmigo.

Stra. Ya es de suponer.

Tanner También Mr. Robinson vendrá en mi coche.

Stra. Bueno. (*Sigue arreglando el coche.*)

Tanner Pues mire, si se las puede usted arreglar de modo que esté ocupado conmigo y Mr. Robinson esté ocupado con Miss Whitefield, él se lo agradecerá mucho.

Stra. (*Mirando hacia él.*) Naturalmente.

Tanner ¿Naturalmente? Su abuelo hubiese sencillamente inclinado la cabeza.

Stra. Mi abuelo se hubiese tocado el sombrero.

Tanner Y yo le hubiese dado á su respetuoso abuelo un *sovereign.*

Stra. Cinco chelines. Es probable. (Deja el coche y se acerca á Tanner.) ¿Y cuáles son las ideas de la señorita?

Tanner Pues tanto le gustará que la dejen con monsieur Robinson como á este que le dejen con ella. (Straker mira á su amo con frío escepticismo y vuelve al coche silbando su aire favorito.) Cállese con ese silbido. ¿Qué significa? (Straker prosigue tranquilamente con la melodía y la acaba. Tanner le escucha hasta el fin y luego se dirige á él muy serio.) Enrique, siempre he abogado con ahinco por la difusión de la música entre las masas, pero protesto contra esa manía de silbar siempre que suena el nombre de Miss Whitefield. Ya esta mañana hizo usted así.

Stra. (Obstinado.) Si es inútil. Tarde ó temprano Mr. Robinson renunciará.

Tanner ¿Por qué?

Stra. ¡Demonios! Bien lo sabe usted. Total, ¿á mí qué? Pero no me quiera usted hacer comulgar con ruedas de molino.

Tanner Yo digo la verdad y no tengo para qué ocultarla.

Stra. (Con una sonrisa problemática.) ¡Ah! muy bien. Después de todo, no es asunto mío.

Tanner (Hablando con decisión.) Espero, Enrique, que, siendo yo el amo y usted el chauffeur, he sabido siempre guardar las distancias debidas y nunca me he metido en sus asuntos particulares. Hasta nuestro contrato está hecho según las exigencias de la asociación de mecánicos á la que usted pertenece. Pero no abuse de sus ventajas. Permítame recordarle que Voltaire dijo que lo que era demasiado tonto para ser dicho se cantaba.

Stra. No fué Voltaire, sino Beaumarchais.

Tanner Admito la rectificación, claro que Beaumarchais. Pero es el caso que usted parece creer que lo que es demasiado delicado para ser cantado puede silbarse. Desgraciadamente

lo que usted silba, por más que sea melodioso, es incomprensible. Vamos á ver, no hay nadie que nos escuche, ni mis amables parientes, ni el secretario de su maldita asociación. De hombre á hombre, Enrique, dígame por qué cree que mi amigo no tiene probabilidades con Miss Whitefield.

Stra. Pues porque ella trata de cazar á otro.

Tanner Y ¿quién es ese otro?

Stra. Usted.

Tanner ¡¡¡Yo!!!

Stra. No se haga usted de nuevas. ¡Vamos, hombre!

Tanner ¿Está usted bromeando, ó habla en serio?

Stra. (Algo amostazado.) Yo no estoy bromeando. (Con más calma.) Pero si está visto. Si usted no lo nota es que sabe poco de esas cosas. (Otra vez completamente sereno.) Dispénseme, Mr. Tanner, usted me ha preguntado como hombre á hombre, y yo le he contestado como hombre á hombre.

Tanner (Con trágica desesperación.) ¡Entonces soy yo el zángano, la araña macho, la víctima señalada, la presa predestinada!

Stra. No sé lo que usted quiere decir con eso del zángano y la araña. Pero la presa predestinada lo es usted, no hay duda, y puede usted alegrarse, que no es mal negocio.

Tanner (Solemne.) Enrique Straker, su sueño dorado se va á cumplir.

Stra. ¿Qué quiere decir?

Tanner Aquella carrera a Biskra.

Stra. (Muy interesado.) ¿Qué?

Tanner A ver si bate usted el record.

Stra. (Elevándose á la altura de la situación.) ¡Oh, lo batiré!

Tanner Pues mano á la obra.

Stra. ¿Cuándo?

Tanner Ahora mismo. ¿Está listo el coche?

Stra. (Temblando.) Pero no puede usted...

Tanner (Pone fin á la conversación entrando en el coche.) Vámonos sin tardar. Primero al Banco por dinero, luego á mis habitaciones por mi equipaje, luego al cuarto de usted por su equipaje, luego á toda velocidad de Londres á Dover ó Falkestone, luego nos embarcare-

mos para Francia y otra vez á correr todo lo que podamos hacia Marsella, Gibraltar, Génova, en fin, á cualquier puerto donde nos podamos embarcar para un país mahometano en el que haya protección contra las mujeres.

Stra. Usted bromea.

Tanner (Resuelto.) Quédese usted si quiere. Entonces yo iré solo. (Pone el motor en movimiento.)

Stra. (Corriendo detrás del coche.) Espere un momento, señor, no faltaba más. (Sube al coche en marcha.)



ACTO TERCERO

Atardecer en la Sierra Nevada. Cerros ondulantes pardos con olivos en vez de manzanos en las partes cultivadas, y chaparrales salpicando los sitios silvestres, en vez de aliagas y brezos. Más arriba, altos picachos pétreos y precipicios, todos pulcros y distinguidos. Aquí no hay naturaleza agreste propiamente dicha, sino más bien un paisaje de montañas aristocrático hecho por un artista creador exigente. Ninguna vulgar profusión de vegetación, hasta hay un toque de aridez en los escarpados de los riscos; en todas partes la suntuosidad española junto á la sobriedad española.

No muy lejos, al Norte de un punto en el que la carretera por uno de los puertos se cruza con un túnel de la línea férrea Málaga-Granada, se halla uno de los anfiteatros de la sierra. Mirando hacia él desde el extremo ancho de la herradura, se ven, un poco á la derecha, en la ladera una hendidura pintoresca que en realidad es una cantera abandonada, y, hacia la izquierda un cerro pequeño dominando la carretera que forma el borde izquierdo del anfiteatro y mantiene su nivel elevado por medio de terraplenes y arcos de piedra por trechos. En el cerro, observando la carretera, hay un hombre que es ó español ó escocés. Probablemente es español, porque lleva el traje de los cabreros españoles y parece estar en su casa en aquel terreno, pero á pesar de todo, se parece mucho á un escocés. En la hondonada que se estiende delante de la hendidura de la cantera hay como una docena de hombres que, reclinados cómodamente alrededor de un montón de rescoldo y ceniza blanca producida por la combustión de hojas y

ramas secas, tienen un aire de darse cuenta de ser unos granujas pintorescos honrando la sierra con usarla como fondo efectista del cuadro que forman. Mirados desde el punto de vista artístico, no son pintorescos, y las montañas los toleran como los leones toleran los piojos. Un policía inglés ó un funcionario de la Beneficencia los reconocería como selecta banda de vagos y pobres con fuerzas suficientes para trabajar.

Esta descripción de ellos no es despreciativa. Quien quiera que haya observado con inteligencia al vagabundo ó estudiado al robusto recogido de los asilos, admitirá que no todos nuestros fracasados sociales son borrachos y viciosos. Algunos de ellos son hombres que no se adaptaron á la clase en la que nacieron. Precisamente las mismas cualidades que al caballero educado hacen llegar á artista pueden á un bracero ineducado hacer llegar á indigente válido. Hay hombres que entran sin remedio en el asilo porque realmente no valen para nada, pero también hay hombres que están allí por ser bastante fuertes de espíritu para despreciar la convención social (claro que nada desinteresada por parte del contribuyente) según la que un hombre debe vivir de un trabajo penoso y mal retribuido, mientras tiene la probabilidad de ingresar en un asilo con solo declararse indigente y de recibir allí mejor casa, ropa y comida de la que podría proporcionarse trabajando normalmente. Cuando un hombre nacido para poeta rechaza un destino en la oficina de un bolsista y se muere de hambre en una buhardilla, prefiriendo explotar á una pobre patrona de huéspedes y hacerse el parásito de amigos y parientes á trabajar en cosas que no le agradan; ó cuando una dama, por ser dama se aviene á todos los extremos de una dependencia parasítica antes de ponerse á doncella ó cocinera, estamos dispuestos á la mayor indulgencia para con ellos. Pues á semejante indulgencia tiene igualmente derecho el indigente válido y su allegado trashumante el vagabundo.

Además el hombre de imaginación, si la vida le ha de ser soportable, debe tener vagar y tiempo para contarse á sí mismo historias, y una posición que se preste á adornos imaginativos. Las labores puramente manuales no ofrecen posiciones por el estilo. Abusamos horriblemente de los trabajadores manuales, y cuando un hombre se niega á dejar que abusen de él, no tenemos el derecho de decir que rechaza un trabajo honrado.

Seamos francos en este asunto antes de proseguir en nuestra comedia, para poder disfrutarla sin hipocresía. Si fuéramos personas que discurren y prevén, las cuatro quintas partes de nosotros correrían derecho á la Beneficencia y harían pedazos todo el sistema social, con resultados reconstructores muy benéficos. La razón por la que no hacemos esto es porque obramos como las abejas y hormigas, por instinto ó costumbre, sin razonar en lo más mínimo sobre ello. Por eso si se presenta un hombre que piensa y obra razonablemente y que, aplicando la piedra de toque Kantiana á su conducta, puede honradamente decirnos: «Si cada uno hiciera como yo, el mundo se vería obligado á reformarse industrialmente y aboliría la esclauitud y la suciedad que solo existen porque cada uno hace como haceis vosotros», honremos á ese hombre y consideremos seriamente la conveniencia de seguir su ejemplo. Hombre tal es el indigente válido de cuerpo y espíritu. Si fuese un caballero haciendo lo posible por lograr una pensión ó un destino con sueldo y sin trabajo en vez de barrer un cruce de calles, nadie le censuraría por decidir que, mientras pueda escoger entre la alternativa de vivir principalmente á costa de la generalidad y la de que la generalidad viva principalmente á costa suya, sería locura aceptar lo que para él personalmente es el mayor de los dos males.

Podemos, pues, mirar sin prejuicio á los vagabundos de la sierra y confesar sin ambajes que nuestros fines —en suma, de llegar á hacer fortuna—se parecen mucho á los suyos, y que las diferencias en nuestra posición y métodos son meramente accidentales. Sin embargo sería quizás prudente matar á uno ú otro de ellos, sin malicia, de un modo franco y rápido, porque hay bípedos lo mismo que hay cuadrúpedos, que son demasiado peligrosos para que se los deje sin bozal y cadena, y no pueden con justicia exigir que otros gasten su vida en vigilarlos. Pero como la sociedad no tiene el valor de matarlos y, cuando les echa el guante, sencillamente ejerce con ellos algunos supersticiosos y expiativos ritos de tortura y degradación para luego soltarlos con mayores aptitudes para el delito, lo mismo da que estén á sus anchas en la sierra y bajo el mando de un jefe que tiene aspecto de ser capaz de mandarlos fusilar en caso de insubordinación.

Este jefe, sentado en el centro del grupo, encima de un bloque cuadrado de piedra procedente de la cante-

ra, es un hombre alto y robusto, con una nariz notable de cacatúa, de pelo negro y lustroso, perilla y bigotes empinados del mismo color, con cierto garbo de Mefistófeles que impone agradablemente, tal vez porque el escenario admite más prosopopeya que Piccadilly, tal vez por cierta sentimentalidad en el hombre que le da ese toque de gracia por el que solo puede ser excusable lo pintoresco buscado. Su boca y sus ojos no tienen nada de canallesco; tiene un timbre de voz hermoso y una inteligencia muy despierta No sabemos si es realmente el más fuerte de la partida, pero, por lo menos, aparenta serlo. Es seguramente el mejor alimentado, el mejor vestido y el mejor educado. El hecho de que habla inglés no tiene nada de particular, á pesar del paisaje español, porque con excepción de un individuo que parece ser un torero echado á perder por la bebida y de otro que inconfundiblemente es francés, todos son londinenses ó norteamericanos. Por eso, en la patria de las capas y los sombreros cordobeses, en su mayoría llevan gabanes raídos, bufandas de lana, hongos duros y guantes sucios de color café. Solo unos pocos visten á estilo de su jefe cuyo ancho pavero con pluma de gallo y amplia capa tapando las vueltas de las botas altas son lo menos ingleses posible. Ninguno lleva armas, y los que no tienen guantes tienen las manos metidas en los bolsillos porque es su creencia nacional que al aire libre, cuando viene la noche, debe de hacer un frío peligroso. (Hace una noche tan suave como pueda desearla cualquier hombre razonable.)

Excepto el torero borracho no hay más que una persona en la partida que aparenta tener, digamos, más de treinta y tres años. Es un hombrecito con patillas rojizas, mirada débil y el aspecto angustiado del modesto comerciante en apuros. Lleva el único sombrero de copa visible que con el resplandor del ocaso brilla melancólicamente por efecto de un «regenerador» de á seis peniques, aplicado con frecuencia y que tiene por resultado producir estragos peores que los que se intentan corregir. Su cuello y sus puños son de celuloide, y su gabán de Chesterfield de color café, con cuello de terciopelo, es todavía presentable. Es preeminentemente el hombre distinguido de la reunión y tiene con seguridad más de cuarenta años, tal vez más de cincuenta. Está sentado á la derecha del jefe, frente á tres individuos con corbatas rojas sentados á la izquierda. Uno de estos tres es el francés. De los dos restantes,

que son ingleses, el uno es argüidor, testarudo y solemne; el otro malicioso y reñidor.

El jefe, embozándose grandiosamente en su capa, se levanta para dirigirse á su gente. El aplauso con que se le saluda parece indicar que es un orador favorito.

El jefe Amigos y compañeros de bandidaje. Tengo que hacer á la reunión una propuesta. Ya van tres tardes empleadas en discutir la cuestión de si los anarquistas ó los demócratas socialistas tienen más valor personal. Hemos hablado largo y tendido sobre los principios del anarquismo y de la democracia social. La causa del anarquismo ha sido idóneamente defendida por el único anarquista de nuestra asociación, el que no sabe lo que significa anarquismo. (Risas...)

El anarquista (Levantándose.) Pido la palabra, Mendoza, que quiero apurar la orden del día.

Mend. (Violento.) Nuestra paciencia es la que quiere usted apurar; cada vez que habla, dura media hora, Además, ¿qué sabe un anarquista lo que es orden?

El anarquista (Suave, cortés é insistente; es el hombre de cierta edad, de aire distinguido, el de los puños y el cuello de celuloide.) Eso es un error vulgar. Puedo probar...

Mend. Orden, orden.

Los otros (Gritando.) Orden, orden. Que se siente. Señor Presidente, mándele callar. (El anarquista es reducido al silencio.)

Mend. Por otra parte tenemos entre nosotros tres demócratas socialistas. No están conformes entre sí y nos han presentado tres distintas é incompatibles opiniones democrático socialistas.

Los tres hombres de corbata roja 1.º Señor Presidente, yo protesto, me explicaré. 2.º Eso es una mentira, nunca he dicho semejante cosa. No altere la verdad, Mendoza. 3.º Je demande la parole. C'est absolument faux. C'est faux, faux, faux. ¡¡¡Assas... s...sin!!!

Mend. Orden, orden.

Los otros ¡Orden, orden, orden! ¡Que hable la Presidencia!

(Los demócratas socialistas son reducidos al silencio.)

Mend. Aquí respetamos todas las opiniones. Pero, después de todo, compañeros, la inmensa mayoría no somos ni anarquistas ni socialistas, sino caballeros y cristianos.

La mayoría (Asintiendo á gritos.) ¡Muy bien, muy bien! Eso es lo que somos.

El socialista reñidor (Rencoroso por verse postergado.) Tú no eres cristiano. Lo que eres tú, es judío. Eso es lo que eres.

Mend. (Con magnanimidad aplastante.) Amigo mío, yo soy una excepción de todas las reglas. Es verdad que tengo el honor de ser judío, y si los Sionistas necesitan un jefe para reunir á nuestra raza en su histórico solar de Palestina, Mendoza no será el último en ofrecerse. (Aplausos, exclamaciones de muy bien, muy bien, etc.) Pero yo no soy esclavo de superstición alguna. Me he tragado todas las fórmulas, hasta la del socialismo, aunque, sea lo que sea, una vez socialista, seré socialista siempre.

El socialista democrático Así me gusta.

Mend. Pero no se me oculta que el hombre normal... y aun el bandido normal á quien apenas se le puede llamar hombre normal... (¡Muy bien, muy bien!) no es filósofo. Le basta el sentido común, y en los negocios corrientes nuestros, también basta el sentido común. Pues, ¿en qué consisten nuestros negocios aquí en la Sierra Nevada, que los moros calificaron de sitio más delicioso de España? ¿Consisten en discutir absurdas cuestiones de economía política? No; consisten en detener automóviles y asegurar una distribución más equitativa de la riqueza.

El socialista tristón Creada toda por el trabajo, no lo olvide.

Mend. (Cortés.) Creada toda por el trabajo, ¿quién lo duda? y que los vagabundos ricos tratan de dilapidar á su manera en los antros del vicio que desfiguran las soleadas playas del Mediterráneo. Nosotros interceptamos aquella riqueza. La devolvemos á la circulación entre la clase que la produjo y que principalmente la necesita, es decir, la clase trabajadora. Hacemos esto con riesgo de nues-

tra vida y nuestra libertad, ejercitando las virtudes del valor, las fatigas, la previsión y la abstinencia... sobre todo la abstinencia. De mí sé decir que, no he comido otra cosa en los tres últimos días, que conejo asado en las ascuas é higos chumbos.

El socialista tristón (Aspero.) Lo mismo que nosotros.

Mend. (Indignado.) ¿He cogido más de lo que me correspondía?

El socialista tristón (Sin inmutarse.) Tampoco había derecho.

El anarquista ¡Qué derecho ni ocho cuartos! Cada uno se toma los derechos según sus necesidades. Se coge donde lo haya.

El francés (Enseñando los puños al Anarquista.) ¡Fumiste!

Mend. (Diplomático.) Estoy conforme con los dos.

Los bandidos genuinamente ingleses ¡Bien, bien por Mendoza!

Mend. Lo que yo digo es lo siguiente. Tratémonos unos á otros como caballeros, y no demostremos valentía personal más que cuando nos echemos al campo.

El socialista reñidor (Burlón.) ¡Anda, Chixpir!

(Se oye un silbido del pastor de cabras. Este se ha levantado y señala, agitado, desde el cerro hacia la carretera al Norte.)

El cabrero ¡Automóviles! ¡Automóviles! (Se precipita cerro abajo y se reune con los otros, que se levantan con presteza.)

Mend. (Con voz apremiante.) ¡A las armas! ¿Quién tiene la escopeta?

El socialista tristón (Entregando una escopeta á Mendoza.) Ahí va.

Mend. ¿Se han sembrado los clavos en la carretera?

El socialista reñidor Ya lo creo, dos libras.

Mend. Bueno. (Al francés.) Usted conmigo, Duval. Si fallan los clavos, reviénteles los neumáticos con un tiro. (Da la escopeta á Duval, quien le sigue hasta lo alto del cerro. Mendoza saca unos gemelos de teatro. Los otros bajan á la carretera y desaparecen por el Norte. En el cerro, usando los gemelos.) Sólo son dos hombres. Un capitalista y su chauffeur. Parecen ingleses.

Duval ¡Anglich! Aoh yes. Cochons. (Preparando la escopeta.) ¿Faut tirer n'est ce pas?

Mend. No, los clavos han hecho lo suyo. Ya se les ha reventado un neumático; se paran.

Duval (Gritando hacia los otros.) ¡A ellos, nom de Dieu!

Mend. (Reprimiéndole.) Eh, ten calma, Duval. Ellos también lo toman con calma. Vamos allí á recibirlos.

(Mendoza baja por el cerro, por detrás de la hoguera y viene hacia delante, mientras Tanner y Straker, con sus gafas, chaquetas de cuero y gorras de automovilistas, son traídos por los bandidos.)

Tanner ¿Es aquel el caballero que dicen ustedes ser el jefe? ¿Habla inglés?

El socialista reñidor ¿Y cómo no? (Con acento lamentablemente francés.) ¿O creer usted que nosotros vamos á ejercitar el bandidaje en España, teniendo un jefe español?

Mend. (Con dignidad.) Permítame que me presente; soy Mendoza, presidente de la Liga de la Sierra (Con cierta suficiencia.) Soy un bandido, y vivo de robar á los ricos.

Tanner (Sin vacilar.) Yo soy un caballero. Vivo de robar á los pobres. Vengan esos cinco.

Los socialistas ingleses Muy bien, muy bien. (Risa general y alegría. Tanner y Mendoza se aprietan las manos. Los bandidos vuelven á sentarse en sus sitios anteriores.)

Stra. Bueno, ¿y yo?...

Tanner (Presentándole.) ¡Ah, este es mi amigo y chauffeur!

El socialista tristón (Suspicaz.) ¿En qué quedamos? ¿Es chófer ó amigo? Hay una diferencia, sabe usted.

Mend. (Explicando.) La cosa es que para un amigo tenemos que pedir rescate, mientras un chauffeur profesional no paga nada en estos montes. Hasta hay algunos que nos honran con aceptar una pequeña comisión sobre el rescate de sus amos.

Stra. Ya veo. Eso es para inducirme á escoger otra vez este camino. En fin, ya lo pensaré.

Duval (Abrazando á Straker.) Es usted un hermano, mon frére.

Stra. (Asqueado.) Quite, quite, no sea usted tonto. ¿Quién es usted, hombre?

Duval Soy Duval, socialista democrático.

Stra. Hombre, ¿es usted socialista? ¿De veras?

El anarquista Sí, vamos, quiere decir que se ha vendido al parlamentarismo y la burguesía. Un compromiso, como ellos lo llaman.

Duval (Furioso.) Entiendo qué dice. Ha dicho bourgeois; ha dicho compromiso. Jamais de la vie. Miserable menteur.

Stra. Mire usted, capitán Mendoza; dígame si tiene usted que ocuparse mucho con cosas por el estilo. Vamos; ¿estamos en una excursión de recreo ó en un mitin socialista?

La mayoría Hombre, hombre, muy bien. A ver lo que va á decir ese. Ustedes callarse. (Los socialistas y el anarquista tienen que sentarse, por todos tirarles de las americanas. Straker, después de ver esto con satisfacción, se sienta á la izquierda de Mendoza, mientras Tanner queda á la derecha del mismo.)

Mend. ¿Quieren ustedes tomar algo? Tenemos conejo asado é higos chumbos...

Tanner Gracias, ya hemos comido.

Meud. (A su gente.) Caballeros, por hoy ha terminado el asunto. Hagan lo que gusten; hasta mañana.

(Los bandidos se dispersan en grupos vagantes. Algunos entran en la gruta. Otros se sientan ó se echan para dormir al raso. Unos pocos sacan una baraja y se alejan hacia la carretera, porque ya llegó la noche y saben que un automóvil tiene faroles que pueden aprovecharse para alumbrar una partida de naipes.)

Stra. (Gritando con dirección á ellos.) Que ninguno de vosotros tontee con el coche, por si acaso.

Mend. No tenga cuidado, señor chauffeur. El primero que detuvimos nos quitó la gana para siempre.

Stra. (Con curiosidad.)

Mend. Pues se llevó á tres valientes compañeros nuestros, que no supieron pararlo hasta Granada, y allí volcó frente á la comisaría de policía. Desde entonces no tocamos esos chismes sin mandar por el chauffeur. De modo que podemos charlar con tranquilidad.

Tanner Muy bien.

(Tanner, Mendoza y Straker se sientan sobre el césped cerca de la lumbre. Mendoza, atentamente, renuncia a la presidencia, cuya prerrogativa consiste en sentarse en el bloque de piedra precitado, se sienta en el

suelo como sus huéspedes, y sólo utiliza el sillar de respaldo.)

Mend. En España es costumbre aplazar á mañana todo negocio. Además, ustedes han llegado después de las horas de despacho. Sin embargo, si prefieren dejar arreglada desde luego la cuestión del rescate, estoy á su disposición.

Tanner Esperemos á mañana. Soy bastante rico para pagar cualquier cantidad razonable.

Mend. (Respetuoso, pues esa confesión le chocá mucho.) Es usted un hombre notable, caballero. Nuestros clientes, ordinariamente, dicen ser unos pobres de solemnidad.

Tanner Los pobres de solemnidad no suelen tener automóvil.

Mend. Precisamente, es lo que solemos decirles.

Tanner Trátennos bien, que no nos mostraremos desagradecidos.

Stra. Nada de conejos asados ni de higos chumbos, sabe. No quiera usted hacernos creer que no se encuentra alguna cosa mejor.

Mend. Vino, cabrito, leche, queso y pan puedo procurar si se me paga al contado.

Stra. (Condescendiente.) Vaya, menos mal.

Tanner ¿Son ustedes todos aquí socialistas? Permítame la pregunta.

Mend. (Rechazando esta suposición errónea, depresiva.) ¡Ah, no, no, no, nada de eso, le aseguro. Nosotros, naturalmente, tenemos ideas modernas respecto de la injusticia de la existente distribución de la riqueza, de no ser así, perderíamos el respeto á nosotros mismos. Por lo demás, nada que pudiera usted hallar censurable, excepto dos ó tres ilusos.

Tanner No fué mi intención aludir á nada que desacredite á una persona. El caso es que yo mismo soy un poco socialista.

Stra. (En tono seco. Lo son la mayor parte de los ricos, según he notado.

Mend. Así es. El socialismo ha llegado hasta nosotros. Está en el aire del siglo.

Stra. El socialismo debe de estar en alza no poco si la gente de usted se acoge á él.

Mend. Eso es verdad, caballero. Un movimiento que no comprende más que á los filósofos y

los hombres honrados nunca pueden ejercer influencia política verdadera; son demasiado pocos. Mientras un movimiento no pueda hacerse extensivo á los mismos bandidos, no puede esperar obtener una mayoría política.

Tanner — Pero, ¿son los bandidos de usted menos honrados que los ciudadanos del montón?

Mend. — Le seré á usted franco, caballero. El bandidaje es anormal. Las profesiones anormales atraen á dos clases de personas, á las que no son bastante buenas para la vida burguesa ordinaria, y á las que son demasiado buenas para ella. Somos la hez y la crema de la sociedad. La hez es asquerosa, la crema muy superior.

Stra. — ¡Cuidado! Que algunos de la hez le pueden oir.

Mend. — No importa; todo bandido se cree á sí mismo de la crema y gusta de oir llamar hez á los demás.

Tanner — ¡Vaya, tiene gracia! (Mendoza, lisonjeado, inclina la cabeza.) ¿Me permite usted una pregunta atrevida?

Mend. — Tan atrevida como quiera.

Tanner — ¿Qué saca un hombre de su talento acaudillando á una tropa como ésta que se mantiene de conejos asados é higos chumbos? He visto á hombres de menos talento, y juraría que de menos honradez, cenando en el Savoy Hotel con foie-gras y champagne.

Mend. — ¡Bah! A todos les tocó su turno de conejo asado, así como á mí me tocará el mío de comer en el Savoy. El caso es que ya me tocó... como camarero.

Tanner — ¡Como camarero! ¡Me deja usted atónito!

Mend. — (Pensativo.) Sí, yo, Mendoza de la Sierra, he sido camarero. De ahí tal vez mi cosmopolitismo. (Con repentina insistencia.) ¿Quiere usted que le cuente la historia de mi vida?

Stra. — (Aprensivo.) Si no es demasiado larga, amigo...

Tanner — (Interrumpiéndole.) ¡Chist! Es usted un ser prosaico, Enrique, desprovisto de toda poesía. (A Mendoza.) Me interesa usted sobremanera, capitán. No haga usted caso de Enrique; puede irse á dormir si quiere.

Mend. La mujer á la que amé...

Stra. ¡Ah! se trata de una historia de amor. Menos mal. Siga, siga. Me había temido que iba hablar de sí mismo.

Mend. ¡De mí mismo! Por causa de ella me he arrojado á la perdición á mí mismo. Por eso estoy aquí. No importa; bien perdido está todo por ella. Tenía, les doy mi palabra, el pelo más hermoso que he visto en mi vida. Era graciosa, era lista, sabía guisar con perfección, y su temperamento de alta tensión la hizo insegura, incalculable, variable, caprichosa, cruel, en una palabra, encantadora.

Stra. Una mujer como las que figuran en las novelas de á seis chelines, excepto lo de guisar. Se llamaba Lady Gladys Plantagenet, ¿no?

Mend. No, caballero, no es hija de un conde. Por los semanarios ilustrados conozco el aspecto de las hijas de la nobleza inglesa, y puedo decir sinceramente que las caras, los adornos, los trajes, los títulos y todo lo demás de esas damas lo hubiese dado por una sonrisa de aquella mujer. Y eso que era una mujer del pueblo, una obrera; de otro modo... y permítame también un atrevimiento... la hubiese yo desdeñado.

Tanner Con razón. Y ella, ¿correspondió al amor de usted?

Mend. ¿Estaría yo aquí si me hubiese correspondido? No quiso casarse con un judío.

Tanner ¿Por razones religiosas?

Mend. No, ella era librepensadora. Decía que cada judío en su fuero interno considera que el pueblo inglés es sucio en sus costumbres.

Tanner (Sorprendido.) ¡Sucio!

Mend. Demuestra su extraordinario conocimiento del mundo, porque indudablemente es verdad. Nuestro código sanitario complicado nos hace indebidamente despreciativos para con los cristianos.

Tanner ¿Ha oído usted alguna vez cosa por el estilo, Enrique?

Stra. He oído á mi hermana hablar así. Fué cocinera una vez en una familia judía.

Mend. Yo no pude negarlo, ni pude arrancar de su alma la impresión que le había producido. Hubiese yo podido rebatir cualquiera otra objeción y convencerla, pero ninguna mujer puede soportar ni una sombra de menosprecio hacia su persona. Todos mis esfuerzos fueron vanos; ella á todo replicaba que ella no valía para mí y me recomendaba me casara con una maldita camarera de bar que se llamaba Rebeca Lázaros que á mí me asqueaba. Hablé de suicidarme y me ofreció al efecto un bote de polvos insecticidas. Hice como que quería matarla y á ella le dieron accidentes histéricos. Entonces, les juro, me fuí á América para que ella pudiese dormir sin soñar que yo entraba en su cuarto para cortarle el pescuezo. En América salí para el Oeste y conocí á un hombre buscado por la policía por asaltar los trenes. El fué quien tuvo la idea de asaltar automóviles en el Mediodía de Europa, idea feliz para un hombre desesperado y desilusionado. Me dió algunas buenas recomendaciones para capitalistas adecuados. Formé un sindicato, y la presente empresa es el resultado. Yo vine á ser el jefe, como siempre el judío llega á ser el jefe, por su inteligencia y su imaginación. Pero á pesar de mi orgullo de raza, daría todo lo que poseo por ser inglés. Soy como un chico, grabo su nombre en la corteza de los árboles y dibujo sus iniciales en la arena. Cuando estoy solo me tiro al suelo, me arranco el pelo y grito: Luisa...

Stra. (Con extrañeza.) ¡Luisa!

Mend. Así se llama... Luisa... Luisa Straker...

Tanner ¡Straker!

Stra. (Se incorpora de rodillas muy indignado.) Oiga, Luisa Straker es mi hermana, ¿me ha entendido usted? ¿Qué tonterías está usted hablando de ella? ¿Qué tiene ella que ver con usted?

Mend. ¡Una coincidencia dramática! ¡Usted es Enrique, su hermano favorito!

Stra. ¿Por qué me llama á mí Enrique? ¿Quién es usted para tomarse esas libertades con

mi nombre y el de ella? Me dan ganas de desollarle á usted.

Mend. (Con calma grandiosa.) Si me dejo; ¿quiere usted prometerme referírselo á ella? Entonces se acordará de su Mendoza, es todo lo que quiero.

Tanner Eso es amor verdadero, Enrique. Debiera usted respetarlo.

Stra. (Con fiereza.) ¿Amor verdadero? Miedo verdadero, querrá usted decir.

Mend. (Poniéndose de pie de un salto.) ¡Miedo! Joven, desciendo de una familia famosa de esgrimidores, y como bien lo sabe su hermana, batiéndose conmigo tendría usted la misma probabilidad que un coche de enfermo contra su automóvil.

Stra. (En el fondo intimidado, pero levantándose con aire de indómita combatividad.) No le tengo miedo. Vaya con su Luisa, Luisa. Creo que á mi hermana no debe usted mentarla para nada.

Mend. ¿Qué mal hay en decir que la quiero, que la querré siempre?

Stra. (Exasperado.) Mire...

Tanner (Levantándose al punto para interponerse.) Vamos, Enrique, calma; aunque pudiese usted vencer al capitán, no podría luchar con toda la liga de la sierra. Vuelva usted á sentarse y sea usted bueno. Un gato puede mirar á una reina, y hasta un capitán de bandidos puede mirar á su hermana. Todo ese orgullo de familia es cosa muy anticuada.

Stra. (Vencido, pero refunfuñando.) Que él la mire, pero que no venga á hacer creer que ella le haya mirado á él alguna vez. (Vuelve á ocupar su sitio y se echa, aunque de mala gana.) Según habla, no parece sino que han vivido juntos. (Les vuelve la espalda y se prepara á dormir.)

Mend. (A Tanner y haciéndose más confidencial al sentirse virtualmente solo con una persona que le escucha con simpatía en medio del silencio nocturno de las montañas, pues todos los demás están dormidos en aquel momento.) Lo mismo era ella, caballero. Su inteligencia alcanzaba muy adelante en el siglo veinte, sus prejuicios sociales y afectos de familia la retrotraían á las épocas más

tenebrosas. ¡Ah! caballero, cómo se aplican las palabras de Shakespeare á todas nuestras emociones.

Amé á Luisa, cuarenta mil hermanos
no podrían con toda su cantidad de amor
llegar á la suma mía.

Y etcétera, que no recuerdo el resto. Llámelo locura si quiere, fatuidad. Soy un hombre que vale, un hombre fuerte; en diez años hubiese yo sido dueño de un hotel de primera clase. Tropecé con ella y ya ve usted... soy un bandido, un ser arrojado del seno de la sociedad. Ni Shakespeare podría expresar lo que siento por Luisa. Permítame que le lea algunos renglones escritos por mí con referencia á ella. Por pequeño que sea su mérito literario, expresan lo que siento mejor de lo que pudiesen palabras dichas al azar. (Saca un fajo de cuentas de hotel cubiertas de manuscrito y se arrodilla junto á la lumbre para descifrarlas, atizando las ascuas para que alumbren.)

Tanner (Dándole un golpe vigoroso en la espalda.) Tírelo todo á la lumbre, capitán.

Mend. (Espantado.) ¿Eh?

Tanner Está usted sacrificando su carrera á una monomanía.

Mend. Lo sé.

Tanner No lo sabe. Ningún hombre cometería semejante crimen contra sí mismo si realmente supiese lo que hace. ¿Cómo puede usted mirar estas augustas colinas á su alrededor, levantar los ojos hacia este cielo divino, respirar este aire balsámico, para luego hablar como un jornalero literario que viviera en un segundo piso en Bloomsbury?

Mend. (Meneando la cabeza.) La sierra no es mejor que Bloomsbury, una vez pasada la novedad. Además, estas montañas le hacen a uno soñar con mujeres... con mujeres de pelo magnífico.

Tanner Con Luisa, en una palabra. Pues á mí no me harán soñar con mujeres, amigo mío. Estoy libre de amores.

Mend. No blasone hasta que haya venido la mañana, caballero. Esta es una región extraña para sueños.

Tanner Bien, ya veremos. Buenas noches. (Se echa para dormir. Mendoza, con un suspiro, sigue su ejemplo, y durante breve momento reina el silencio en la sierra. Luego Mendoza se incorpora de repente y dice suplicante á Tanner.)

Mend. Permítame leerle sólo unos pocos renglones antes de que se duerma. Me gustaría realmente oir su opinión sobre ellos.

Tanner (Medio dormido.) Venga de ahí, estoy escuchando.

Mend.
En la semana de Pentecostés
te ví, Luisa, Luisa...

Tanner (Incorporándose.) Mi querido capitán, Luisa es muy bonito nombre, pero, que yo sepa, no es consonante de Pentecostés.

Mend. Claro que no; Luisa no es consonante, es el estribillo.

Tanner (Cediendo.) ¡Ah! bien, el estribillo. Dispense entonces. Siga.

Luisa, te quiero,
te quiero, Luisa;
Luisa, Luisa, Luisa, te quiero;
¡qué nombre más dulce!
Luisa, Luisa.
¡Qué música más exquisita!
Luisa, Luisa, Luisa.
Mendoza te adora,
te adora Mendoza,
y sólo pensando en Luisa
él quiere vivir.
Nada más hay en el mundo para Mendoza.
Luisa, Luisa, te adora Mendoza.

(Con complacencia.) No hay mérito en hacer bonitos versos sobre un nombre así. Es un nombre delicioso.

Tanner (Casi dormido contesta con un gruñido sordo.)

Mend.
¡Si fueras, Luisa,
mujer de Mendoza,
Mendoza y Luisa,
Luisa y Mendoza!
¡Ay, ay, qué dichoso sería Mendoza!
¡Ay, ay, cuánto sufre Mendoza por ti!
¡Luisa, Luisa, Luisa, Luisa!

Esto es verdadera poesía, viene del corazón, del corazón de los corazones. ¿No cree usted que ella se conmovería al leer estos versos?

(Nadie contesta. Resignado.) Dormido, como suele suceder. Una «lata» para todo el mundo, música celeste para mí. Tonto de mí que expongo mi corazón á todas las miradas. (Se prepara para dormir, murmurando.) Luisa, te quiero, te quiero, Luisa; Luisa, Luisa, Luisa, te...

(Straker ronca, da rodando una vuelta y vuelve á dormirse. El silencio se esparce por la sierra y la obscuridad se espesa. La lumbre se ha consumido nuevamente y cubierto de cenizas blancas, sin dejar traslucir fuego alguno.)

Los picachos negros se destacan fantásticamente del fondo estrellado del firmamento; pero ahora las estrellas se van apagando y se desvanecen y el cielo parece furtivamente retirarse del universo. En vez de la sierra hay la nada, la omnipresente nada. Ni cielo, ni picachos, ni luz, ni ruido, ni tiempo, ni espacio; el vacío absoluto. Entonces por alguna parte nace como un pálido fulgor y con él un murmullo sordo y rítmico como el palpitar de un violoncello mágico repitiendo la misma nota infinitamente. Un par de violines espectrales utilizan este bajo:



Y al mismo tiempo el pálido fulgor deja vislumbrar en el vacío á un hombre, incorpóreo, pero visible, sentado, aunque parezca absurdo, sobre nada. Por un momento levanta la cabeza cuando la música pasa por delante de él. Luego, con un hondo suspiro, vuelve á inclinarla sumamente abatido. Y los violines, con desaliento, repiten su melodía desesperados, y, finalmente, se callan, ahogados por los lamentos de instrumentos de viento siniestros que hacen así:



Todo es muy extraño. Se nota la manera de Mozart. Después de este toque, se ve, con ayuda de ciertas chispas moradas en el fulgor pálido, que el traje del hombre es el de un caballero español del siglo XV al XVI. Nos hallamos en presencia de don Juan Tenorio, pero, ¿dónde? ¿por qué? ¿cómo? Además, en el corto instante que levantó el rostro, oculto ahora por el ala de su sombrero, nos recordó las facciones de Tanner. Es una cara más bonita, más pálida y más fría, que revela más exigencias y más soberbia, sin la credulidad impetuosa y el entusiasmo de Tanner, y sin su expresión de vulgaridad plutocrática moderna, pero así y todo se nota parecido y aun identidad. Algo de eso pasa con los nombres: Juan Tenorio, John Tanner. ¿A dónde hemos venido á parar desde el siglo XX y la sierra?

Otro fulgor pálido en el vacío, esta vez sin destellos morados, sino con vapores amarillentos desagradables. Con él un clarinete misterioso que emite con infinita tristeza este sonido:



Se mueve el resplandor amarillento; es una vieja que deambula por el vacío, encorvada y desdentada, envuelta, por cuanto se puede divisar, en el basto hábito pardo de alguna orden religiosa. Se mueve para acá y para allá, lentamente y como sin esperanzas, hasta que tropieza con la cosa que anhela: compañía. Con un suspiro de alivio la pobre vieja se agarra á la presencia del hombre y se dirige á él con su voz seca y poco amable que todavía puede expresar orgullo y resolución lo mismo que sufrimiento.

Vieja Dispensadme, pero estoy tan sola, y estos parajes son tan espantosos...

D. Juan ¿Sois recién llegada?

Vieja Sí. Supongo que debí de morirme esta mañana. Me confesé, me dieron la unción. Estaba en la cama, rodeada de mi familia y con los ojos fijos en la cruz. Entonces me hundí en las tinieblas, y cuando volvió la luz fué esta luz con la que no puedo ver.

Cuatro horas largas van ya que me paseo por estas soledades tristes.

D. Juan (*Suspirando.*) ¡Ah! Todavía no habéis perdido el sentido del tiempo. Pronto se pierde en la eternidad.

Vieja ¿Dónde estamos?

D. Juan En el infierno.

Vieja (*Altanera.*) ¡En el infierno! ¡Yo en el infierno! ¿Cómo osáis decirme eso?

D. Juan (*Sin impresionarse.*) ¿Por qué no, señora?

Vieja No sabéis con quién estais hablando. Soy una señora y una hija fiel de la iglesia.

D. Juan No lo dudo.

Vieja Pues entonces, ¿cómo puedo estar en el infierno? En el purgatorio, puede ser; no he sido perfecta, ¿quién lo es? ¡Pero en el infierno! Estáis mintiendo.

D. Juan Sí, señora, en el infierno, os lo aseguro. Estáis en lo más agradable del infierno, en donde hay más soledad... aunque tal vez os gustara más la compañía.

Vieja Pero si me arrepentí sinceramente, me he confesado...

D. Juan ¿De cuánto?

Vieja De más pecados que por mí cometidos. Me gustaba la confesión.

D. Juan Pues mirad, confesar demás es tan mal como no confesar bastante. Mas sea lo que sea, señora, por equivocación ó por intención, os habéis condenado, lo mismo que yo. Y ahora no hay más remedio que poner buena cara á mal tiempo.

Vieja (*Indignada.*) ¡Ah! para eso podría yo haber sido mala, todo lo mala que se me hubiese antojado. ¿De qué me ha servido ser buena? No hay justicia.

D. Juan Sí, señora, bastantes advertencias os hicieron y claras promesas. Para vuestros hechos malos, expiación é intercesión ajena, gracia sin justicia. Para vuestros hechos buenos justicia sin gracia. Aquí tenemos mucha gente buena.

Vieja ¿Habéis sido bueno vos?

D. Juan He sido asesino.

Vieja ¡Asesino! ¡Dios mío, cómo han podido juntarme con asesinos! No he sido tan mala,

he sido una mujer honesta. Aquí hay un error, ¿adónde podré acudir?

D. Juan No sé si los errores pueden enmendarse aquí. Probablemente no querrán admitir que haya habido error alguno.

Vieja ¿A quién podré preguntar?

D. Juan Creo debiérais preguntar al diablo, señora, es el que más sabe de todo, mucho más que yo.

Vieja ¡Al diablo! ¡Yo hablar al diablo!

D. Juan En el infierno, señora, el diablo está al frente de la buena sociedad.

Vieja Os digo, infame, que sé que no estoy en el infierno.

D. Juan ¿Cómo lo sabéis?

Vieja Porque no siento dolor alguno.

D. Juan ¡Oh! entonces no hay duda, estais condenada con toda intención.

Vieja ¿Por qué decís eso?

D. Juan Porque el infierno, señora, es un lugar para los malos. Los malos se encuentran muy bien en él, ha sido hecho para ellos. Me decís que no sentís dolor. De ahí deduzco que sois una de las personas para las que se ha hecho el infierno.

Vieja Y vos, ¿sentís dolor?

D. Juan Yo no soy de los malos, señora, y por eso el infierno me aburre, me aburre horriblemente.

Vieja Decís que no sois de los malos, después de decir que érais un asesino.

D. Juan Fué en desafío, nada más. Clavé mi espada en el pecho de un anciano que estaba tratando de clavar la suya en el pecho mío.

Vieja Si érais un caballero, eso no fué asesinato.

D. Juan El anciano lo llamó asesinato porque, según dijo, él estaba defendiendo el honor de su hija. Con ello quería decir que, después de enamorarme yo tontamente de su hija y de decírselo, ella empezó á dar gritos, y él trató de asesinarme después de decirme cosas insultantes.

Vieja Fuísteis como todos los hombres, libertinos y asesinos todos, todos, todos.

D. Juan Y, sin embargo, me encuentro aquí con vos, señora.

Vieja Escuchadme. Mi padre fué muerto por un infame como vos, precisamente en desafío como el que pintais, por causa idéntica. Yo había dado gritos, porque era mi deber. Mi padre acometió á mi insultador, porque así lo demandaba mi honor. Mi padre murió, fué la recompensa del honor. Yo estoy aquí, en el infierno, según decís, es la recompensa del deber. ¿Hay en el cielo justicia?

D. Juan No, pero hay justicia en el infierno. El cielo está muy por encima de tales vaciedades humanas. Seréis bien venida en el infierno, señora. El infierno es el refugio del honor, del deber, de la justicia y el resto de las siete virtudes mortales. Toda la maldad en la tierra se comete en su nombre, ¿en dónde sino en el infierno pudieran tener su merecido? ¿No dije ya que los verdaderos condenados son los que son dichosos en el infierno?

Vieja Y vos, ¿sois dichoso aquí?

D. Juan (Poniéndose de pie bruscamente.) No; y este es el enigma sobre el que cavilo en las tinieblas. ¿Por qué estoy yo aquí? ¡Yo, que no cumplí alguno, pisoteé el honor y me reí de la justicia!

Vieja ¿Qué me importa á mí saber por qué vos estáis aquí? ¿Por qué estoy aquí yo? ¡Yo que sacrifiqué todas mis inclinaciones para observar la virtud y la decencia que corresponde á una mujer!

D. Juan Tened paciencia, señora; seréis perfectamente dichosa y os encontraréis en vuestro ambiente aquí. Como dijo el poeta: «El infierno es un lugar muy parecido á Sevilla».

Vieja ¡Dichosa aquí! ¡Donde no soy nada, donde no soy nadie!

D. Juan Estais equivocada, sois una señora, y en todas partes donde hay señoras, está el infierno. No os sorprendáis ni os asustéis; encontraréis aquí cuanto una señora pueda apetecer, incluso diablos que os servirán por pura gana de servir y ensalzarán vuestra importancia con objeto de dignificar su servitud, en fin, los mejores servidores.

Vieja ¡Diablos serán mis servidores!

D. Juan — ¿Habéis tenido alguna vez servidores que no fuesen diablos?

Vieja — Nunca, es verdad; eran diablos, unos verdaderos diablos, todos. Pero esto es un modo de hablar. Creí entender que decíais que mis servidores habían de ser los diablos reales y verdaderos.

D. Juan — No más reales y verdaderos que vos habéis de ser una señora real y verdadera. Aquí no hay nada real. Ese es el horror de la condenación.

Vieja — ¡Oh, todo es locura! Esto es peor que el fuego y los gusanos.

D. Juan — Para vos, quizás haya consuelos. Por ejemplo, ¿qué edad teníais al cambiar el tiempo por la eternidad?

Vieja — No me preguntéis la edad que tenía, como si fuese cosa del pasado; preguntadme la edad que *tengo*. Pues os lo diré: setenta y siete años.

D. Juan — Edad madura, señora. Pero, en el infierno, no se toleran edades provectas. Son demasiado reales. Aquí reverenciamos el amor y la hermosura. Estando nuestras almas enteramente condenadas, cultivamos nuestros corazones. Como señora de setenta y siete años, no haríais amistad alguna en el infierno.

Vieja — ¿Qué remedio tengo yo contra la edad?

D. Juan — Olvidáis que habéis dejado la edad detrás de vos en el reino del tiempo. No tenéis más que setenta y siete, que siete ó diecisiete ó veintisiete años.

Vieja — ¡Disparates!

D. Juan — Considerad, señora, ¿no fué así aún cuando vivíais sobre la tierra? Cuando teníais setenta años, ¿érais más vieja bajo vuestras arrugas y vuestras canas que cuando teníais treinta?

Vieja — No, era más joven. A los treinta fuí una tonta. Pero, ¿de qué sirve sentirse joven y tener aspecto de vieja?

D. Juan — Ya veis, señora, el aspecto sólo fué una ilusión. Vuestras arrugas mintieron lo mismo que miente el cútis suave y terso de muchas niñas bobas de diecisiete años, de espiritu

torpe é ideas decrépitas. Pues bien, aquí no tenemos cuerpo, nos vemos unos á otros como cuerpos porque bajo ese aspecto hemos aprendido á imaginarnos unos á otros, cuando aun vivíamos. Y así seguimos pensando, sin conocernos, mutuamente. Pero podemos revelarnos á los ojos ajenos con la edad que elijamos. No tenéis más que desearos cualquiera de vuestras antiguas apariencias y al punto la tendréis.

Vieja No puede ser verdad.

D. Juan Probad.

Vieja Pues diecisiete años.

D. Juan Esperad. Antes de que os decidierais, hubiese debido deciros que estas cosas son cuestión de moda. Ha habido épocas en que todos nos pirramos por la edad de diecisiete años, pero esto duró poco. En la actualidad la edad de moda es la de cuarenta, digamos treinta y siete años. Pero hay señales de prepararse un cambio. Si á los veintisiete años érais de buen ver, os aconsejo probar con esa edad y establecer una moda nueva.

Vieja No creo una sola palabra de lo que dices. Pero, en fin, vaya por los veintisiete años. (¡Pum! La Vieja se transforma de repente en una joven, tan hermosa que en la aparición radiante que ha sustituído el espectro amarillo borroso de antes parece que reconocemos sin equivocación á Ana Whitefield.)

D. Juan ¡Doña Ana de Ulloa!

D.ª Ana ¡Cómo! ¿Me conocéis?

D. Juan ¡Y vos me olvidásteis!

D.ª Ana No veo vuestro rostro. (El levanta el sombrero.) ¡Don Juan Tenorio! ¡Monstruo! ¡Vos que matásteis á mi padre! Hasta aquí me perseguís.

D. Juan Protesto, no os persigo. Permitid que me retire. (Vase.)

D.ª Ana (Cogiendo su brazo.) No me dejaréis sola en tan espantoso lugar.

D. Juan Siempre que mi estancia no se interprete como persecución.

D.ª Ana (Soltándole.) Extrañaréis que pueda yo soportar vuestra presencia. ¡Pobre padre mío!

D. Juan ¿Tendríais gusto en verle?

D.ª Ana ¡¡¡Mi padre aquí!!!

D. Juan No, él está en el cielo.

D.ª Ana Ya lo pensaba. ¡Mi noble padre! Ahora nos está mirando desde lo alto. ¿Qué sentirá al ver á su hija en este lugar, platicando con su matador?

D. Juan A propósito, si alguna vez le encontramos...

D.ª Ana ¿Cómo vamos á encontrarle estando él en el cielo?

D. Juan De vez en cuando se digna bajar por aquí. El cielo le aburre. Así pues, permitidme advertiros que se ofenderá indeciblemente si me llamáis su matador en su presencia. Se empeña en creer que sabía mucho más de esgrima que yo y, de no resbalarle el pie, me hubiese matado sin falta. No hay duda de que tiene razón, yo nunca fuí buen esgrimidor. Acerca de eso nunca le llevo la contraria y somos excelentes amigos.

D.ª Ana No es deshonra para un guerrero tener orgullo de habilidad en manejar las armas.

D. Juan Tal vez no tengáis mucho afán por verle.

D.ª Ana ¿Por qué decís eso?

D. Juan Así suele suceder aquí. Tal vez os acordéis que sobre la tierra, aunque nunca lo confesamos, el duelo por la muerte de cualquiera, aun la de los que más hemos querido, siempre se mezcla con cierta satisfacción por vernos al fin libres de ellos.

D.ª Ana ¡Monstruo! Nunca, nunca...

D. Juan (Plácido.) Veo que os dáis cuenta. Sí, un entierro siempre ha sido una fiesta con trajes negros, especialmente el entierro de un pariente. Sea lo que quiera, sabed que los lazos familiares aquí casi nunca se observan. Vuestro padre está del todo impuesto en ello y no esperará cariño alguno de vuestra parte.

D.ª Ana Sois un infame. Llevé luto por él todo mi vida.

D. Juan Sí, os sentaba muy bien. Pero una vida de luto es una cosa y una eternidad de luto es otra. Además, aquí estáis tan muerta como él. ¿Puede haber algo más ridículo que el luto de un muerto por otro muerto? No os extrañéis, mi querida Ana, ni os sobresaltéis si os digo que en el infierno hay mucha

charlatanería (y casi no hay otra cosa); pero eso de la muerte y la edad y las mutaciones ya no se conoce, porque aquí todos somos muertos y eternos. Ya os acostumbraréis.

D.ª Ana ¿Y me llamarán todos los hombres su querida Ana?

D. Juan No, fué un desliz de mi lengua. Perdonadme.

D.ª Ana (Casi con ternura.) Don Juan ¿me asustásteis cuando tan villanamente os portásteis conmigo.

D. Juan (Impaciente.) ¡Oh! os suplico no empecéis á hablar de amor. Aquí no se suele hablar más que de amor... de su hermosura, su santidad, su espiritualidad, su... ¡el demonio sabe qué!... Dispensadme, pero á mí me fastidia tanto. No saben lo que se dicen, yo sí lo sé. Se figuran que han alcanzado la perfección del amor porque no tienen cuerpos. Devaneos meramente imaginativos. ¡Qué asco!

D.ª Ana Pero ¿no ha logrado siquiera la muerte purificar vuestra alma, don Juan? ¿No os ha enseñado respeto el terrible juicio en el que la estatua de mi padre fué el juez?

D. Juan ¿Cómo está, ya que hablamos, aquella estatua favorecida? ¿Sigue yendo á cenar con gente de poco más ó menos para luego precipitarla en este abismo sin fondo?

D.ª Ana Me ha costado mucho dinero la tal estatua. Los chicos de la escuela del monasterio no la dejaban en paz, los malos la destrozaban, los buenos grababan en ella sus nombres. Tres narices nuevas en dos años tuve que poner, y dedos, sin cuento. Finalmente tuve que dejarlo, y me temo que á estas horas estará horriblemente mutilada. ¡Pobre padre mío!

D. Juan ¡Chist! Escuchad. (Dos grandes acordes que se extienden en ondas sonoras sincopadas estallan: «re menor» es su dominante un sonido de alegría formidable para todo músico.)

¡Ah! la música de la estatua, de Mozart. Es vuestro padre: Mejor será que os ausentéis hasta que le prepare. (Ella desaparece.)

Desde el vacío viene una estatua viviente de mármol blanco, que representa á un majestuoso anciano. Pero se apea de su majestuosidad con gracia infinita y anda con paso sumamente elástico, y mientras cada arruga de su cara aguerrida irradia alegría festiva. A su escultor debe una figura muy arrogante y tiesa. Las guías de sus bigotes se enderezan elásticas cual muelles de reloj, dándole una apariencia que podría llamarse majo, si no fuese por su dignidad española. Está con don Juan muy amistoso. Su voz, fuera de una modulación más distinguida, se parece tanto á la de Roebuck Ramsden, que llama la atención sobre el hecho de que, á pesar de la diferencia en los bigotes, los dos se parecen en las facciones.

D. Juan ¡Ah, sois vos, amigo mío! ¿Por qué no aprendéis á cantar la magnífica música que Mozart escribió para vos?

Est. Desgraciadamente, la escribió para una voz de bajo, y la mía es de barítono. Ahora bien; ¿os habéis ya arrepentido?

D. Juan Demasiado os aprecio, don Gonzalo, para arrepentirme. Si me arrepintiese no tendríais pretexto para bajar del cielo con objeto de discutir conmigo.

Est. Es verdad, no cedas, hijo mío. Ojalá te hubiese yo matado á ti, como lo hubiera hecho si no es por una casualidad. Entonces estaría yo en el infierno; á ti te hubieran elevado una estatua y tendrías fama de piadoso y tendrías que vivir según ella. ¿Hay alguna novedad?

D. Juan Sí, vuestra hija se murió.

Est. (Confusa.) ¿Mi hija? (Recordando.) Ah, ¿aquella con la que tuviste un lío? A ver, ¿cómo se llamaba?

D. Juan Ana.

Est. Es verdad, Ana, una chica de buen ver, si no recuerdo mal. ¿Has avisado á Fulano? No sé cómo se llama su esposo.

D. Juan ¿Mi amigo Octavio? No lo he visto todavía desde que Ana llegó.

(ANA indignada hace su aparición.)

D.ª Ana Pero, ¿qué significa eso? ¡Octavio está aquí y es vuestro amigo! Y vos, padre mío, habéis olvidado mi nombre. En verdad que os habéis vuelto piedra.

Est. Hija mía, más me admiran como estatua de mármol que me admiraron como persona de carne y hueso; así, pues, he adoptado la figura que me diera el escultor. Era un gran artista, no se puede negar, y debes reconocerlo así.

D.ª Ana Padre, ahora resulta que sois vanidoso, vanidoso de vuestra persona. Morir para ver.

Est. ¡Ay! hija mía, tú ya no te acuerdas de tal debilidad. A estas fechas tú debes tener cerca de ochenta años. Yo perdí la vida (por una casualidad) á los sesenta y cuatro, y soy, por lo tanto, mucho más joven que tú. Además, hija mía, lo que vuestro amigo libertino llamaría la farsa de la sabiduría de los padres, aquí no existe. Considérame sencillamente como á un camarada, no como á un padre.

D.ª Ana Habláis como habla ese infame.

Est. Juan es un pensador agudo, Ana. Mal esgrimidor, pero buen pensador, créeme.

D.ª Ana (Estremeciéndose de horror.) Empiezo á comprender. Son diablos que se burlan de mí. Lo mejor será que rece.

Est. (Consolándola.) No, no, no, hija, no reces. Si rezas perderás la principal ventaja de este sitio. Encima del portal están escritas las palabras: «Dejad toda esperanza, vosotros que entrais.» Pues no sabes tú el alivio que esto supone. ¿Para qué sirve la esperanza? Es una forma de responsabilidad moral. Aquí no hay esperanza, y por lo tanto, no hay deber, ni trabajo, ni nada que se pueda alcanzar con la oración, nada que pueda perderse con hacer lo que te plazca. En resumen, el infierno es un sitio donde no tienes otra cosa que hacer que divertirte. (Don Juan suspira hondamente.) Suspiras, amigo don Juan, pero si estuvieses en el cielo, como estoy yo, te darías cuenta de las ventajas que hay aquí.

D. Juan Estáis de buen humor hoy, Comendador. Estáis realmente superior. ¿Qué sucede?

Est. He llegado á tomar una decisión muy importante, muchacho. Pero, antes que todo, ¿dónde está nuestro amigo el diablo? Tengo

que consultarle el asunto. Y Ana tendrá gusto en conocerle, sin duda.

D.ª Ana ¿Estáis preparando algún tormento para mí?

D. Juan Todo eso son supersticiones, Ana. Descuidad. Además, ya sabéis, el diablo no es tan negro como lo pintan.

Est. Hagámosle una llamada.

Al mover la Estatua la mano, los grandes acordes vuelven á dejarse oir. Pero esta vez, la música de Mozart se adultera grotescamente con la de Gounod. Principia á encenderse un resplandor bermejo, y, en medio de él, surge el Diablo, muy mefistofélico y bastante parecido á Mendoza, aunque no tan interesante. Parece más viejo que éste, tiene una calvicie prematura, y, á pesar de una efusión de buen genio y jovialidad, es algo áspero y nervioso cuando no corresponden á su modo de ser. No parece tener mucha resistencia para el trabajo y el sufrimiento y es, en resumidas cuentas, una persona que tiene apariencia de ser muy indulgente consigo misma, hasta hacerse desagradable; pero es listo y hay muchos ratos en que agrada, por más que se echa de ver desde luego que no tiene tan buena crianza como los otros dos hombres y que es enormemente menos vivaracho que la mujer.

Diablo (Cordial.) Según veo, tengo el honor de que me visita nuevamente el muy ilustre comendador de Calatrava. (Friamente.) Don Juan, servidor vuestro. (Cortés.) Una señora extraña. A vuestros piés, señora.

D.ª Ana ¿Sois?...

Diablo (Inclinándose.) Lucifer, para serviros.

D.ª Ana Me voy á volver loca.

Diablo (Galante.) ¡Oh, señora, no os apureis! Venís de la tierra, llena de los prejuicios y terrores de aquél sitio dominado por sacerdotes. Habeis oído muchas veces hablar mal de mí, y, sin embargo, allí tengo un cúmulo de amigos.

D.ª Ana Sí, reinais en sus corazones.

Diablo (Meneando la cabeza.) Me lisonjeais, señora, pero estais equivocada. Es verdad que el mundo no puede vivir sin mí, pero no por eso me lo agradece. En su corazón desconfía de mí y me odia. Todas sus simpatías

son para la miseria, la pobreza, las privaciones del cuerpo y el corazón. Yo en cambio induzco al mundo á simpatizar con la alegría, el amor, la felicidad, la hermosura...

D. Juan (Asqueado.) Dispensadme, que me voy. Ya sabeis que no puedo aguantar eso.

Diablo (Enfadado.) Sí, ya sé qne no sois amigo mío.

Est. ¿Qué daño te hace, don Juan? Me parece que estaba hablando con mucha sensatez cuando le interrumpiste.

Diablo (Apretándole muy cordialmente la mano á la Estatua.) Gracias, amigo mío, gracias. Vos siempre me habeis comprendido; él siempre me ha contradicho y menospreciado.

D. Juan Os he tratado con perfecta cortesía.

Diablo ¡Cortesía! ¿Qué es cortesía? A mí no me importa la mera cortesía. Lo que yo busco es alma y corazón, sinceridad verdadera, los lazos de simpatía con el amor y la alegría...

D. Juan Me poneis malo.

Diablo ¡Vamos! (Apelando á la Estatua.) ¿Lo estais escuchando, señor? ¡Oh! ¿por qué ironía del sino tuvo ese frío egoísta entrada en mi reino, mientras vos fuistéis llevado á la glacial mansión del cielo?

Est. No puedo quejarme. Fuí un hipócrita, y bien empleado me está el estar en el cielo.

Diablo ¿Por qué, señor, no venís con nosotros y dejais un ambiente para el que vuestro temperamento es demasiado simpático, vuestro corazón demasiado cálido, vuestro buen humor demasiado franco?

Est. Pues así lo decidí. De aquí en adelante, ilustre hijo de la mañana, seré vuestro. Ya dejé el cielo para siempre.

Diablo (Cogiéndole otra vez la mano.) ¡Oh, qué honor para mí! ¡Qué triunfo para nuestra causa! Gracias, gracias. Y ahora, amigo mío... por fin puedo llamarle así... ¿no podríais persuadirle á él para que ocupara el sitio que dejásteis vacante?

Est. (Meneando la cabeza.) En conciencia no puedo recomendar á nadie con quien me una alguna amistad que á sabiendas se meta en un sitio triste é incómodo.

Diablo Claro que no, pero ¿estais seguro de que allí

no estará á gusto? Claro que vos debeis conocerle mejor que nadie, vos lo trajistéis aquí primero, y pusimos en él las mejores esperanzas. Sus ideas parecía que concordaban perfectamente con las que aquí imperan. ¿Os acordábais cómo cantaba? (Empieza á cantar en voz de barítono gangosa, trémula por una eternidad de mal uso á la manera francesa.)

¡Vivan le femmine!
¡Viva il buon vino!

Est. (Cogiendo el tono una octava más alto con voz de contralto.)

Sostegno e gloria
d'umanitá.

Diablo Eso es. Pues ya no nos canta nada.

D. Juan ¡Y os quejais de eso! Cuando el infierno está lleno de aficionados cantantes. La música es el aguardiente de los condenados. ¿No se permitirá á un alma perdida ser abstinente?

Diablo ¡Os atreveis á blasfemar contra el arte más sublime!

D. Juan (Con repugnancia fria.) Hablais cual mujer histérica que hace carantoñas á un murguista.

Diablo No me enfado. Solo os compadezco. No teneis alma, y no os dais cuenta de lo que perdeis. Pero vos, señor Comendador, sois un músico de nacimiento. ¡Qué bien cantais! Mozart se quedaría encantado si estuviese todavía aquí, pero riñó con nosotros y se fué al cielo. Es curioso cómo todos esos hombres geniales que parecen haber nacido para hacerse populares aquí, resultan luego imposibles en la vida social, como don Juan.

D. Juan Siento de veras resultar imposible en la vida social.

Diablo No es que no admiremos vuestras dotes intelectuales, sabeis. Las admiramos, Pero yo miro el asunto desde vuestro propio punto de vista. No podeis simpatizar con nosotros. Este lugar no os place. La verdad es que no teneis... no diré que no teneis corazón, porque ya sabemos que detrás de todo vuestro fingido cinismo se oculta un corazón muy sensible...

D. Juan (Estremeciéndose.) Por favor, no sigais...

Diablo (Irritado.) Bueno, el caso es que no teneis temperamento para gozar. ¿No es eso?

D. Juan Menos mal. En general vuestra charla me aburre. Lo mejor será que, como suelo, me retire á la soledad.

Diablo ¿Por qué no os refugiais de una vez en el cielo! Ese es el sitio que os conviene. (A Ana.) Vamos, señora, ¿no podríais vos convencerle de que un cambio de aire le probaría bien?

D.ª Ana ¿Pero es que puede ir al cielo si quiere?

Diablo ¿Quién se lo va á impedir?

D.ª Ana Y... ¿todo el mundo puede?... ¿yo puedo ir al cielo si quiero?

Diablo (Algo despreciativo.) Naturalmente, si tal es vuestro gusto.

D.ª Ana Pero entonces, ¿por qué no están todos en el cielo?

Est. (Con risa aguda y burlona.) Pues te voy á decir, hija mía. Porque el cielo es el sitic más angelicalmente triste y aburrido de la creación. Por eso es.

Diablo El señor Comendador lo ha dicho con franqueza verdaderamente militar. Pero no hay duda de que el modo de ser en el cielo es sencillamente intolerable. Cuentan que yo fuí arrojado de ahí; pero yo os aseguro que por nada del mundo me hubiese quedado allí. La verdad es que me marché y organicé este centro.

Est. No me extraña. Nadie puede aguantar una eternidad de cielo.

Diablo ¡Oh! hay gente para todo. Seamos justos, Comendador, es cuestión de temperamento. Por mi parte no admiro el temperamento celestial, no lo comprendo ni tengo deseos de comprenderlo, pero hace falta toda clase de seres para hacer un universo. De gustos es inútil discutir. Hay personas que están á gusto en el cielo. Yo creo que don Juan estaría á gusto allí.

D. Juan Hombre—dispensad mi franqueza—¿podríais realmente volver allí si se os antojara, ó es que los racimos están verdes?

Diablo ¡Volver allí! ¡Vaya! Muchas veces vuelvo por allí. ¿No habeis nunca leído el libro de Job?

¿Podeis fundaros en algún texto canónico para probar que existe alguna barrera entre el infierno y el cielo?

D.ª Ana Pues hay entre los dos un gran abismo.

Diablo Señora mía, una parábola no debe tomarse al pie de la letra. El abismo significa la diferencia entre el temperamento angelical y el diabólico. ¿Qué abismo más profundo puede haber? Acordaos de lo que viérais en la tierra. Allí no hay abismo físico entre las aulas de los sabios y las plazas de toros, pero los toreros no van á las aulas por eso. ¿No habeis estado nunca en el país donde es mayor el número de mis adictos, en Inglaterra? Allí hay grandes hipódromos y también salas para conciertos donde se tocan las composiciones clásicas de vuestro amigo Mozart, señor Comendador. Los que frecuentan los hipódromos tienen entera libertad para abstenerse de hacerlo y, en vez de ello, ir á los conciertos clásicos, si gustan. No hay ley que lo impida. Porque los ingleses nunca serán esclavos, son libres de hacer cuanto el gobierno y la opinión pública les permiten hacer. Y se admite que el concierto clásico es una diversión más elevada, culta, poética é intelectual que las carreras de caballos. Pero, ¿dejan por eso los aficionados á las carreras de caballos su deporte favorito para afluir á los conciertos? Ni por pienso. Allí se aburrirían lo mismo que el Comendador se aburría en el cielo. El gran abismo de la parábola está entre los dos sitios. Un abismo meramente físico lo podrían atravesar por medio de un puente, ó por lo menos lo podría yo (la tierra está llena de puentes del diablo), pero el abismo del disgusto es eterno é infranqueable. Y este es el único abismo que separa á mis amigos aquí de los que maliciosamente son llamados los bienaventurados.

D.ª Ana Voy á ir al cielo sin más tardar.

Est. Hija mía, escúchame antes una palabra de advertencia. Quiero completar el símil de mi amigo Lucifer referente á los conciertos. En cada uno de esos conciertos en Inglate-

rra hay un cúmulo de gente aburrida que se encuentra allí no porque le gusta la música sino porque creen que debe gustarle. Pues lo mismo pasa en el cielo. Muchos se hallan allí en la gloria, no porque están dichosos, sino porque creen que su condición exige que estén en el cielo. Casi todos ellos son ingleses.

Diablo Sí, es verdad. Las naciones meridionales renuncian al cielo y se vienen conmigo como hicísteis vos. Pero los ingleses realmente no parecen notar cuando están del todo míseros y desgraciados, y cuando se encuentran incómodos, creen que son morales.

Est. En una palabra, hija mía, si entras en el cielo sin haber nacido para ello, no te divertirás allí.

D.ª Ana ¿Y quién se atreve á afirmar que yo no haya nacido para ello? Los más eminentes doctores de la iglesia nunca lo han discutido. Para conmigo mismo tengo el deber de abandonar este lugar inmediatamente.

Diablo (Ofendido.) Como gusteis, señora. Hubiese esperado de vos mejor gusto.

D.ª Ana Padre, espero que vendreis conmigo. No podeis estar aquí. ¿Qué diría la gente?

Est. ¡La gente! Pero si la mejor gente está aquí, príncipes de la iglesia inclusive. Tan pocos van al cielo y tantos vienen aquí que los bienaventurados, en un tiempo llamados los ejércitos celestiales, forman una minoría en continua mengua. Los santos, los padres, los elegidos de remotas edades son los calaveras, los troneras, los reprobados de hoy.

Diablo Es verdad, desde el principio de mi carrera conocí que vencería al fin por el solo peso de la opinión pública, á pesar de la larga campaña de mentiras y calumnias dirigida contra mí. En el fondo el universo es constitucional, y con una mayoría como la que tengo no es posible que quede yo siempre separado del poder.

D. Juan Yo creo, Ana, que lo mejor será que os quedeis aquí.

D.ª Ana (Celosa.) No quereis que vaya yo con vos.

D. Juan No conviene que entreis en el cielo en compañía de un réprobo como yo.

D.ª Ana Todas las almas son igualmente valiosas. Os arrepentís, ¿verdad?

D. Juan Mi querida Ana, sois tonta. ¿Creeis que el cielo es como la tierra, donde la gente se convence á sí misma de que lo hecho puede convertirse en no hecho por el arrepentimiento; que lo dicho puede convertirse en no dicho por la retirada de los conceptos; que la verdad puede ser anulada por el acuerdo general de considerarla como mentira? No, el cielo es la morada de los dueños de la realidad, por eso quiero ir allí.

D.ª Ana Gracias, yo quiero ir al cielo para hallar la felicidad. He tenido bastante realidad en la tierra.

D. Juan Entonces debéis quedaros aquí, porque el infierno es la morada de lo irreal y de los ansiosos de felicidad. Es el único refugio para salvarse del cielo el que es como ya dije, la morada de los dueños de la realidad y para salvarse de la tierra que es la patria de los esclavos de la realidad. La tierra es una leonera en la que los hombres y las mujeres juegan á los héroes y las heroínas, á los santos y las santas, á los pecadores y las pecadoras, pero son arrojados de su paraíso de locos por sus cuerpos. El hambre y la sed y el frío, la edad y la decadencia y las enfermedades y la muerte sobre todo, los hacen esclavos de la realidad. Tres veces al día tienen que comer y digerir, tres veces en cada centuria tiene que ser engendrada una generación. Las edades de fe, de poesía y de ciencia acaban finalmente en esta única oración: «haz que yo sea un animal sano.» Más aquí escapais de la tiranía de la carne, porque aquí no sois un animal, aquí sois un espíritu, una apariencia, una ilusión, una convención, sin muerte, sin edad, en una palabra, sin cuerpo. Aquí no existen cuestiones sociales, ni cuestiones políticas, ni cuestiones religiosas, mejor aún, ni cuestiones sanitarias. Aquí llamais hermosura vuestra apariencia, amor vuestra emoción, heroísmo

vuestros sentimientos, virtud vuestras aspiraciones, lo mismo que hicisteis en la tierra, pero aquí no hay hechos brutales para contradeciros ni contraste irónico entre vuestras necesidades verdaderas y vuestras pretensiones ilimitadas, ¡ni comedia humana, nada sino un romanticismo perpetuo, un melodrama universal. Como dijo nuestro amigo germánico: «lo inconcebible aquí es un hecho, lo eterno femenino nos atrae con fuerza irresistible,» sin llevarnos un paso más allá. ¡Y deseais dejar este paraíso!

D.ª Ana ¡Pero si el infierno es tan hermoso como decís, cosa gloriosa debe ser el cielo!

(El Diablo, la Estatua y don Juan todos empiezan á hablar á la vez para protestar violentamente; luego se callan confusos.)

D. Juan Dispensadme.

Diablo Nada. Soy yo quien os interrumpió.

Est. ¿Ibais á decir algo?

D. Juan Hablad primero, caballero.

Diablo (A don Juan.) Habéis estado tan elocuente acerca de las ventajas de mis dominios, que ahora os dejo hablar para que mostréis con igual exactitud y pintéis los defectos del establecimiento competidor.

D. Juan En el cielo, señora, tal como lo pinto, se vive y se trabaja, en vez de jugar y fingir. Se miran las cosas de frente, tales como son. No se evita nada, sino la fantasmagoría y vuestra firmeza y vuestro peligro son vuestra gloria. Cuando aquí y en la tierra continúa la función y todo el mundo es un escenario, el cielo está por lo menos entre bastidores. Pero el cielo no puede ser descrito como una metáfora. Allá voy ahora mismo, porque espero escapar allí por fin, de las mentiras y la persecución fastidiosa y vulgar de la dicha y pasar mis eternidades en la contemplación!..

Est. ¡Puah!

D. Juan Señor Comendador, no censuro su repugnancia, pues un museo de pintura es un lugar aburrido para un ciego. Pero así como vos gozais con espejismos románticos, tales como son la hermosura y el placer, así go-

zaré yo con aquello que me interesa más que todo, es decir, la vida, la fuerza que siempre tiende á adquirir mayor poder para contemplarse á sí misma. ¿Qué es lo que desarrolló mis sesos? decidme. No fué la necesidad de mover mis piernas, porque una rata con muchos menos sesos mueve sus patas mejor que yo mis piernas. No fué la mera necesidad de hacer algo, sino la de saber lo que hago, para que con mis esfuerzos ciegos no me mate á mí mismo.

Est. Te hubieses matado en tus esfuerzos ciegos de esgrimidor á no habérseme resbalado el pie, amigo mío.

D. Juan Audaz espadachín.

Di rider finirai prima l'aurora,
ó statua gentilíssima.

Est. ¡Ah, ah! ¿Recuerdas cómo te asusté cuando dije algo por el estilo desde mi pedestal en Sevilla? Suena algo apagado sin mis trombones.

D. Juan Según dicen, suele sonar apagado aun con ellos, Comendador.

D.ª Ana Por Dios, padre, no interrumpais la conversación con semejantes frivolidades. ¿No hay más que contemplación en el cielo, don Juan?

D. Juan En el cielo que yo busco no hay otro placer Pero hay el trabajo de secundar á la vida en su lucha por las alturas. Imaginaos cómo se gasta y derrocha á sí misma, cómo se levanta obstáculos á sí misma y se destruye á sí misma en su ignorancia y ceguera. Necesita un cerebro esa fuerza irresistible, para que en su ignorancia no luche consigo misma. ¡Qué obra maestra es el hombre! dijo el poeta. Sí; pero ¡qué mal empleada! Aquí se halla el mayor milagro de organización que la vida haya logrado; el ser más intensamente viviente que existe, el más consciente de todos los organismos, y sin embargo, ¡qué mísero es su cerebro! La estupidez hecha sórdida y cruel por las realidades que la pobreza y el trabajo excesivos ofrecen; la imaginación resuelta á morir de hambre antes de encararse con esas realidades, acumulan-

do ilusiones para ocultarlas y llamándose á sí misma talento, genio. Y cada una acusando á la otra de sus propios defectos, la estupidez acusando á la imaginación de locura, y la imaginación acusando á la estupidez de ignorancia, mientras ¡ay! la estupidez posee todos los conocimientos y la imaginación toda la inteligencia.

Diablo Y menudo embrollo que originan entrambas. ¿No dije yo cuando estaba arreglando aquél asunto de Fausto que el solo uso que el hombre hace de su inteligencia es para ser más bestial que cualquier bestia? Un cuerpo espléndido vale más que los sesos de cien dispépticos y flatulentos filósofos.

D. Juan Olvidáis que ya se hicieron pruebas con la magnificencia del cuerpo sin el desarrollo cerebral. Cosas inmensamente mayores que el hombre por todos conceptos, fuera del cerebro, han existido y han perecido. El megaterio, el ictiosauro han pisado la tierra con pasos de siete leguas y obscurecido el día con alas grandes, como nubes. ¿En dónde están ahora? Fósiles en los museos, y tan escasos é imperfectos por añadidura, que una vértebra ó un diente de ellos se estiman más que la vida de mil soldados. Esos seres vivían y querían vivir, pero por falta de sesos no supieron cómo lograr sus propósitos y se destruyeron unos á otros.

Diablo Y los hombres, ¿no se destruyen mutuamente á pesar de sus tan alabados cerebros? ¿No habéis estado en la tierra en estos últimos tiempos? Yo sí estuve y he examinado los inventos maravillosos de los hombres, y os digo que en cuanto á las artes de vivir, el hombre no inventa nada; pero en cuanto á las artes de morir, sobrepuja á la propia naturaleza, y, con ayuda de la química y la mecánica, produce más mortandad que las enfermedades contagiosas, la peste y el hambre. El labrador á quien induzco en tentaciones, hoy día come y bebe exactamente lo que comían los labradores hace diez mil años, y su vivienda no ha cambiado tanto en mil siglos como la moda de los sombre-

ros de señora en el transcurso de veinte semanas. Pero cuando sale á matar lleva una maravilla de mecanismo, que solo con la presión de su dedo, desencadena todas las ocultas energías moleculares y deja muy atrás el venablo, la flecha y la cerbatana de sus antepasados. En las artes de la paz el hombre no vale nada. He visto sus fábricas de tejidos y otras, con maquinaria que un perro sarnoso podía haber inventado si en vez de comida hubiese necesitado dinero. Conozco sus torpes máquinas de escribir y deficientes locomotoras, y fastidiosas bicicletas; son porquerías al lado de los cañones Maxim ó los torpederos submarinos. En la maquinaria industrial del hombre sólo se manifiestan su avaricia y su pereza; en la fabricación de las armas os donde pone su corazón. Aquella fuerza maravillosa de vida que tanto ensalzais, es una fuerza de muerte. El hombre mide su fuerza por su poder destructivo. ¿Qué es su religión? Una excusa para odiarme. ¿Qué son sus leyes? Una excusa para ahorcar á sus semejantes. ¿Qué es su moralidad? Remilgos; un pretexto para consumir sin producir. ¿Qué es su arte? Una excusa para embelesarse con pinturas de batallas. ¿Qué es su política? O el respeto á un déspota, porque el déspota puede matar, ó pelea de gallos parlamentaria. Pasé una tarde hace poco en una célebre sesión legislativa y oí cómo la sartén le reprochaba su negrura al caldero y por todos lados lo de «más eres tú» y los ministros contestando á interpelaciones. Al marcharme escribí con tiza en la puerta aquella antigua sentencia para niños: «No hagas preguntas y no te dirán mentiras.» Compré un periódico ilustrado para familias, de á seis peniques, y lo vi lleno de grabados representando á jóvenes que se mataban unos á otros á tiros y puñaladas. Vi morir á un hombre, un albañil de Londres, con siete hijos. Dejaba diez y siete libras de su seguro en la sociedad obrera á que había pertenecido, y la viuda lo gastó todo en funerales, para ingresar en el asilo

con sus hijos al día siguiente. No hubiera gastado ni siete peniques para que los chicos fuesen á la escuela, tuvo que ser obligada por la ley á mandarlos á las escuelas gratuitas pero para la muerte gastó cuanto tenía. Sus imaginaciones se enardecen, sus energías se levantan con la idea de la muerte; esa gente la aman y, cuanto más horrible sea, más disfrutan con su vista. El infierno es un lugar muy por encima de su comprensión; sacan la idea que de él se forman de las obras de dos de los mayores locos que han vivido: un italiano y un inglés. El italiano lo describió como un sitio de suciedad, frío, miseria, fuego y sierpes venenosas, todo torturas. Ese asno, cuando no estaba mintiendo respecto de mí, divagaba acerca de una mujer a la que vió una vez en la calle. El inglés me describió como expulsado del cielo á cañonazos, y hasta la fecha no hay un súbdito británico que no crea que toda esa historia sandia está en la biblia. No sé lo que mas dijo, porque todo está en un poema largo que ni yo ni nadie ha logrado leer hasta el fin. Lo mismo pasa en todo. El género más elevado de la literatura es la tragedia, una pieza de teatro en la que al final todos mueren. En las crónicas de antaño se lee de terremotos y pestilencias y diz que demuestran el poder y la majestad de Dios y la pequeñez del hombre. Las crónicas hodiernas describen batallas. En una batalla dos tropeles de hombres disparan unos contra otros con balas y granadas, hasta que un tropel huye, que es cuando el contrario persigue á caballo á los fugitivos y los acuchilla cuanto puede. Y esto, según deducen los cronistas, demuestra la grandeza y majestad de los imperios y la pequeñez de los vencidos. Por el relato de semejantes batallas el público se aglomera en las calles con clamores de alegría y excita á los gobiernos á gastar miles de millones para fines bélicos, mientras los ministros más prestigiosos no se atreven á invertir la suma más modesta para aliviar la pobreza y la miseria que to-

dos los días hieren su vista. Podría citaros miles de ejemplos, pero todos vienen á demostrar una sola cosa: el poder que rige la tierra no es el poder de la vida, sino el poder de la muerte, y la necesidad eterna que impulsó á la vida al esfuerzo de organizarse en el ser humano, no es la necesidad de una vida más perfecta, sino la de un instrumento más eficaz de destrucción. La peste, el hambre, el terremoto, la tempestad era demasiado espasmódica en su acción; el tigre y el cocodrilo se saciaban con demasiada facilidad y no eran bastante crueles, se necesitaba algo más constante, más implacable, más ingenioso en su afán de destrucción, y ese algo se hizo hombre, el inventor del potro, la hoguera, la horca y el electrocutor, el inventor de la espada y las armas de fuego, el inventor sobre todo de la justicia, el deber, el patriotismo y todos los demás ismos, por los que aun aquellos que tienen bastante talento para tener sentimientos generosos, se dejan persuadir á ser los más destructivos de todos los destructores.

D. Juan ¡Bah! Todo eso es anticuado. Vuestro flaco, diabólico amigo mío, consiste en que siempre habeis sido un inocente. Juzgais á los hombres por sus propias apreciaciones. Nada les lisonjearía más que vuestra opinión de ellos. Gustan de que se les tome por atrevidos y malos. No son ni lo uno ni lo otro, son únicamente cobardes. Llamadlos tiranos, asesinos, piratas, matones, y os adorarán y se vanagloriarán con tener en las venas sangre de los antiguos corsarios y conquistadores. Llamadlos embusteros y ladrones, y os citarán á juicio de conciliación. Pero llamadlos cobardes, y se volverán locos de rabia, arrostrarán la muerte por desvirtuar esta verdad punzante. Los hombres dan cualquier razón de su conducta excepto una, cualquier excusa por sus crímenes excepto una, cualquier prenda por su seguridad excepto una, y esa una es la cobardía. Y, á pesar de ello, toda su civilización está fundada sobre su cobardía, sobre su abyec-

ta mansedumbre, lo que llaman su respetabilidad. Un asno y una mula se dejan maltratar hasta cierto límite, pero los hombres toleran un grado de rebajamiento que inspira lástima á sus propios opresores y los induce á cejar.

Diablo Muy bien dicho. ¡Y esos son los seres en los cuales hay que descubrir lo que llamais la fuerza de la vida!

D. Juan Sí, porque ahora viene la parte más sorprendente del asunto.

Est. ¿Qué es?

D. Juan Pues que á cada uno de ellos se les puede hacer valientes metiéndoles una idea en la cabeza.

Est. Tontería. Como militar antiguo admito que existe la cobardía, que es tan universal como el mareo en los buques, y tiene la misma importancia. Pero aquello de meter una idea en la cabeza de un hombre es una insensatez supina. En una batalla lo que hace falta para que empiece la acción es un poco de sangre caliente y la convicción de que es más peligroso ser vencido que ganar la partida.

D. Juan Por eso es por lo que tal vez las batallas sean tan inútiles. Pero los hombres nunca se sobreponen al miedo si no pueden imaginarse que están peleando en pro de un fin universal, en fin, peleando por una idea, ó como ellos lo llamen. ¿Por qué el cruzado fué más valiente que el pirata? Porque peleaba, no por sí, sino por la cruz. ¿Qué fuerza fué la que hizo que encontrara un enemigo tan bravo como él mismo? Pues la fuerza de hombres que peleaban, no por sí mismos, sino por el Islam. Cogieron á nuestra España, por más que peleáramos por nuestros hogares y nuestros bienes más sagrados, pero en cambio, cuando nosotros los españoles peleamos por una idea poderosa, el catolicismo, los barrimos hacia Africa.

Diablo (Irónico.) Pero ¡cómo! ¿qué es eso? Vos sois católico, señor don Juan. Uno de los nuestros. En hora buena.

Est. (Seria.) Oid, oid, en eso de la iglesia, como

militar, no puedo tolerar que se digan impiedades.

D. Juan No temais, Comendador, esa idea de una iglesia católica sobrevivirá al Islam, sobrevivirá á la Cruz, sobrevivirá hasta á la mamarrachada de aquello que se llama «ejército.»

Est. Juan, me vas á obligar á desafiarte por esos conceptos.

D. Juan ¡Para qué! Soy mal esgrimidor. Toda idea por la que un hombre esté dispuesto á morir, tiene que ser una idea católica. Cuando al fin los españoles conozcan que no son mejores que los sarracenos y que su profeta no vale más que Mahoma, se levantarán, más católicos que nunca, y morirán en una barricada erigida en las umbrías calles donde el hambre y la miseria los acosan, por la universal igualdad y libertad.

Est. Insensateces.

D. Juan Lo que llamais insensateces es lo único por que los hombres se atreven á morir. Más adelante, la libertad no será bastante católica, los hombres morirán por la perfección humana, por la que sacrificarán con gusto su libertad.

Diablo ¡Oh! nunca les faltará á los hombres una excusa para matarse unos á otros.

D. Juan ¿Qué es eso? No es la muerte la que importa sino el miedo á la muerte. Lo que nos degrada no es matar y morir, sino un vivir envilecido y el aceptar los beneficios de la degradación. Mejor quiero diez hombres muertos que un esclavo ó su tirano. Los hombres se levantarán, el padre contra el hijo y el hermano contra el hermano, y se matarán uno á otro por la gran idea católica de la abolición de la esclavitud.

Diablo Sí, cuando la libertad y la igualdad de que tan hueco hablais hayan hecho emancipados á los blancos cristianos que hoy están más baratos que los negros paganos esclavos vendidos en subasta pública.

D. Juan No hay cuidado, también le llegará su turno al trabajador blanco. Pero ahora no estoy defendiendo las formas ilusorias que las gran-

des ideas toman. Os estoy citando ejemplos del hecho de que aquel ser que se llama hombre y que en sus propios personales asuntos es un cobarde de marca mayor, lucha como un héroe por una simple idea. Será abyecto como ciudadano, pero como fanático es peligroso. Solo puede ser esclavizado mientras sea bastante débil para oir razones. Os digo, caballeros, que si podeis enseñar á un hombre algo que él ahora llame obra de Dios á cumplir y que más adelante llamará de muy varios modos, podeis hacerle completamente indiferente en cuanto á las consecuencias que le hayan de tocar á él personalmente.

D.ª Ana Sí, declina todas las responsabilidades y deja que su mujer cargue con ellas.

Est. Muy bien dicho, hija mía. No te dejes atontar por todas sus palabras.

Diablo ¡Ay! Señor Comendador, ahora que hemos venido á parar en el tema de las mujeres, hablará más que nunca. Sin embargo, confieso que para mí es el único asunto de verdadero interés.

D. Juan Para con la mujer, señora, los deberes y responsabilidades del hombre se reducen á la obligación de procurar el pan de sus hijos. Para ella el hombre es solo el medio de lograr hijos y criarlos.

D.ª Ana ¿Es esta vuestra idea de la índole de la mujer? Yo lo llamo cínico y asqueroso materialismo.

D. Juan Perdonadme, Ana, no me refería á la índole total de la mujer. Me refería á su modo de mirar al hombre como de diferente sexo. No es más cínico que su modo de mirarse á sí misma como á madre antes que todo. Sexualmente, la mujer es una disposición de la naturaleza para perpetuar su obra más perfecta. Sexualmente el hombre es el instrumento de la mujer para cumplir del modo más barato el mandato de la naturaleza. Ella conoce por instinto que allá muy atrás en los comienzos de la evolución de los seres creados le inventó, le diferenció, le creó con objeto de producir algo mejor de

lo que puede producir el procedimiento unisexual. Mientras él cumple el propósito para el que ella le hizo, aprueba y ensalza sus ensueños, sus locuras, sus ideales, sus heroismos, con tal que todo ello culmine en la adoración de la mujer, de la maternidad, de la familia, del hogar. Pero ¡cuán arriesgado y peligroso fué para ella inventar á un ser especial cuya única función era su fecundación! Con ello ¿qué ha sucedido? En primer lugar, el hombre se ha multiplicado á costa de ella hasta haber tantos hombres como mujeres; de modo que ella ha venido á verse imposibilitada para emplear para sus propósitos más que una fracción de la inmensa energía que ella ha dejado á su disposición ahorrándole el trabajo abrumador de la gestación. Esa energía superflua ha ido á los sesos y los músculos de él. Se ha hecho demasiado fuerte para que ella físicamente le pueda dominar y demasiado imaginativo y mentalmente vigoroso para contentarse con la mera autorreproducción. El creó la civilización sin consultarla, adjudicándole el trabajo domestico como fundamento de la misma.

D.ª Ana — Eso es verdad, en todo caso.

Diablo — Bien, y después de todo, esa civilización ¿qué es?

D. Juan — Después de todo un excelente gancho del que podeis colgar vuestros cínicos lugares comunes. Pero, antes que todo, es un intento del hombre para llegar á ser algo más que el mero instrumento para los fines de la mujer. De ahí que el resultado del esfuerzo continuo de la vida para no solamente conservarse sino lograr una organización cada vez más perfecta y conciencia de sí misma más completa no es, cuando más, sino una campaña indecisa entre sus fuerzas y las de la muerte y la degeneración. Las batallas en esa campaña son meras mogigangas, casi siempre ganadas, como las verdaderas batallas militares, á pesar de los que mandan.

Est. — Eso va contra mí. No importa, sigue, sigue.

D. Juan Va contra un poder mucho más alto que vos, Comendador. De todos modos habreis notado en vuestra profesión que aun un general estúpido puede ganar batallas cuando el general enemigo es un poco más estúpido.

Est. (Muy seria.) Mucha verdad, don Juan, mucha verdad. Hay imbéciles que tienen una suerte pasmosa.

D. Juan Sí, la fuerza de la vida es estúpida, pero no es tan estúpida como las fuerzas de la muerte y la degeneración. Además ésta está siempre al sueldo de aquélla. Y así vence la vida en cierto modo. Lo que puede suministrar la sola abundancia de fecundidad y conservar la sola avaricia, lo poseemos. La supervivencia de cualquier forma de civilización que pueda producir el mejor fusil y el tirador mejor alimentado está asegurada.

Diablo ¡Exacto! La supervivencia no de los medios más eficaces de la vida sino de los medios más eficaces de la muerte. Siempre volveis á mi punto de vista, á pesar de vuestras agudezas, ambajes y sofismas, sin contar la intolerable extensión de vuestros parlamentos.

D. Juan ¡Vaya! ¿Quién empezó con los parlamentos largos? De todos modos, si es que canso vuestra inteligencia, podeis dejarnos y buscar la compañía del amor, la hermosura y lo demás de vuestros acostumbrados aburrimientos.

Diablo (Muy ofendido.) No sois justo, don Juan, ni cortés. Yo también me cuento entre los intelectuales. Nadie puede apreciar más que yo semejantes discusiones. Discuto lealmente con vos y, según me parece, os refuto completamente. Sigamos una hora más si gustais.

D. Juan Bueno, adelante.

Est. No veo la ventaja de empeñarse en dilucidar un tema particular, don Juan. Pero en fin, ya que estamos aqui para matar no solamente el tiempo sino la eternidad, prosigue.

D. Juan (Algo impaciente.) Mi punto de vista, sabedlo, viejo de cabeza marmórea, solo difiere en

un paso del vuestro. ¿Estamos conformes en que la vida es una fuerza que ha hecho innumerables experimentos para organizarse, que el mamut y el hombre, el ratón y el megaterio, las moscas y las pulgas y los padres de la iglesia son todos ensayos más ó menos felices para transformar esa fuerza bruta en individuos cada vez más perfectos, y que el individuo ideal es omnipotente, omnisciente, infalible y, al mismo tiempo, completamente, claramente consciente de sí mismo, en una palabra, un Dios?

Diablo Estoy conforme, para evitar discusiones.

D.ª Ana Pues yo protesto con toda energía por lo de los padres de la iglesia, y os ruego no meterlos en el argumento.

D. Juan Lo hice sin querer faltarles al respeto y no volveré á aludirles. Y ahora, ya que estamos conformes sobre un punto, no queréis también concederme que la vida no ha medido el éxito de sus aspiraciones á la divinidad por la hermosura ó la perfección física del resultado, puesto que por ambos conceptos los pájaros, como ha mucho tiempo apuntó nuestro amigo Aristófanes, nos son tan singularmente superiores con su facultad de volar y su lindo plumaje y, me permitiré añadir, con la poesía conmovedora de sus amores y anidamientos, que es inconcebible que la Vida, habiéndolos una vez producido y si el amor y la hermosura fuesen su objeto, se desviase por otro camino para crear al tosco elefante y al feo macaco cuyos nietos somos nosotros.

D.ª Ana Aristófanes fué un pagano, y vos, don Juan, me temo no seais mucho mejor.

Diablo ¿Deducís, pues, que la Vida deriva hacia la tosquedad y la fealdad?

D. Juan No, perverso demonio, mil veces no. La Vida deriva hacia el desarrollo de los sesos, su objeto favorito, un órgano por el que puede lograr no solamente conciencia de sí misma, sino también comprensión de sí misma.

Est. Eso es metafísica, don Juan. ¿Por qué ¡voto al diablo! había... (*Al diablo.*) Perdonad.

Diablo No hagais caso, siempre he considerado como homenaje el uso de mi nombre para robustecer el énfasis de una oración. Usadlo, pues, como gusteis, Comendador.

Est. Gracias, sois muy amable. Aun en el cielo nunca he podido quitarme de mi modo de hablar á lo militar. Lo qué iba á preguntar á don Juan era por qué la Vida había de esforzarse por lograr tener cerebro. ¿Por qué necesita comprenderse á sí misma? ¿Por qué no había de contentarse con gozar de sí misma?

D. Juan Sin cerebro, Comendador, gozareis sin saberlo, y será como si no.

Est. Verdad, mucha verdad. Pero me contento con el cerebro bastante para conocer que gozo. No necesito comprender el por qué. Al contrario, prefiero no comprender. Sé por experiencia que nuestros goces menguan cuando se reflexiona sobre ellos.

D. Juan Por eso el intelecto es tan impopular. Pero para la Vida, aquella fuerza que obra en el hombre, el intelecto es una necesidad, porque sin él va ciegamente hacia la muerte. Del mismo modo que la Vida, después de edades de lucha, produjo aquel maravilloso órgano que es el ojo para que el organismo viviente pudiese notar lo que se acercaba y lo que se alejaba para ayudarle ó amenazarle y así evitar mil peligros que antes le hacían perecer, así está formando hoy día un ojo intelectual que verá, no al mundo físico sino los propósitos de la Vida, y por eso capacita al individuo para obrar en pro de ese propósito en vez de burlarlo y frustrarlo con mezquinas miras personales como ha venido sucediendo hasta lo presente. Aún así y todo, solo una clase de hombres ha sido dichosa y universalmente respetada en medio de todos los conflictos de intereses, é ilusiones.

Est. Quereis decir los militares.

D. Juan No, Comendador, no quiero decir los militares. Cuando los militares se acercan, la gente entierra sus cucharas de plata y manda á las mujeres á otra parte. No, yo no ce-

lebro en mis cantos las armas y al héroe, sino al sabio. El es quien trata en sus contemplaciones de descubrir la voluntad íntima del mundo con sus inventos de descubrir los medios de cumplir aquella voluntad, y en sus actos cumplirla con los medios así descubiertos. De todas las demás clases de hombres me declaro harto. Son fracasados, fastidiosos. Cuando estaba en la tierra, hubo profesores de todas clases rondándome para descubrir en mí cualquier punto malsano donde hacer presa. Los doctores en medicina me instaron para que considerara lo que tenía que hacer para salvar mi cuerpo y me ofrecieron remedios contra enfermedades imaginarias. Les dije que no era hipocondríaco y me llamaron ignorante y se fueron. Los doctores en teología me instaron para que considerara lo que tenía que hacer para salvar mi alma, pero yo no era tampoco moralmente hipocondríaco y no quise hacerles caso. Me llamaron ateo y se fueron. Luego vinieron los políticos y me dijeron que había solo un alto fin en la naturaleza y era que ellos tuvieran asiento en el Parlamento. Les dije que me importaba un bledo ese fin, y me llamaron hombre sin convicciones y se fueron. Entonces vinieron los románticos, los artistas con sus cantos de amor, sus pinturas y sus poesías y me proporcionaron durante luengos años harto deleite y no poco provecho, porque debido á su trato cultivé mis sentidos. Sus cantos me enseñaron á oir mejor, sus pinturas á ver mejor, sus versos á sentir más hondo. Pero finalmente ello me condujo á adorar á las mujeres.

D.ª Ana ¡Juan!

D. Juan Sí, llegué á creer que encerraba su voz toda la música de los cantos, su cara toda la hermosura de los cuadros, su alma toda la emoción de las poesías.

D.ª Ana Y luego tuvísteis un desengaño, supongo. Pero, ¿qué culpa tienen ellas de que les atribuyérais tantas perfecciones?

D. Juan Alguna tienen. Porque con listeza maravi-

llosamente instintiva guardaron silencio y se dejaron glorificar y que confundiese mis propias visiones, mis pensamientos y mis sentimientos con los suyos Mis amigos, los románticos, con frecuencia eran demasiado pobres ó tímidos para arrimarse á las mujeres que eran bastante hermosas ó bastante coquetas para hacerles creer que realizaban su ideal, y así se fueron á la tumba creyendo en sus ensueños. Pero á mí me favorecieron más la naturaleza y las circunstancias. Fuí rico y de noble nacimiento, y cuando no gustaba mi persona, lisonjeaba mi plática, aunque, en general, creo que ambas eran bastante agradables.

Est. ¡Fatuo!

D. Juan Bien, pero aún mi fatuidad gustaba. Y es el caso que noté que cuando sólo hería la imaginación de una mujer, ella me dejaba convencerme á mí mismo de que me amaba, pero cuando había accedido á mis deseos, nunca decía: «Soy dichosa, mi amor está satisfecho», sino siempre decía primero: «Por fin cayeron las barreras», y luego: «¿Cuándo volverás?»

D.ª Ana Pues es exactamente lo que dicen también los hombres.

D. Juan Protesto, que yo nunca dije semejante cosa. Pero todas las mujeres hablan así. Pues bien, aquellas dos frases siempre me alarmaron, porque la primera parecía indicar que el impulso de la señora había sido sólo para derribar mis fortificaciones y tomar mi ciudadela, y la segunda anunciaba abiertamente que en adelante me consideraba como cosa suya, y, desde luego, que todo mi tiempo estaba á su disposición.

Diablo Parece mentira que tengais tan poco corazón.

Est. (Meneando la cabeza.) Está mal, don Juan, repetir lo que te dijera una mujer.

D.ª Ana (Severa.) Debiera ser cosa sagrada para vos.

Est. Claro que así hablan. Lo de las barreras nunca me ha importado, pero siempre choca algo, cuando no se está enamorado con exceso.

D. Juan Luego la señora, antes dichosa y desocupada, se volvía anhelosa, preocupada por mí, siempre intrigando, conspirando, persiguiendo, vigilando, esperando, con todas las energías en tensión para coger su presa... siendo yo la presa, claro está. Pero eso para mí no era lo tratado. Tal vez fuera muy propio y muy natural, pero no era música y pintura y poesía y alegría encarnadas en una hermosa mujer. Huí, y huí muchas veces. Tanto es así, que por mis huídas de las mujeres adquirí fama.

D.ª Ana Mala fama, querréis decir.

D. Juan De vos no hui ¿Me censurais por haber huído de otras?

D.ª Ana Tontería, hombre. Estais hablando con una mujer de setenta y siete años. Si hubiéseis tenido la probabilidad, hubiéseis huído también de mí... de haberos dejado yo. Conmigo no hubiese sido tan fácil como con algunas de las otras. Cuando los hombres no quieren ser fieles á su hogar y sus deberes, hay que obligarlos. Me atreveré á decir que todos anhelais casaros con bellas encarnaciones de la música, la pintura y la poesía. Pero no es posible, porque no existen. Si no os contentais con carne y sangre, os debéis pasar sin ellas, y no hay más. Las mujeres tenemos que contentarnos con maridos de carne y sangre, y á veces con bastante poco de ellas, de modo que vosotros tenéis que contentaros con esposas de la misma índole. (El Diablo parece dudar, la Estatua pone una cara mustia.) Veo que á nadie le gusta lo que digo, pero es la verdad. Si no os agrada, dejémoslo.

D. Juan Señora, habéis expresado en pocas frases todo mi antagonismo á lo romántico. Es precisamente por eso, porque les volví la espalda á los hombres románticos con temperamento de artistas, como llamaban sus fatuidades. Les era agradecido por haberme enseñado á usar mis ojos y mis oídos, pero les dije que su adoración de la hermosura y su caza de la felicidad y su idealización de la mujer no valían ni un maravedí como

filosofía de la vida. Me llamaron burgués prosaico y se fueron.

D.ª Ana Parece que las mujeres os enseñaron algo, no obstante, con todos sus defectos.

D. Juan Hicieron más, interpretaron para mí todas las demás enseñanzas. ¡Oh, amigos míos, cuando las barreras cayeron por primera vez! ¡Qué revelación más portentosa! Esperé yo locura, embriaguez, todas las ilusiones del primer ensueño de amor, y he aquí que nunca mi percepción fuera más clara ni mi juicio más implacable. Ni la más celosa rival de mis queridas hubiera podido ver en ella sus defectos con más exactitud que yo. No estuve engañado: la había tomado sin cloroformo.

D.ª Ana Pero la tomásteis.

D. Juan Esa fué la revelación. Hasta aquel momento nunca había yo perdido la sensación de ser mi propio dueño, nunca había conscientemente dado un sólo paso sin que mi razón lo examinara y lo probara. Había llegado á creer que era un ser puramente racional, un pensador. Decía, con aquel filósofo necio: «Pienso, por consiguiente, existo». Fué la mujer la que me enseñó á decir: «Existo, por consiguiente, pienso». Y también: «Quisiera pensar más, por consiguiente, debo ser más».

Est. Eso es extremadamente abstracto y metafísico, don Juan. Si te atuvieras á lo concreto y pusieras tus experiencias en forma de anécdotas entretenidas, tu conversación sería más grata de escuchar.

D. Juan ¡Bah! ¿Qué tengo que decir más? ¿No comprendéis que cuando me hallé cara á cara con la mujer, cada fibra de mi claro cerebro me advirtió que debía yo ahorrarle á ella un sacrificio y ponerme á mí en salvo? Mi sentido moral decía: no. Mi conciencia decía: no. Mi caballerosidad y mi compasión decían: no. Mi prudencia y consideranción á mí mismo decían: no. Mi oído refinado por miles de cantos y sinfonías, mis ojos educados por miles de pinturas desgarraron en pedazos y analizaron su voz, su tez, su figu-

ra. Recogí todas las traidoras semejanzas que había en ella con su padre y su madre, por las que conocí el aspecto que tendría dentro de treinta años. Vislumbré el fulgor del oro de una muela cariada en la riente boca. Hice observaciones curiosas acerca de los olores extraños de la química de los nervios. Las visiones de mis ensueños románticos, en las que había poblado los campos del cielo con mujeres de coral y marfil, eternamente jóvenes, me abandonaron en aquel supremo instante. Recordé aquellas visiones y luché desesperadamente para recobrar su ilusión embriagadora, pero entonces me parecieron ser las más vacías de las invenciones. Mi juicio no se dejaba engañar, mi cerebro á cada nuevo intento seguía diciendo: no. Y cuando estaba á punto de presentar mis excusas á la dama, la vida me agarró y me lanzó en sus brazos como un navegante tira un anzuelo al pico de un ave marina.

Est. Podías haber vivido sin tanto cavilar sobre la vida, don Juan. Eres como todos los hombres de talento, tienes más sesos de lo que te conviene.

Diablo ¿Y no sois más dichoso después de tales experiencias, señor don Juan?

D. Juan Más dichoso, no; más sabio, sí. Aquel momento me presentó por primera vez á mí mismo y por mí mismo al mundo. Vi entonces cuán inútil es querer imponer condiciones á la irresistible fuerza de la vida, predicar prudencia, selección cuidadosa, virtud, honor, castidad...

D.ª Ana Don Juan, una palabra contra la castidad es un insulto á mí.

D. Juan No digo nada contra vuestra castidad, señora, ya que adquirió la forma de un esposo y doce hijos. ¿Qué más podíais hacer de haber sido la mujer más perdida?

D.ª Ana Podía haber tenido doce esposos y ningún hijo. Esto podía haber yo hecho, don Juan. Y esto no hubiese hecho floja diferencia para la tierra cuyos pobladores aumenté.

Est. ¡Bravo, Ana! Don Juan, te han aplastado, aniquilado.

D. Juan No; porque aunque aquella diferencia es la verdadera—doña Ana, lo confieso, ha dado en el clavo—con respecto al amor ó á la castidad y aun á la fidelidad, no es diferencia; porque doce hijos de doce esposos diferentes hubieran aumentado en la misma proporción el número de los habitantes de la tierra. Suponed que mi amigo Octavio hubiese muerto cuando teníais treinta años, no os hubiéseis quedado viuda, érais demasiado hermosa. Suponed que el sucesor de Octavio hubiese muerto cuando teníais cuarenta años, todavía érais irresistible, y ya se sabe, una mujer que se casa dos veces, se casa tres si llega á estar libre para ello. Doce hijos legítimos nacidos de una señora altamente respetable y tres padres diferentes no es cosa imposible ni condenada por la opinión pública. No hay duda de que una señora en tales condiciones cumple más con la ley que la pobre muchacha á la que solemos arrojar al arroyo por haber dado á luz un hijo ilegítimo; pero, ¿os atreveréis á afirmar que ésta es menos digna de indulgencia?

D.ª Ana Es menos virtuosa; esto á mí me basta.

D. Juan En ese caso, la virtud no es más que el sindicalismo de los casados. Miremos las cosas de frente, querida Ana. La fuerza de la vida respeta el matrimonio sólo porque éste es una de sus instituciones para asegurar el mayor número posible de hijos y el mejor cuidado de los mismos. Pero del honor, la castidad y el resto de vuestras ficciones morales no se cuida un ápice. El matrimonio es la más licenciosa de las instituciones humanas...

D.ª Ana ¡Don Juan!

Est. (Protestando.) ¡Realmente!...

D. Juan (Resuelto.) Digo que la más licenciosa de las instituciones humanas; ese es el secreto de su popularidad. Y una mujer buscando marido es la más desahogada de las fieras. La confusión del matrimonio con la moralidad ha hecho más para destruir la conciencia de la raza humana que ningún otro error. Va-

mos, Ana, no aparenteis indignación, que vos mejor que ninguno de nosotros sabéis que el matrimonio es una trampa para hombres cebada con fingidas promesas é ilusorias idealizaciones. Cuando vuestra santa madre, por medio de regaños y castigos, hubo logrado que supiérais tocar media docena de piezas en el clavicordio—al que odiaba tanto como vos misma—¿tenía otro propósito que hacer creer á vuestros cortejos que vuestro esposo tendría en su casa un ángel que la llenaría de melodía ó por lo menos tocaría algo para dormir después de la comida? Os casásteis con mi amigo Octavio, pues decidme: ¿abrísteis una vez siquiera el clavicordio desde el momento en que la iglesia os unió para siempre?

D.ª Ana Sois un necio, don Juan. Una joven casada tiene otras cosas que hacer que estar sentada al clavicordio en un asiento sin respaldo; de ahí que pierde la costumbre de tocar.

D. Juan Pero no si gusta de la música. Nada, creedme; que sólo tira el cebo cuando el pájaro está en el garlito.

D.ª Ana (Con amargura.) Y el hombre, claro está, nunca tira la careta cuando su pájaro está en la red. El esposo nunca se vuelve negligente, egoísta, brutal... ¡Oh, nunca!

D. Juan ¿Qué prueban esas recriminaciones, Ana? Pues sólo que el héroe es tan impostor como la heroína.

D.ª Ana Todo eso son tonterías. La mayor parte de los matrimonios son perfectamente dichosos...

D. Juan Perfectamente es una expresión algo fuerte, Ana. Queréis decir que las personas sensatas tratan de arreglarse unas con otras lo mejor posible. Que me manden á las galeras y me encadenen junto al felón cuyo número sea el más próximo al mío y tendré que aceptar lo inevitable y mostrarme buen compañero. Muchos compañerismos de esos, dicen, son verdaderamente conmovedores de afectuosos, y la mayor parte de ellos son por lo menos soportables. Todo ello no hace que una cadena de hierro sea

un adorno apetecible, ni que las galeras sean asiento de todos los deleites. Los que más hablan de las dichas del matrimonio y de lo intangible de su consistencia son precisamente los que declaran que si la cadena fuese rota y á los prisioneros se les dejase la elección, toda la fábrica social volaría y se haría trizas. Pues no pueden ser las dos cosas. Si el prisionero es dichoso, ¿por qué encadenarle? Si no lo es, ¿por qué decir que no lo es?

D.ª Ana Sea lo que quiera, dejadme que vuelva á mi punto de vista de vieja y que le diga lisa y llanamente que el matrimonio puebla el mundo y el libertinaje no.

D. Juan Y si llega un tiempo en que eso deje de ser verdad, ¿qué diréis? ¿No sabéis que en donde hay una voluntad hay medios, que todo lo que un hombre verdaderamente desea lo logra porque descubre un medio para lograrlo? Pues bien; habéis hecho todo lo posible, virtuosas señoras y otras que piensan como vos, por encauzar el sentir del hombre enteramente hacia los amores honestos como hacia el bien más alto y por entender por amor honesto poesía y hermosura y felicidad en la posesión de mujeres hermosas, refinadas, delicadas y cariñosas. Habéis enseñado á las mujeres á valuar por encima de todo su propia juventud, salud, belleza y refinamiento. Pues bien, ¿dónde me dejais los críos chillones y los cuidados de la casa en ese exquisito paraíso de los sentidos y las emociones? ¿No tiene que llegar inevitablemente el momento en que la voluntad humana diga á la inteligencia: invéntame un medio por el que pueda tener amor, hermosura, poesía, emoción, pasión, sin sus míseras penalidades, sus gastos, sus aburrimientos, sus enfermedades y agonías y riesgos de la vida, su acompañamiento de sirvientes y amas y médicos y maestros de escuela?

Diablo Todo eso, don Juan, está realizado en mi reino.

D. Juan Sí, á costa de la muerte. El hombre no lo

quiere á ese precio, ansía los delitos poéticos de vuestro infierno mientras esté todavía en el mundo. Pues se encontrará el medio de satisfacerle, el cerebro no fallará cuando la voluntad es firme. Llegará el día en que las grandes naciones vean menguar sus efectivos demográficos de censo en censo, en que los hoteles de seis habitaciones valgan más que los palacios señoriales, en en que el pobre, inconscientemente vicioso, así como el rico, estúpidamente piadoso, retrasen la extinción de la raza solo con disminuirla; mientras los animosamente precavidos, los ahorradores, egoístas y ambiciosos, los imaginativos y poéticos, los amantes del dinero y del verdadero bienestar opongan todos á la fuerza de la vida el lema de la esterilidad.

Est. Todo eso es muy elocuente, joven amigo. Pero si hubieras vivido hasta la edad de Ana ó siquiera la mía, habrías podido observar que las personas que se libran del miedo á la pobreza y á los hijos, y de las demás molestias de la mucha familia, y se dedican á disfrutar de sus ventajas, no logran sino que les entre el miedo á la vejez, la fealdad, la impotencia y la muerte. El obrero sin hijos es más atormentado por la ociosidad de su mujer y su constante afán de divertirse y distraerse que lo fuera teniendo veinte hijos, y su mujer está más fastidiada que él. Yo he tenido mi parte de vanidad, porque de joven fuí admirado por las mujeres, y como estatua ahora soy celebrado por los críticos de arte. Pero confieso que si no hubiese encontrado en el mundo qué hacer más que nadar en esos deleites me hubiese cortado el pescuezo. Cuando me casé con la madre de Ana—para decir exactamente la verdad, debiera más bien decir, cuando por fin cedí y permití á la madre de Ana que se casara conmigo—bien sabia yo que estaba hincando espinas en mi lecho, y que el matrimonio para mí, como oficial joven y arrogante hasta entonces jamás vencido, significaba derrota y apresamiento.

D.ª Ana ¡Padre!

Est. Siento mucho disgustarte, querida, pero ya que don Juan habla con tanta despreocupación, también yo quiero decir la verdad lisa y llanamente.

D.ª Ana ¡Hum! Supongo que yo fuí una de las espinas.

Est. Nada de eso, tú fuiste más bien una rosa. ¿No ves que las molestias que causabas eran para tu madre?

D. Juan Entonces permitid que os pregunte, Comendador, por qué habéis dejado el cielo para venir aqui y nadar, como dijísteis, en beatitudes sentimentales que, según confesásteis, os hubiesen en un tiempo llevado á cortaros el pescuezo.

Est. (Quedando parado) ¡Vive Dios! que es verdad.

Diablo (Alarmado.) ¡Cómo! ¿Os volvéis atrás de vuestra palabra? (A don Juan.) Y todo vuestro filosofar no ha sido más que un engaño para hacer prosélitos. (A la Estatua.) ¿Habéis olvidado ya el horrible aburrimiento contra el que os ofrecí un refugio. (A don Juan.) Y vuestra demostración de la cercana esterilidad y extinción del género humano, ¿puede conducir á algo mejor que sacar la mayor ventaja posible de aquellos placeres del arte y el amor que, como vos mismo confesásteis, os refinaron, os elevaron, os perfeccionaron?

D. Juan Yo nunca demostré la extinción del género humano. La vida no puede querer su propia extinción, ni en su ciego estado amorfo, ni en ninguna de las formas en las que se ha organizado. No había yo concluído cuando el señor Comendador me interrumpió.

Est. Empiezo á dudar que alguna vez concluyas, amigo mío. Eres extremadamente aficionado á oirte hablar.

D. Juan Es verdad, pero ya que habéis aguantado tanto, aguantaréis también hasta el fin. Mucho antes de que aquella esterilidad á que aludí venga á ser más que una posibilidad claramente prevista, empezará la reacción. El gran propósito central de educar la raza, sí, educarla para alturas por ahora

reputadas como sobrehumanas; aquel propósito ahora envuelto en una mefítica nube de amor, y poesía, y gazmoñería, y fastidio estallará con resplandores de sol como un propósito que no podrá ya confundirse con la satisfacción de caprichos personales, la imposible realización de los ensueños de felicidad de muchachos y muchachas ó la necesidad de la gente vieja de tener compañía ó dinero. Ya no se abreviarán, ni se medio suprimirán, como poco decentes, los casamientos por sorpresa que celebran nuestras iglesias nacionales. La sobria decencia, seriedad y autoridad de su declaración del fin verdadero del matrimonio será respetada y aceptada, mientras sus románticas promesas de fidelidad y unión hasta la muerte, y, etcétera, serán eliminadas como frivolidades insufribles. Hacedle á mi sexo la justicia, señora, que siempre los hombres hemos reconocido que las relaciones sexuales no son ni personales ni amistosas un tanto así.

D.ª Ana ¡Ni personales ni amistosas! ¿Qué relaciones son más personales, más sagradas, más santas?

D. Juan Sagradas y santas, si queréis, Ana, pero no personalmente amistosas. Vuestras relaciones con Dios son sagradas y santas, pero no os atreveréis á decir que son personalmente amistosas. En las relaciones sexuales la energía creadora universal, de la que el hombre y la mujer son agentes sin posibilidad de resistir, aplasta y barre todas las consideraciones personales y dispensa de todas las relaciones personales. Los dos podrán ser completamente extraños uno a otro, hablar diferentes idiomas, ser de raza y color diferentes, no tener la misma edad ni las mismas disposiciones intelectuales ó sentimentales, sin más lazo entre ellos que una posibilidad de aquella fecundidad por cuya causa la fuerza vital precipita al uno en los brazos del otro al cambiar la primera mirada. ¿No reconocemos eso al permitir que unos casamientos se hagan por los pa-

dres sin consultar á los contrayentes? ¿No habéis muchas veces expresado vuestras repugnancia á la inmoralidad de la nación inglesa, en la que los hombres y las mujeres de noble estirpe se conocen y cortejan cual campesinos? ¿Y cuánto sabe aún el campesino de su novia ó ella de él antes de tomarse los dichos? Porque es cierto, no lo neguéis, que no tomaríais de abogado ó de médico á un hombre tan superficialmente conocido de vos como el de quien os enamoraríais y con el que os casaríais.

D.ª Ana Sí, Juan, conocemos la filosofía del libertino. No habláis de las consecuencias para la mujer.

D. Juan Las consecuencias, ¡ah! sí. Justifican la fiereza con que trata de agarrar al hombre. Pero supongo que no llamaréis sentimental á aquel apego. Lo mismo podríais llamar el apego del policía á su preso relaciones amorosas.

D.ª Ana Ya veis que tenéis que confesar que el matrimonio es necesario, á pesar de que, según vos, el amor es la más frágil de todas las relaciones.

D. Juan Decid más bien que es la más augusta de todas las relaciones, demasiado augusta para ser un asunto personal. ¿Podría vuestro padre haber servido á su país si se hubiese negado á matar á todo enemigo de España, al que no odiara personalmente? ¿Puede una mujer servir á su país si se niega á casarse con todo hombre, al que no ame personalmente? Sabéis que no es así; la mujer de noble abolengo se casa como el hombre de noble abolengo pelea por motivos políticos y familiares, no por motivos personales.

Est. (Impresionada.) Es un punto de vista realmente notable, Juan; tengo que reflexionar sobre ello. Estás lleno de ideas. ¿Cómo se te ha ocurrido ésta?

D. Juan La experiencia me lo ha enseñado. Cuando estaba en la tierra y hacía á las damas aquellas propuestas que, aunque generalmente reprobadas, han hecho de mí un hé-

roe de leyenda tan interesante, me encontraba no pocas veces con lo siguiente: La dama solía decir que correspondería á mis intenciones siempre que éstas fuesen honestas. Al preguntar yo qué significaba esa reserva, me contestaba que significaba que debía yo proponer tomar posesión de su hacienda si la tenía, ó comprometerme á mantenerla toda la vida si no la tenía; que yo deseaba su compañía continua, sus consejos y pláticas hasta el fin de mis días, que me obligaba por contrato legal á estar siempre embelesado con los tales consejos y pláticas, y, encima de todo, á volver la espalda para siempre á todas las demas mujeres por causa de ella. No hacía objeciones á esas condiciones por exorbitantes é inhumanas, pues era su extraordinaria impertinencia la que me dejaba mudo. Yo invariablemente contestaba con entera franqueza que ni en sueños había pensado en cosas por el estilo; que a menos que el carácter y el intelecto de la dama fuesen iguales ó superiores á los míos, sus pláticas tenían que rebajarme y sus consejos inducirme en error, que su continua compañía á la larga se me haría insufriblemente tediosa, que no podía yo responder de mis sentimientos ni con anticipación de una semana, y menos para hasta el fin de mi vida, que el quitarme de todas las relaciones naturales y no viturables con el resto de mis semejantes, si me sometía á ello, me cohibiría y me pondría huraño, y, de no someterme, me llevaría á ocultaciones, y que, finalmente, mis propuestas á ella no tenían relación alguna con todos aquellos asuntos, y eran sencillamente el resultado de mis impulsos viriles en presencia de sus encantos femeninos.

D.ª Ana Quiere decir que eran impulsos inmorales.

D. Juan La naturaleza, señor, es la que llamáis inmoral. Me sonroja, pero no puedo remediarlo. La naturaleza es una celestina, el tiempo un ladrón de playa, la muerte una asesina. Siempre he preferido arrostrar francamente estos hechos y atemperar á ellos mi conduc-

ta. Vos preferís buscar la benevolencia de aquellos tres demonios con proclamar su castidad, su dadivosidad y cariñoso trato, y basar vuestro principio sobre esas lisonjas. ¿Es extraño que los principios no obren suavemente?

Est. ¿Qué solían decir las señoras, Juan?

D. Juan Vaya confianza por por confianza. Decidme antes lo que vos solíais decir á las señoras.

Est. ¡Yo! Pues juraba que sería fiel hasta la muerte, que me moriría si no me escuchaban, que ninguna mujer podría ser para mí lo que era ella...

D.ª Ana ¡Ella! ¿Quién?

Est. La que fuera, querida. Ciertas cosas las decía á todas. Una de ellas era que, aunque tuviese yo ochenta años, una cana de la mujer que yo amaba me haría temblar más que toda la trenza dorada de una joven hermosa. Otra era que no podría soportar la idea de que otra fuera la madre de mis hijos.

D. Juan (Indignado.) ¡Viejo bellaco!

Est. (Enérgica.) Nada de eso, porque yo realmente en aquellos momentos creía decir verdad con toda mi alma. Yo tenía corazón, no era como tú. Y fué esa sinceridad la que me proporcionó tantos éxitos

D. Juan ¡Sinceridad! ¡Creer una mentira garrafal, que salta á la vista, lo llamáis sinceridad! ¡Ser tan ansioso por una mujer que os engañáis á vos mismo en vuestro afán de engañarla, lo llamáis sinceridad!

Est. Malditas sean tus sofisterías. Yo fuí un hombre enamorado y no un leguleyo. Y por eso me amaron las mujeres. Bendita sean.

D. Juan Os hicieron creer así. ¿Qué direis si os digo que, á pesar de haber argumentado yo con tanta insensibilidad, me lo hicieron creer también á mí? Yo también tuve mis momentos de fatuidad, en los que decía tonterías y me las creía. Algunas veces el deseo de dar gusto, diciendo cosas bonitas, con tanta fuerza, se apoderaba de mí en medio de la emoción que las decía sin darme cuenta. Otras veces arguía contra mí mismo con

diabólica frialdad que sacaba lágrimas. Pero lo mismo en un caso como en otro me era difícil zafarme. Si el instinto de la señora se había fijado en mí, era forzoso escoger entre la esclavitud á perpetuidad y la fuga.

D.ª Ana ¿Os atrevéis á blasonar, delante de mí y mi padre, de que las mujeres no podían resistiros?

D. Juan ¿Estoy yo blasonando? A mí me parece que he pintado la más triste pintura. Además he dicho «cuando el instinto de la señora se había fijado en mí». No siempre sucedía así, y entonces, vive Dios, ¡qué arranques de virtuosa indignación! ¡Qué arrebatadora resistencia al cobarde seductor! ¡Qué escenas de Imógeno y Jaquimo!

D.ª Ana Yo no hice escenas. Sólo llamé á mi padre.

D. Juan Y acudió, espada en mano, á vindicar el honor ultrajado y la moralidad hollada asesinándome.

Est. ¡Asesinándote! ¿Qué quieres decir? ¿Te maté yo ó me mataste tú?

D. Juan ¿Cuál de los dos fué el mejor esgrimidor?

Est. Yo.

D. Juan Claro que vos. Y, sin embargo, vos, el héroe de aquellas escandalosas aventuras que acabáis de relatarnos, tuvísteis la poca vergüenza de hacer el papel del vengador de la moral ultrajada y de condenarme á muerte. Me hubiérais acuchillado si no es por una casualidad.

Est. No podía hacer otra cosa, Juan. Es así como se arreglan esos asuntos en la tierra. Yo nunca he sido un reformador social y siempre hice lo que era costumbre en los caballeros hacer.

D. Juan Esto podrá explicar vuestra acometida de que me hicísteis víctima, pero no la indigna hipocresía de vuestro ulterior comportamiento como Estatua.

Est. La culpa de eso lo tiene mi admisión en el cielo.

Diablo Yo todavía no veo, señor don Juan, que esos episodios en vuestra carrera terrenal y la del señor Comendador, en modo alguno

desacrediten mi modo de considerar la vida. Aquí, lo repito, tenéis todo lo que apetecéis sin nada que os rep..gue.

D. Juan Al contrario, aquí tengo todo lo que me desilusionó y nada que no haya ya probado y encontrado deficiente. Os aseguro que mientras pueda concebir algo que valga más que yo no puedo descansar hasta verme bregar por darle existencia ó al menos allanarle el camino. Esta es la ley de mi vida. Esta es la operación, dentro de mí, del anhelo incesante de la vida por una organización más alta, una consciencia de sí misma, más amplia, más honda, más intensa, y una comprensión de sí misma más clara. Fué la supremacía de ese propósito la que para mí redujo el amor al mero placer de un momento, el arte á la mera educación de mis facultades sensorias, la religión á una mera excusa para la pereza, puesto que nos habla de un Dios que miró el universo y lo encontró bueno, contra el instinto en mí que miro con mis ojos el mundo y veo que podría ser mejorado. Os aseguro que nunca, en mis afanes por los placeres, el bienestar y la riqueza, conocí la dicha. No fué jamás el amor á la mujer el que me entregó en sus manos, sino el cansancio, el agotamiento. De chico un día me hice una herida en la cabeza dando con ella contra una piedra y corrí á esconderme en las faldas de la mujer más próxima, llorando hasta tranquilizarme. Al ser mayor, cuando me hirieron el alma las brutalidades y estupideces con las que tuve que luchar hice de nuevo lo mismo que había hecho de chico. He disfrutado también mis momentos de descanso, de reconvalecencia, de respiro, de postración despues de la brega, pero antes quisiera ser arrastrado al través de todos los círculos del infierno de aquel necio italiano, que por los de todos los placeres de Europa. Es lo que me hace tan odioso este lugar de eterno placer. Es la ausencia de aquel instinto en vos que os convierte en el monstruo extraño al que llamamos diablo. Por el éxito

conque habéis desviado la atención de los hombres desde su verdadero objeto el que poco más ó menos es el mismo que el mío, hacia el vuestro, os habéis granjeado el nombre de El Tentador. Y el hecho de que están haciendo vuestra voluntad ó más bien que obran sin voluntad por vuestro influjo, en vez de hacer la suya los convierte en los seres desconsoladores, falsos, intranquilos, artificiosos, petulantes, míseros que son.

Diablo (Mortificado.) Señor don Juan, sois poco cortés con mis amigos.

D. Juan ¡Bah! ¿Por qué había yo de ser cortés con ellos ó con vos? En este palacio de las mentiras una ó dos verdades no os dañarán. Vuestros amigos todos me son sumamente antipáticos. No son hermosos, sino que están adornados; no son limpios, sino que están afeitados y almidonados; no son dignos, sino que están vestidos á la moda; no son doctos, sino que sólo han salido aprobados en los exámenes; no son religiosos, sino frecuentadores de iglesias; no son morales, sino observadores de las convenciones; no son virtuosos, sino cobardes; no son ni siquiera viciosos, son sólo «frágiles»; no son artísticos, sino sólo lascivos; no son prósperos, sino sólo ricos; no son leales, sino serviles; no son cumplidores de sus deberes, sino imbéciles rutinarios; no se interesan por la cosa pública, sino que son patrióticos, no son valientes, sino reñidores; no son resueltos, sino tercos; no son altivos, sino dominantes; no tienen imperio sobre sí mismos, sino que son obtusos; no tienen respeto á sí mismos, sino que son fátuos; no son cariñosos, sino sentimentales; no son sociables, sino aficionados á las reuniones; no son atentos, sino políticos; no son inteligentes, sino envanecidos; no son progresivos, sino facciosos; no son imaginativos, sino supersticiosos; no son justos, sino vengativos; no son generosos, sino conciliadores; no están disciplinados, sino intimidados; y no son nada verídicos, sino todos embusteros y mentirosos hasta dejarlo de sobra.

Est Don Juan, el torrente de tus palabras es abrumador. ¡Ojalá pudiese yo haber hablado así á mis soldados!

Diablo Sin embargo, es mera habladuría. Todo ya se ha dicho antes; pero ¿qué cambio ha podido producir? ¿Qué caso ha hecho el mundo de ello?

D. Juan Sí, es mera habladuría; pero ¿por qué lo es? Porque, amigo mío, la hermosura, la pureza, la honradez, la religión, la moralidad, el arte, el patriotismo, la valentía y lo demás no son sino palabras que yo ó cualquier otro puede volver del revés como un guante. Si fuesen realidades tendríais que emitir un fallo condenatorio después de oir mi acusación, pero afortunadamente para vuestra presunción, mi diabólico amigo, no son realidades. Como decís, son meras palabras, buenas para engañar á pueblos bárbaros y hacerles adoptar la civilización, ó á los indigentes civilizados para que se dejen robar y esclavizar. Este es el secreto de familia de la casta gobernante, y si nosotros, que pertenecemos á esta casta, trabajáramos porque el mundo tuviese mayor vida en vez de trabajar por aumentar nuestro poder y nuestro lujo, ese secreto nos haría grandes. Ahora bien, como yo, siendo noble, estoy también en el secreto, imaginaos cuan tediosa debe de ser para mí vuestra eterna charla acerca de todas aquellas ficciones moralistas, y cuan tristemente necio el sacrificio de vuestras vidas por ellas. Si siquiera creyéseis en vuestro juego moral lo bastante para juzgarlo honradamente, sería interesante observarlo, pero no es así, hacéis trampas á cada paso, y si vuestro contrario os aventaja en ello, volcáis la mesa y tratáis de matarle.

Diablo En la tierra puede que haya algo de verdad en eso porque la gente está mal educada y no sabe apreciar mi religión de amor y hermosura, pero aquí...

D. Juan Sí, si, ya sé. Aquí no hay más que amor y hermosura. ¡Uf! es como estar viendo durante toda una eternidad el primer acto de una comedia de moda, antes de que empiecen

las complicaciones. Nunca, ni en mis peores momentos de terror supersticioso en la tierra, soñé que el infierno fuese tan horrible. Vivo como un peluquero, en continua contemplación de la belleza, acariciando trenzas sedosas. Respiro una atmósfera de dulzura, cual mancebo de confitería. Comendador, ¿hay algunas mujeres guapas en el cielo?

Est. Ninguna, absolutamente ninguna. Todas son unas feotonas. No se encuentra ni por dos maravedises de joyas entre una docena de ellas. Parecen hombres cincuentones.

D. Juan Entonces tengo impaciencia por ir. ¿Se menciona allí alguna vez la palabra hermosura, y hay allí personas artísticas?

Est. Os doy mi palabra que ni admirarían una hermosa estatua aunque se paseara entre ellos.

D. Juan Voy.

Diablo Don Juan, ¿queréis que sea franco con vos?

D. Juan ¿No lo fuísteis ahora?

Díablo Hasta cierto punto, sí. Pero ahora voy á serlo aún más y confesaros que los hombres se cansan de todo, del cielo lo mismo que del infierno, y que toda la historia universal no es más que el registro de las oscilaciones del mundo entre esos dos extremos. Una época es sólo una oscilación del péndulo, y cada generación cree que el mundo está progresando porque está moviéndose continuamente. Pero cuando tengáis mis años, cuando mil veces os hayáis cansado del cielo, como yo y el Comendador, y mil veces del infierno, como á vos sucede ahora, dejaréis de figuraros que cada oscilación del cielo al infierno sea una emancipación, cada oscilación del infierno al cielo una evolución. En donde ahora veis reformas, progreso, tendencias beneficiosas, continua ascensión del género humano, por los escalones formados por sus propios cadáveres, hacia cosas más altas, no veréis más que una infinita comedia de ilusión. Descubriréis la profunda verdad del dicho de mi amigo Koheleth de que no hay nada nuevo bajo el sol. *Vanitas vanitatum...*

D. Juan (Perdiendo toda paciencia.) ¡Vive Dios, que esto es aun peor que vuestras disquisiciones sobre el amor y la hermosura! Sois un necio que quiere ser listo, pero decidme, ¿no es un hombre mejor que un gusano, ó un perro mejor que un lobo, porque se cansa de todo? ¿Debe dejar de comer porque se quita el apetito con el acto de satisfacerlo? ¿Es esteril un campo por ser erial? ¿Puede el Comendador gastar su infernal energía aquí sin acumular energía celestial para su próxima estancia en la gloria? Concedamos que la gran fuerza vital haya inventado la combinación del péndulo y emplee la tierra como disco; que la historia de cada oscilación que nos parece tan nueva á nostros los actuantes no sea sino la historia de la última oscilación repetida; más aún, que en la inconcebible infinidad del tiempo el sol despide á la tierra y la vuelve á coger mil veces cual un artista de circo lanza una pelota y que la totalidad de todas nuestras épocas no sea sino el momento entre el bote y el rebote, ¿no tiene un objeto ese colosal mecanismo?

Diablo Ninguno, amigo mío. Creéis, porque vos tenéis un objeto, que la naturaleza debe tener uno también. Podríais figuraros lo mismo que tiene dedos y pies porque los tenéis vos.

D. Juan Pero no los tendría si no sirviesen para un objeto. Y yo, amigo mío, soy tanto parte de la naturaleza cuanto mis dedos son parte de mí. Si mis dedos son el órgano con lo que empuño la espada y taño la mandolina, mis sesos son el órgano por el que la naturaleza tiende á comprenderse á sí misma. Los sesos de mi perro sólo sirven para los fines de mi perro, pero mis sesos me llevan á un conocimiento que no me sirve personalmente para nada si no es para amargarme la existencia y hacerme sentir como una calamidad mi envejecimiento y mi muerte. Si no estuviese poseído de un objeto superior á mi propio ser, más me valdría ser un gañán que un filósofo, porque el gañán vive tanto tiempo como el filósofo, come más,

duerme mejor y goza de la esposa en sus brazos con menos preocupaciones. Eso es porque el filósofo está en las garras de la fuerza vital. Esa fuerza vital le dice: «He creado inconscientemente miles de cosas maravillosas por la mera voluntad de vivir y siguiendo la línea de la menor resistencia, ahora quiero conocerme á mí misma y conocer mi destino, y elijo mi camino. De ahí que he hecho unos sesos especiales, unos sesos de filósofo, para coger ese conocimiento como la mano del labrador coge el arado para mí. Y esto—dice la fuerza vital al filósofo—debes tratar de hacer por mí hasta que mueras, que entonces crearé á otro filósofo y otro cerebro para continuar la obra empezada».

Diablo ¿De qué sirve el conocimiento?

D. Juan Pues para capacitarnos para escoger la línea de la mayor ventaja en vez de dejarnos llevar por la línea de la menor resistencia. ¿No llega mejor á su destinación la nave con gobernalle que el leño que flota á la deriva? El filósofo es el timonel de la naturaleza. Y ahí tenéis vuestra diferencia: el estar en el infierno es flotar á la deriva, el estar en el cielo es llevar el rumbo.

Diablo Contra los arrecifes, muy probablemente.

D. Juan ¡Bah! ¿Qué nave va con más probabilidad á pique, la que anda loca á impulsos de viento y marea ó la que obedece al timón?

Diablo Bien, bien, don Juan, haced lo que os plazca; yo prefiero ser mi propio amo y no el instrumento de una torpe fuerza universal. Sé que es grato mirar la belleza, oir la música. sentir el amor, y cavilar y platicar sobre todo ello. Sé que ser ducho en esas sensaciones, emociones y estudios, es ser un ser refinado y culto. Digan lo que quieran de mí en las iglesias de la tierra, no por eso es menos verdad que en la buena sociedad es general aceptación que el príncipe de las tinieblas es un caballero, y esto me basta. En cuanto á vuestra fuerza vital que reputáis por irresistible, es la cosa más resistible del mundo para una persona de algún ca-

rácter. Pero si sois naturalmente vulgar y crédulo, como son todos los reformadores, esa famosa fuerza os empujará primero hacia la religión, en la que regaréis á los niños con agua para salvar sus almas de mi poder; luego os llevará de la religión á la ciencia en la que arrebataréis á los niños de manos del regador para entregarlos á los del facultativo que les inoculará toda clase de enfermedades con objeto de evitarles el cogerlas por casualidad; luego os acogeréis á la política, en la que vendréis á ser el juguete de funcionarios corrompidos y el pelele de embusteros ambiciosos. Y el final serán la desesperación y la decrepitud, nervios desgastados é ilusiones marchitas, vanos duelos por aquel peor y más necio de los derroches y sacrificios, el derroche y sacrificio del poder de gozar; en una palabra, será el castigo de los extraviados que corren en pos de lo mejor antes de haber conseguido lo bueno.

D. Juan Pero al menos no me habré aburrido. El servicio de la fuerza vital tiene esa ventaja. Pues abur, señor Satanás.

Diablo (Amable.) Id con Dios, señor don Juan. Me acordaré con frecuencia de nuestras interesantes chácharas. Os deseo toda clase de bienandanzas. El cielo al fin, como dije antes, no prueba mal á algunas personas. Pero si alguna vez cambiáreis de inclinación, no olvidéis que las puertas de esta vuestra casa siempre están abiertas para los pródigos arrepentidos. Si alguna vez sentís aquel fervor del corazón, aquel afecto sincero y espontáneo, aquella inocente alegría y la cálida alentante y palpitante realidad...

D. Juan ¿Por qué no decís de una vez carne y sangre, aunque hayamos dejado atrás esos dos mugrientos lugares comunes?

Diablo (Enojado.) ¿Entonces despreciáis mi amistosa despedida, don Juan?

D. Juan Nada de eso. Pero, por más que se puede aprender mucho de un diablo cínico, realmente no puedo aguantar un diablo sentimental. Señor Comendador, conocéis el ca-

mino hacia la frontera entre el infierno y el cielo. Hacedme el favor de guiarme.

Est. ¡Oh! La frontera consiste sólo en la diferencia de mirar las cosas. Cualquier camino os la hará atravesar con tal que queráis realmente llegar.

D. Juan Bien. (Saludando á doña Ana.) Señora, beso vuestros pies.

D.ª Ana Pero si yo voy con vos.

D. Juan Sabré encontrar mi propio camino del cielo, Ana; pero no puedo encontrar el vuestro. (Desaparece.)

D.ª Ana ¡Qué fastidio!

Est. (Tras de él.) ¡Bon voyaje, Juan! (Le dispara á guisa de despedida un final sonoro de sus grandes acordes tonitruantes. Un vago eco de la anterior misteriosa melodía se deja oir como repuesta.) ¡Ah, ya se fué! (Dando como un bufido de alivio.) ¡Uf! lo que habla ese hombre. No se lo aguantarán en el cielo.

Diablo (Mustio.) Su marcha es una derrota política. No puedo conservar á esos adoradores de la vida; todos se me van. Esta es la mayor pérdida que he sufrido desde que se fué aquel pintor holandés que con el mismo gusto pintara á una bruja de setenta años que á una Venus de veinte.

Est. Recuerdo. Entró en el cielo. Rembrandt.

Diablo Sí, Rembrandt. Hay algo que no es natural en esos hombres. No escucheis su evangelio, señor Comendador; es peligroso. Precaveos contra la busca del superhombre, porque lleva á un indiscernido desprecio á lo humano. Para el hombre, ya lo sabeis, los perros, los gatos y los caballos, son meras especies fuera del mundo moral. Pues bien, para el superhombre, los hombres y las mujeres son también una especie, igualmente fuera del mundo moral. Ese don Juan fué amable con las mujeres y cortés con los hombres, lo mismo que esta señora, vuestra hija, fuera amable para sus gatos y perros favoritos; pero semejante amabilidad es una prueba en contra de la índole exclusivamente humana del alma.

Est. ¿Y quién demonio es el superhombre?

Diablo — Pues es la última moda entre los fanaticos de la fuerza vital. ¿No topásteis en el cielo, al observar los que iban llegando, con aquel loco polaco-alemán... ¿cómo se llamaba?... ya, Nietzsche?

Est. — Nunca oí hablar de él.

Diablo — Pues bien, vino primero aquí antes de recobrar la memoria. Puse en él algunas esperanzas, pero él era un adorador empedernido de la fuerza vital. El fué quien desempolvó y sacó á relucir al superhombre, que es tan viejo como Prometeo, y el siglo vigésimo correrá en pos de esa chifladura, novísima de puro vieja, cuando esté harto de la carne, y este humilde servidor.

Est. — «Superhombre» suena bien, y un buen grito de combate es la mitad de la victoria. Me gustaría ver á ese Nietzsche.

Diablo — Desgraciadamente aquí topó con Wagner y riñó con él.

Est. — Lo comprendo. A mí que me dejen de Wagner donde esté Mozart.

Diablo — ¡Oh! no fué por la música. Wagner en un tiempo fué también de los partidarios de la fuerza vital é inventó un superhombre que se llamó Sigfredo. Pero luego volvió á su juicio. Así, pues, cuando se encontraron aquí Nietzche le llamó renegado, y Wagner escribió un folleto para demostrar que Nietzsche era judío, y el final fué que Nietzsche, furioso, se marchó para el cielo. Me alegré de que se quitara de en medio. Y ahora, amigo, vamos presto á mi palacio para allí celebrar vuestra llegada con una gran función musical.

Est. — Con mucho gusto, sois muy amable.

Diablo — Por aquí, Comendador. Bajaremos por el escotillón de siempre. (*Se coloca en la tapa del escotillón.*)

Est. — Bueno. (*Pensativo.*) De todos modos, eso del superhombre es una hermosa concepción. Hay algo de estatuario en ella. (*Se coloca en la tapa al lado del diablo. Empiezan á hundirse lentamente. Desde el abismo suben resplandores rojos.*) ¡Ah! esto me recuerda tiempos antiguos.

Diablo — Y á mí también.

D.ª Ana Esperad. (El hundimiento de la tapa se para.)

Diablo Vos, señora, no podeis bajar por aquí. Tendreis una apoteosis. Pero llegareis al palacio antes que nosotros.

D.ª Ana No es porque os he rogado que espereis. Decidme, ¿en dónde podré encontrar al superhombre?

Diablo Todavía no ha nacido, señora.

Est. Ni nacerá nunca, probablemente. Sigamos, que los fuegos rojos me van á hacer estornudar. (Bajan.)

D.ª Ana ¡Sin nacer todavía! Entonces mi obra no está terminada. (Santiguándose devotamente.) Creo en la vida por venir. (Gritando por los ámbitos del universo.) ¡Un padre... un padre para el superhombre!

Se desvanece en el vacío, y otra vez no hay nada; todas las cosas parecen suspendidas en lo infinito. Luego, vagamente, suena la voz de un hombre viviente en alguna parte. Se ve de repente el pico de una montaña dibujarse en un fondo más claro. El cielo ha vuelto desde lejos, y al punto recordamos donde nos hallamos. El grito se hace claramente perceptible é insiste. Dice: «¡Un automóvil, un automóvil!» La completa realidad vuelve de golpe y porrazo. Al punto es de día en la sierra y los bandoleros se ponen de pie apresuradamente y se precipitan hacia la carretera mientras el cabrero viene bajando del cerro, advirtiéndoles la venida de otro automóvil. Tanner y Mendoza se levantan sorprendidos y se miran uno á otro con extrañeza. Straker se incorpora para bostezar un momento antes de ponerse de pie, afectando no participar lo más mínimo de la excitación de los bandidos. Mendoza echa una rápida mirada para cerciorarse de que su gente atiende al grito de alarma; luego se dirige con confianza á Tanner.

Mend. ¿Ha soñado usted?

Tanner Endemoniadamente. ¿Y usted?

Mend. Sí, pero ya se me olvidó. Era con usted y otros.

Tanner Pues yo soñé también con usted. Es chocante.

Mend. Ya se lo advertí. (Se oye un tiro por la carretera.) ¿Pero qué es eso? Esos animales están ju-

gando con la escopeta. (Los bandidos muy asustados vuelven corriendo.) ¿Quién ha disparado? (A Duval.) ¿Ha sido usted?

Duval (Sin aliento.) Yo no. Ellos, ellos han disparado.

Anarq. Ya lo dije yo. No se puede vivir si no se suprime el Estado. Ahora estamos todos perdidos.

Socialista Camorrista (Corriendo locamente por el foro.) Sálvese quien pueda.

Mend. (Cogiéndole del cuello, derribándole en tierra y sacando un cuchillo.) Al que se mueva le dejo seco. (Obstruye el camino. Los fugitivos se paran.) ¿Qué ha sucedido?

S. Triste Un auto...

Anarq. Tres hombres ..

Duval Dos muqueres...

Mend. ¡Tres hombres y dos mujeres! Y ¿por qué no los habeis traído acá? ¿Os dan miedo?

S. Cam. Tienen escolta. Por Dios, Mendoza, huyamos.

S. Triste Dos autos blindados llenos de soldados á la vuelta del cerro.

Anarq. El tiro ha sido al aire como toque de atención.

(Straker silba su aire favorito que hiere los oídos de los bandidos como marcha fúnebre.)

Tanner No es una escolta, sino una expedición para capturar á ustedes. Nos avisaron para que la esperáramos, pero yo tenía prisa.

S. Cam. (Con miedo cerval.) ¡Cielos! ¿qué esperamos? Huyamos á las montañas.

Mend. Idiota, ¿qué sabe usted de las montañas? ¿Es usted español acaso? El primer pastor que encontrara le denunciaría á usted. Además, todavía no estamos al alcance de sus fusiles.

S. Cam. Pero...

Mend. Silencio. Dejadme á mí arreglar esto. (A Tanner.) Camarada, no nos hará usted traición.

Stra. ¿A quién llama usted camarada?

Mend. Anoche la ventaja estaba de mi lado. El ladrón de los pobres estaba á la merced del ladrón de los ricos. Me dió usted la mano y yo se la apreté.

Tanner No tengo que acusarle de nada, camarada. Hemos pasado una noche agradable en su compañía, eso es todo.

Stra. Yo no dí la mano á nadie, ¿sabe?

Mend. (Volviéndose hacia él significativamente) Joven, si me cogen y me procesan yo declararé lo que me hizo marcharme de Inglaterra y dejar mi casa y mi posición. ¿Quiere usted que el honrado apellido de Straker sea arrastrado por el lodo en un tribunal español? La policía me registrará. Encontrarán el retrato de Luisa. Se publicará en los periódicos. Se asusta usted. Será obra de usted, piénselo bien.

Stra. (Con rabia reprimida.) A mí no me importa la justicia. Lo que me da vergüenza es ver mezclado mi apellido con el de usted, pillo, granuja, indecente.

Mend. Ese lenguaje es indigno del hermano de Luisa. Pero no importa, está usted amordazado y es lo principal. (Se vuelve para encararse con su gente que retrocede cohibida hacia la gruta para refugiarse detrás de él.)

En este momento una nueva partida, compuesta de personas vestidas como para viajar en automóvil, llega desde la carretera con mucho alboroto. Ana, que va derecha á Tanner, está á la cabeza; luego viene Violeta ayudada por Héctor que la tiene de la mano derecha y por Ramsden que la tiene de la izquierda. Mendoza va á su sillar presidencial y se sienta en él con calma, quedando sus hombres formados en fila detrás de él y su estado mayor, compuesto de Duval y el anarquista á su derecha y los dos socialistas-democráticos á su izquierda sosteniendo sus flancos.

Ana ¡Es Juanito!

Tanner ¡Me caí!

Héctor Ya lo creo que es él. Lo dije yo que era usted, Tanner. Acabamos de tener un reventón. La carretera está sembrada de tachuelas.

Viol. Pero ¿qué está usted haciendo aquí con esos hombres?

Ana ¿Por qué nos dejó así sin aviso alguno?

Héctor He ganado el ramillete de rosas, miss Whi-

tefield. (A Tanner.) Cuando supimos que usted se había marchado, miss Whitefield me apostó un ramo de rosas que mi auto no le alcanzaría á usted hasta Montecarlo.

Tanner Pero este no es el camino de Montecarlo.

Héctor No importa. Miss Whitefield encontró su pista en cada etapa. Es un verdadero Sherlock Holmes.

Tanner ¡La fuerza vital! Estoy perdido.

Oct. (Viene alborozado desde la carretera y se acerca á Tanner.) ¡Hola, chico, cuánto me alegro de verte sano y salvo! Temimos que hubieses sido secuestrado por los bandidos.

Ramsden (Que ha estado mirando fijamente á Mendoza.) Parece que quiero recordar la cara de ese señor. (Señalando á Mendoza que se levanta sonriendo y se acerca.)

Héctor Pues me pasa lo mismo.

Oct. Le conozco á usted perfectamente, caballero; pero no sé dónde le he visto.

Mend. (A Violeta.) ¿No me recuerda usted, señora?

Viol. Perfectamente, sí; pero soy tan desmemoriada para nombres...

Mend. Fué en el Savoy Hotel. (A Héctor.) Usted, caballero, solía ir con esta señora (Violeta.) á almorzar. (A Octavio.) Usted, caballero, iba muchas veces con esta señorita (Ana.) y su señora madre á comer de camino para el *Lyceum Theatre*. (A Ramsden.) Usted, caballero, solía ir á cenar con... (Bajando la voz hasta hacerse ininteligible.) varias señoras.

Ramsden (Enojado.) Bueno, eso ¿qué le importa á usted?

Oct. ¿Cómo es eso, Violeta? Yo creía que antes de este viaje no os conocíais tú y Malone.

Viol. (Resentida.) Supongo que ese individuo era el director.

Mend. No señora, el camarero. Tengo gratos recuerdos de todos ustedes. Por las buenas propinas que me daban creo poder deducir que disfrutaban mucho de su estancia en el hotel.

Viol. ¡Qué impertinencia! (Le vuelve la espalda y sube por el cerro con Héctor.)

Ramsden Basta ya, amigo mío. No esperará usted, supongo, que estas señoras le traten como un

conocido, porque les ha servido usted de camarero.

Mend. Dispénseme; fué usted quien me preguntó dónde nos habíamos conocido. Las señoras siguieron su ejemplo. Sea lo que quiera, esta demostración de los malos modales de las personas de su clase termina el incidente. De aquí en adelante se servirá usted dirigirse á mí con el respeto debido á un extraño y compañero de viaje. (Se vuelve con altivez para ocupar de nuevo su sitio presidencial.)

Tanner ¡Vamos! He encontrado en mi viaje á un hombre capaz de una conversación razonable, é instintivamente le insultan todos ustedes. Ni el hombre nuevo es mejor que cualquiera de ustedes. Enrique, se ha portado usted como un mísero caballero.

Stra. ¡Caballero! Nunca.

Ramsden Realmente, Tanner, ese lenguaje...

Ana No haga usted caso, abuelito; ya debe usted de conocerle. (Coge su brazo y le lleva con zalamerías hacia el cerro para juntarse con Violeta y Héctor. Octavio la sigue como un perrito.)

Viol. (Hablando desde el cerro.) Ahí vienen los soldados. Están bajando de sus autos.

Duval (Lleno de pánico.) ¡Ah, nom de Dieu!

Anarq. Tontos; el Estado os va á aplastar, porque no le destruísteis por dejaros llevar por las predicaciones politicas de la burguesía.

S. Triste (Con ganas de discutir hasta lo último.) Al contrario, sólo con parar la máquina del Estado...

Anarq. El Estado es el que ahora te va á parar á ti los pies.

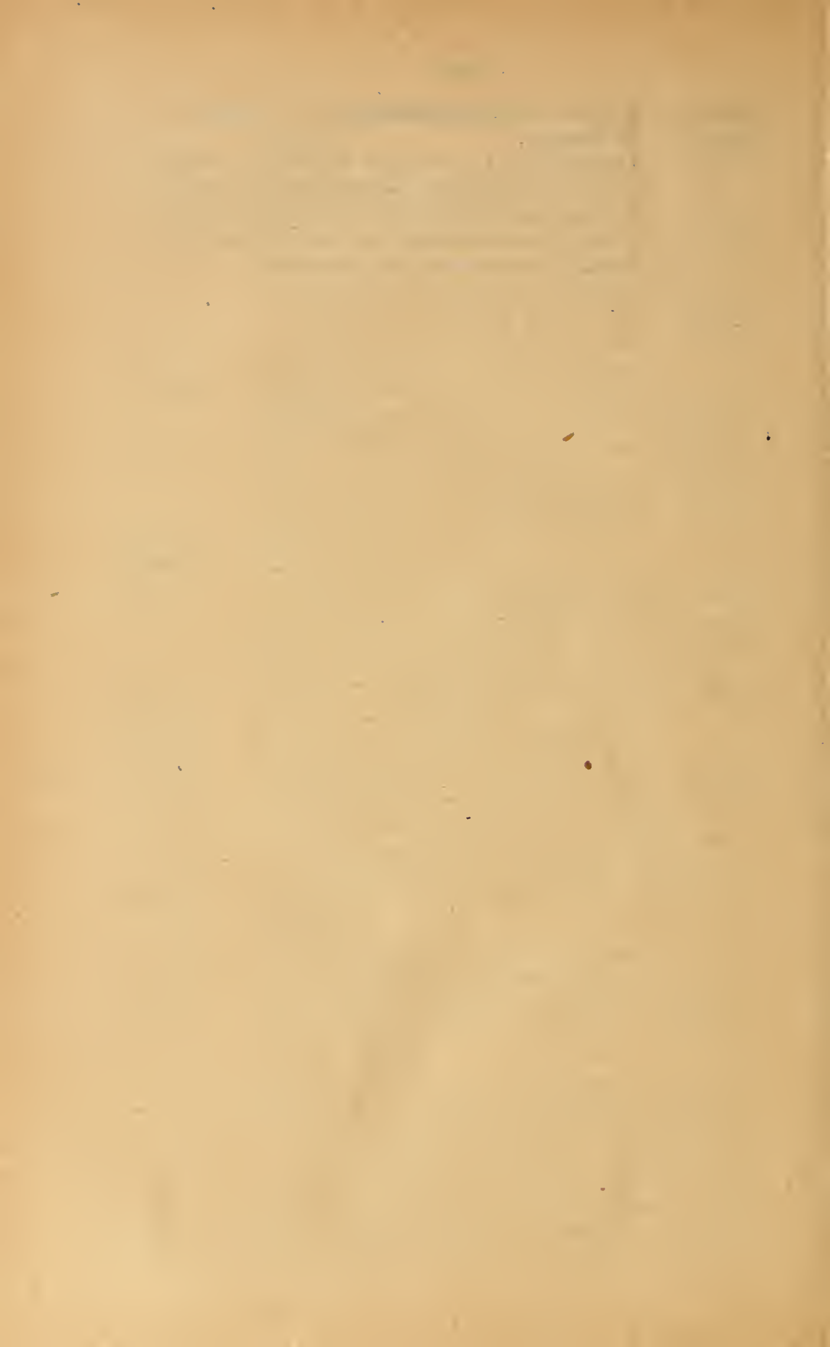
S. Cam. (Su angustia crece.) Dejaos de guasas. ¿A qué estamos aquí? ¿Qué esperamos?

Mend. (Entre dientes.) Seguid hablando de política, idiotas; nada hay más oportuno. Adelante con los faroles.

(Los soldados forman en la carretera y dominan el anfiteatro con sus fusiles. Los bandidos, luchando con un impulso invencible de esconderse uno detrás de otro, se dan el aire más indiferente posible. Mendoza se levanta altanero con frente impertérrita. El oficial que manda baja desde la carretera al anfiteatro. Lanza una mirada inquisidora á los bandidos y luego pregunta á Tanner.)

Oficial ¿Quiénes son esos hombres, señor inglés?
Tanner Mi escolta.

(Mendoza, con una sonrisa mefistofélica, se inclina profundamente. Una contracción apenas perceptible de los rostros corre por las filas de los bandidos. Tocan sus sombreros para saludar, excepto el anarquista que desafía al Estado con los brazos cruzados.)



ACTO CUARTO

El jardín de una «villa» en Granada. Quien quiera saber su aspecto debe ir á la ciudad del Darro y verlo. Pueden divisarse un grupo de cerros salpicados de quintas, la Alhambra en la cima de uno de los cerros y una ciudad considerable en el llano á la que conducen carreteras blancas y polvorientas en las que los niños, estén haciendo ó pensando lo que sea en aquel momento, en cuanto divisan á un extranjero se precipitan á su encuentro automáticamente y piden con voz lastimera una perra chica tendiendo las morenas palmas. Pero no hay nada en esta descripción, exceptuando la Alhambra, la mendicidad y el color de las carreteras, que no se pudiese aplicar lo mismo á Surrey que á España. La diferencia consiste en que las colinas de Surrey son comparativamente pequeñas y feas y propiamente se podrían llamar protuberancias; pero estos cerros españoles se dan aires de montañas, y la hermosura que engaña acerca de su altura no compromete su dignidad.

Este jardín está situado en un altozano en frente de la Alhambra, y la «villa» está tan lujosa y bien arreglada como es necesario para alquilarla por semanas á ricos turistas americanos é ingleses. Colocándonos en el césped en la parte baja del jardín y mirando hacia arriba, nuestro horizonte es la balaustrada de piedra de una terraza, encima de la que ondea una bandera en el espacio infinito Entre nosotros y ese terrado hay un jardín florido con una fuente y un pilón circular en el centro, circundada de geométricos macizos, caminos enarenados y arbustos recortados con esmero. El jardín está más alto que el trozo de césped y se sube á él por

una corta escalera en el centro del declive. A su vez la terraza está más alta que el jardín, desde el que subimos unos escalones más y, mirando por encima de la balaustrada, disfrutamos de una hermosa vista sobre la ciudad, la vega y las ondulaciones de la sierra.

A nuestra izquierda se levanta la «villa» accesible por escalones desde el ángulo izquierdo del jardín. Volviendo desde la terraza por el jardín y bajando otra vez al césped, (un movimiento que deja la villa detrás de nosotros á nuestra derecha) echamos de ver indicios de interés literarios por parte de los inquilinos, pues en el césped no se ve ni rastro de *tennis* ó *croquet*, pero sí á nuestra izquierda un velador de hierro con libros, la mayor parte de tapas amarillas, y al lado de él una silla. En otra silla á la derecha hay también un par de libros. No hay periódicos, una circunstancia que, con la ausencia de juegos, podría sugerir á un observador inteligente las deducciones más atrevidas acerca de la clase de personas que viven en la villa. Estas especulaciones, sin embargo, cesan en esta deliciosa tarde á consecuencia de la súbita entrada, por una puertecilla en la empalizada á nuestra izquierda, de Enrique Straker en su traje de chauffeur. Abre la puertecilla para dejar pasar á un caballero de edad madura y entra detrás de él.

Este caballero desafía el sol español llevando una levita negra, un sombrero de copa, pantalones en los que estrechas rayas de color gris oscuro y lila se funden en un tono muy distinguido, y una corbata negra anudada que forma un arco por encima de una pechera blanca irreprochable. Es probablemente un hombre cuya posición social necesita una constante y escrupulosa afirmación, sin consideración al clima, uno que vestiría así en medio del Sahara ó en la cumbre del Mont Blanc. Y como no tiene la estampa de la clase que considera como misión de su vida el reclamo y el sostenimiento de las sastrerías y tiendas de modas afamadas, parece vulgar en su elegancia, mientras en un traje de trabajo de cualquier especie tendría aspecto muy digno. Es un hombre de cara redonda y colorada, de pelo corto y tieso, ojos pequeños, bòca dura que en las comisuras apunta para abajo, y mentón terco. La flacidez de la piel, que viene con la edad, ha atacado su pescuezo y sus mofletes, pero está todavía terso como una manzana desde la boca para arriba, de modo que la parte superior de su cara parece más joven que la inferior.

Tiene la confianza en sí mismo del que ha hecho mucho dinero y algo de la brusquedad imponente del que lo ha hecho en lucha brutal, pareciendo que su cortesía encierra una amenaza perceptible de que tiene en reserva otros medios si hicieren falta. Por lo demás, es un hombre casi digno de lástima cuando no inspira miedo, pero hay en él á veces algo de patético, como si la gigantesca máquina comercial que á la fuerza le ha metido en su traje de levita le hubiese permitido muy poco satisfacer sus gustos propios y ahogado ó contrariado sus aficiones más íntimas. Es irlandés de origen.

Stra. Voy á avisar á la señorita. Dijo que usted preferiría esperar aquí. (Se vuelve para subir por el jardín á la villa.)

Irlan. (Que ha estado mirando á su alrededor con viva curiosidad.) ¿La señorita? Será Miss Violeta, ¿eh?

Stra. (Parándose en la escalera con súbita sospecha.) La conoce usted, supongo.

Irlan. Que si la conozco.

Stra. (De mal genio.) ¿En qué quedamos?

Irlan. Usted métase en lo suyo.

(Straker, altamente indignado ahora, vuelve desde la escalera y se pone en frente de su interlocutor.)

Stra. Lo mío, pues lo mío es lo siguiente: Miss Robinson...

Irlan. (Interrumpiéndole.) ¡Ah! se llama Robinson, muy bien.

Stra. ¿De modo que no sabe usted siquiera cómo se llama?

Irlan. Sí lo sé, ahora que usted me lo ha dicho.

Stra. (Después de un momento de estupefacción ante la prontitud de las contestaciones del anciano.) Oiga usted, ¿á qué viene eso de *meterse* en mi coche y dejar que le traiga si no es usted la persona á quien iba dirigida la carta que yo entregué en el hotel?

Irlan. Pues ¿á quién iba dirigida?

Stra. Iba dirigida á Mr. Héctor Malone, por Miss Robinson, ¿sabe? Yo la llevé por favor, porque no estoy al servicio de miss Robinson. Conozco á Mr. Malone y usted no es él, ni por pienso. En el hotel me dijeron que usted era Mr. Malone.

Irlan. Sí, Mr. Héctor Malone.

(La aparición de Violeta que viene bajando por el jar-

din y se acerca á los dos hombres pone fin a la discusión.)

Viol. (A Straker.) ¿Llevó usted mi recado?

Stra. Sí, señorita. Llevé su carta al hotel y dije que la subieran al señorito Mr. Héctor, y salió este caballero y me dijo que estaba dispuesto á acompañarme á esta casa. Como en el hotel me dijesen que era Mr. Héctor Malone, yo le traje aquí. Ahora parece que hay un lío. De todos modos, si no es la persona con quien deseaba usted hablar, no tiene usted más que decir una palabra y me lo llevaré otra vez.

Malone Señora, le estimaré mucho que me conceda una breve conversación. Soy el padre de Héctor, lo que este listo muchacho británico habría acabado por adivinar al cabo de algunas horas.

Stra. (Fríamente retador.) ¿Yo? ni en un año. Si á usted le hubiésemos pulido durante tanto tiempo como á él, tal vez empezara usted á parecérsele. Pero lo que es ahora, ni pizca. (Dirigiéndose cortesmente á Violeta.) A sus órdenes, señorita. Desea usted hablar con ese caballero, bien; me retiro, con su permiso. (Saluda con la mano afablemente á Malone y sale por la puertecilla de la empalizada.)

Viol. (Muy atenta.) Siento mucho, Mr. Malone, que ese hombre haya sido poco cortés con usted. Pero, ¿qué le hemos de hacer? No hay más remedio que aguantar; es nuestro chauffeur.

Malone ¿Su qué?...

Viol. El conductor de nuestro automóvil. Tiene una habilidad pasmosa; nos lleva á setenta millas por hora y entiende de reparaciones como nadie. Dependemos de nuestros automóviles y nuestros automóviles dependen de él; así, pues, dependemos de él.

Malone He observado, señora, que por cada mil dolares que un inglés cobra, aumenta en uno el número de las personas de las que depende. De todos modos, no tiene usted que excusarse por ese hombre. Le hice hablar á propósito. Con ello me enteré de que estaba usted aquí con unos señores ingleses y mi hijo Héctor.

Viol. (Llevándole la conversación.) Sí. Teníamos la intención de ir á Niza, pero tuvimos que seguir á un señor algo excéntrico de nuestra partida que se marchó primero y llegó aquí. ¿No se sienta usted? (Quita de la silla más próxima los dos libros.)

Malone (Impresionado por la atención.) Muchas gracias. (Se sienta fijándose en ella con curiosidad mientras va al velador á dejar en él los libros. Cuando se vuelve ella otra vez hacia él, dice:) Creo que tengo el honor de hablar con Miss Robinson.

Viol. (Se sienta é inclina la cabeza afirmativamente.)

Malone (Sacando una carta de su bolsillo.) Su carta á Héctor dice lo siguiente. (Violeta no logra reprimir un movimiento de sobresalto. El se interrumpe tranquilamente para sacar y ponerse sus gafas de oro.) «Querido: Han ido todos á la Alhambra donde pasarán la tarde. Les he dicho que tenía dolor de cabeza, y todo el jardín es mío. Salta en el automóvil de Juanito. Straker te traerá en un periquete. De modo que vente aprisita, aprisita. Tu Violeta que te quiere.» (La mira, pero ya ella ha recobrado el imperio sobre sí y sostiene su mirada sin inmutarse. El prosigue despacio.) Ahora yo no sé cuál es el trato entre la gente joven en Inglaterra, pero en América esta carta supondría un grado bastante de cariñosa intimidad entre los interesados.

Viol. Pues sí conozco mucho á su hijo, Mr. Malone. ¿No le parece á usted bien?

Malone (Algo cohibido.) Tanto como no parecerme bien, no. Pero entiéndase que mi hijo depende enteramente de mí y que tiene que consultarme para cualquier paso importante que dé.

Viol. Estoy segura de que no había usted de exigir de él cosas irrazonables, Mr. Malone.

Malone Así lo creo también, Miss Robinson; pero á su edad hay muchas cosas que pueden parecerle á usted irrazonables y á mí no.

Viol. (Con un pequeño estremecimiento.) Pues bien, no lleva á ninguna parte, Mr. Malone, que juguemos á los despropósitos. Héctor quiere casarse conmigo.

Malone Lo deduje de la carta de usted. Pues bien,

Miss Robinson, él es dueño de hacer lo que le parezca; pero si se casa con usted, que no cuente con tanto así de mi dinero. (Se quita las gafas y se las mete en el bolsillo con la carta.)

Viol. (Con alguna severidad.) Eso no es muy lisonjero para mí, Mr. Malone.

Malone No digo nada en contra de usted, Miss Robinson. Estoy convencido de que es usted una señorita amable y excelente. Pero tengo otras intenciones para con Héctor.

Viol. Es posible que Héctor no tenga otras intenciones para consigo mismo, Mr. Malone.

Malone Es posible. En ese caso que no cuente conmigo, eso es todo. Probablemente usted ya se ha hecho su composición de lugar. Cuando una señorita escribe á un joven que venga aprisita, aprisita, el dinero no es nada y el amor lo es todo.

Viol. (Con decisión.) Dispénseme, Mr. Malone; no tengo yo ideas tan tontas. Es preciso que Héctor tenga dinero.

Malone (Quedando parado.) ¡Ah! muy bien, muy bien. Claro, podrá trabajar para ganarlo.

Viol. ¿De qué sirve tener dinero si hay que trabajar para ganarlo? (Se levanta impaciente.) No hay sentido en lo que dice, Mr. Malone. Usted debe poner á su hijo en condiciones de vivir según su posición. El tiene derecho á ello.

Malone (Sardónico.) No le aconsejaría á usted, Miss Robinson, que se casara con él fiándose en ese derecho.

(Violeta, que casi ha perdido toda su calma, hace un esfuerzo para recobrarla. Abre los puños antes apretados y vuelve á su asiento con estudiada tranquilidad y racionabilidad.)

Viol. ¿Qué causas hay, según su parecer, que se oponen á mi enlace con Héctor? Mi posición social es tan buena como la suya por lo menos. El mismo lo confiesa.

Malone (Socarrón.) Esto se lo dirá usted de vez en cuando, ¿eh? Mire, la posición social de Héctor en Inglaterra es precisamente la que yo quiero comprarle. Le he hecho una oferta muy bonita. Puede buscar una casa señorial de las mejores, un castillo histórico ó

alguna abadía de las que abundan en Inglaterra para establecer su morada. El día que me diga que necesita una mujer digna de las tradiciones de la mansión, yo se la compraré y le proporcionaré los medios de gobernar la casa.

Viol. ¿Qué quiere usted decir con una mujer digna de las tradiciones de la casa? ¿No puede cualquier mujer bien educada gobernar semejante casa?

Malone No: tiene que haber nacido para ello.

Viol. ¿Ha nacido Héctor para ello?

Malone Su abuela fué una muchacha irlandesa que andaba descalza y me crió junto á una lumbre de turba. Que se casara Héctor con una muchacha de esa clase y yo no le regatearía el dote. Que él se eleve socialmente gracias á mi dinero ó eleve á cualquier otra persona, mientras haya por alguna parte un provecho social, lo daré por bien empleado. Un casamiento con usted dejaría las cosas tales como están.

Viol. Muchos de mis conocidos censurarían muy duramente el que yo me casara con el nieto de una mujer de la clase más baja, Mr. Malone. Será un prejuicio, pero también es prejuicio el empeño de usted por casarle con un título.

Malone (Levantándose y acercándose á ella con una mirada escudriñadora en la que se refleja cierto respeto involuntario.) Parèce usted una muchacha muy franca y muy sincera.

Viol. No veo por qué he de ser desgraciada toda mi vida por no ofrecer á usted provecho alguno. ¿Por qué quiere usted hacer desgraciado á Héctor?

Malone Ya sabrá él sobrellevarlo. Los hombres soportan más fácilmente una desilusión en amores que la pérdida de su fortuna. Supongo que usted juzgará sórdida esta opinión, pero yo sé lo que me digo. Mi padre murió de inanición en Irlanda el año negro del cuarenta y siete. ¿Ha oído usted hablar de él?

Viol. ¿El año de la carestía?

Malone (Con pasión creciente.) No, del hambre. Cuando

un país está lleno de materias alimenticias y las exporta, no hay carestía. Mi padre murió porque no tuvo nada que llevarse á la boca, y el hambre empujó á mi madre á América conmigo en sus brazos. El régimen inglés me arrojó á mí y á los míos de Irlanda. Pues podéis los ingleses guardaros Irlanda. Yo y otros compatriotas volvemos para comprar á Inglaterra y compraremos lo mejor de ella. No quiero ni fortunas, ni mujeres de la clase media para Héctor. Esto es hablar con franqueza, como usted, ¿no le parece?

Viol. (Con frialdad glacial compadece su sentimentalismo.) Verdaderamente, Mr. Malone, estoy pasmada de oir á un hombre de su edad y sano juicio expresarse de un modo tan romántico. ¿Se figura usted que los nobles de Inglaterra le venderán sus fincas con sólo usted pedirlo?

Malone Tengo en mi bolsillo proposiciones para la venta de dos mansiones históricas de las más antiguas familias del Reino. Uno de los dueños no tiene bastantes rentas para mandar quitar el polvo en las habitaciones, y el otro no puede pagar los derechos de sucesión. ¿Qué dice usted ahora?

Viol. Eso es escandaloso. Pero seguramente, como usted sabe, el Gobierno tarde ó temprano hará una ley poniendo coto á esos ataques socialistas á la propiedad.

Malone (Con fiereza.) No se imagine que esa ley se publicará antes de que yo logre hacerme con la casa, ó, mejor dicho, con la abadía. Que las dos son abadías.

Viol. (Dejando esto de lado con cierta impaciencia.) Bueno, Mr. Malone, dejemos eso y hablemos cosas de sentido. Que hasta ahora nos hemos andado por las ramas.

Malone Me parece que no. Lo que yo he dicho es lo que pienso hacer.

Viol. Entonces no conoce usted á Héctor como lo conozco yo. El es romántico y soñador—eso lo habrá heredado de usted, supongo—y necesita una determinada mujer para cuidar de él, no una fantaseadora, sabe usted.

Malone Una como usted, tal vez.

Viol. (Con calma.) Sí, señor, eso. Pero no puede usted buenamente exigir que yo me encargue de eso sin absolutamente tener medios para sostener su posición.

Malone (Alarmado.) Pare un poco, pare un poco. ¿Adónde vamos con eso? Yo no sé que le haya pedido que se encargue de algo.

Viol. Claro, Mr. Malone, me puede usted dificultar mucho el hablar con usted si se empeña en no entenderme.

Malone (Medio aturdido.) No es mi intención engañarla en nada, pero me parece que nos hemos apartado del camino recto.

(Straker, con el aire de un hombre que se ha dado prisa, abre la puertecilla y deja paso á Héctor quien, jadeando de indignación, entra en el jardín y se precipita hacia su padre, pero Violeta, muy alarmada, se levanta de repente y le cierra el paso. Straker no espera y se retira.)

Viol. ¡Qué mala suerte! ¡Por Dios, Héctor, cállate, vete hasta que yo haya terminado de hablar con tu padre.

Héctor (Inexorable.) No, Violeta, es preciso que tenga una explicación. (La aparta, pasa adelante y se encara con su padre cuyas mejillas se enrojecen por calentársele la sangre irlandesa.) Oye, papá, ¡vaya un modo de proceder!

Malone ¿Qué quieres decir?

Héctor Has abierto una carta dirigida á mí. Has suplantado mi personalidad abusando de la confianza de esa señorita. Eso es incalificable.

Malone (Amenazador.) Héctor, ten cuidado con lo que dices. Ten cuidado, te digo.

Héctor He tenido cuidado. Estoy teniendo cuidado. Estoy teniendo cuidado de mi honor y mi posición en la sociedad de Inglaterra.

Malone (Acalorado.) Tu posición es debida á mi dinero, ¿me entiendes?

Héctor Pues bien, esa posición la has comprometido con abrir esa carta. Una carta de una señorita inglesa, no dirigida á ti,—¡una carta confidencial, una carta de cierta índole delicada, particular, abierta por mi padre!—Es una cosa que en Inglaterra no se puede perdonar. Cuanto antes nos volvamos los dos á

América, mejor será. (Apela mudamente al cielo para hacerlo testigo de la vergüenza y angustia de dos desterrados)

Viol. (Poniéndose contra él con instintiva repugnancia á semejantes escenas.) No seas tonto, Héctor. Fué la cosa más natural del mundo que tu padre abriese mi carta, puesto que su nombre y apellido estaban en el sobre..

Malone Eso es, ni más ni menos. No tienes sentido común, Héctor. Muchas gracias, Miss Robinson.

Héctor Yo también te doy las gracias. Es mucha amabilidad la tuya. Mi padre no entiende de esas cosas.

Malone (Apretando furioso los puños.) Héctor...

Héctor (Con indomable fuerza moral.) No vale que te enfades. Una carta particular es una carta particular, y una indiscreción es una indiscreción, no hay que darle vueltas.

Malone (Levantando la voz.) ¿Quién eres tú para venirme á mí con esas?

Viol. ¡Chist! por favor, que viene gente.

(Padre é hijo, reducidos á silencio, se miran fijamente uno á otro cuando entra Tanner por la puertecilla con Ramsden, seguido de Octavio y Ana.)

Viol. ¿Ya de vuelta?

Tanner La Alhambra no está abierta por la tarde.

Viol. Vaya un chiste.

(Tanner avanza y de pronto se encuentra entre Héctor y un señor de cierta edad á quien no conoce, ambos al parecer á punto de llegar á las manos. Mira á uno y á otro como pidiendo una explicación. Ellos evitan ceñudos su mirada y alimentan su enojo en silencio.)

Ramsden Pero, Violeta, ¿en qué está usted pensando? ¡Poniéndose al sol con dolor de cabeza!

Tanner ¿Y también á usted se le pasó, Malone?

Viol. ¡Oh! dispensen, se me olvidaba presentarlos. Mr. Malone, haga el favor de presentar á su padre.

Héctor (Con firmeza romana.) No haré tal. No es padre mío.

Malone (Muy enfadado.) ¿Niegas á tu padre delante de tus amigos ingleses?

Viol. ¡Por Dios! no haga usted escenas.

(Ana y Octavio, que están indecisos junto á la puertecilla, cambian una mirada de sorpresa y discretamente

se retiran subiendo la escalera del jardín, desde donde pueden disfrutar el jaleo sin estorbar. Al ir hacia la escalera Ana hace una pequeña mueca de muda simpatía á Violeta que está de espaldas al velador muy contrariada por ver á su esposo engolfarse cada vez más en consideraciones quijotescas sin la más mínima consideración á los millones del anciano.)

Héctor Lo siento mucho, Miss Robinson, pero estoy discutiendo una cuestión de principio. Soy, creo, buen hijo, que siempre he cumplido con mis deberes, pero antes que todo, soy hombre. Y si mi padre trata mis cartas particulares como si fuesen suyas y se propasa á decir que no me casaré con usted, cuando precisamente lo único que yo deseo es el consentimiento de usted, yo me encojo de hombros y voy por mi camino.

Tanner ¿Qué dice usted? ¡Que quiere casarse con Violeta!

Ramsden ¿Está usted en su juicio?

Tanner ¿Olvida usted lo que le hemos dicho?

Héctor (Descuidado.) No me importa lo que me dijeron.

Ramsden (Escandalizado.) ¡Hombre, hombre! Eso sí que es un poco fuerte. (Se va precipitadamente hacia la puertecilla, con los codos temblando de indignación.)

Tanner Otro loco. A esos hombres enamorados se los debiera encerrar. (Da á Héctor por perdido sin remisión y se aparta hacia el jardín, pero Malone, se ofende en otro sentido, le sigue y le obliga, por la agresividad de su tono, á quedarse.)

Malone No entiendo yo esto. ¿Cree usted que mi hijo no es bastante para casarse con esa señorita?

Tanner No, señor, no es eso. Fíjese: esa señora ya está casada. Héctor lo sabe y, sin embargo, insiste en sus pretensiones. Lléveselo á casa y enciérrelo.

Malone (Con amargura.) De modo que este es el buen tono de las clases elevadas que no puedo yo comprender, ignorante y rústico de mí. ¡Habráse visto, hacer el amor á una mujer casada! (Avanza enfadado por entre Héctor y Violeta y le grita á aquel en el oído izquierdo.) ¿Has adquirido ese hábito entre la aristocracia británica, eh?

Héctor Está bien, no te preocupes. Yo respondo de la moralidad de todos mis actos.

Tanner (Acercándose á la derecha de Héctor con ojos centelleantes) ¡Bien dicho, Malone! Usted también ve que las meras leyes del matrimonio no constituyen la moralidad. Estoy conforme con usted, pero, desgraciadamente, Violeta no está.

Malone Me permito dudarlo, caballero. (Volviéndose hacia Violeta.) Tengo que decirle, Mistress Robinson, ó como se llame usted, que no tenía usted derecho á mandar aquella carta á mi hijo, si es usted la esposa de otro hombre.

Héctor (Ultrajado.) Esto ya es el colmo, papá, has insultado á mi mujer.

Malone ¡Tu mujer!

Tanner ¡De modo que usted es aquel esposo ausente! ¡Otro impostor moral! (Se golpea la frente y se deja caer en la silla de Malone.)

Malone ¡Te has casado sin mi consentimiento!

Ramsden Se ha estado usted burlando de nosotros á sabiendas, caballero.

Héctor Oigan ustedes, ya estoy harto de que todos me zahieran. Violeta y yo estamos casados, esta es toda la historia. ¿Quién tiene que decir algo en contra, á ver?

Malone Yo sé lo que tengo que decir. Se ha casado con un mendigo.

Héctor No, se ha casado con un trabajador. Esta misma tarde empezaré á ganarme la vida.

Malone (Con una risa burlona.) Sí, ahora estás muy boyante porque ayer ó esta mañana recibiste mi remesa de fondos, supongo. Espérate que se te acabe el dinero. Ya se te bajarán los humos.

Héctor (Sacando una carta con un cheque de su cartera.) Aquí está. (Tirándola hacia su padre.) Toma tu remesa y hemos acabado, no volveré á tomar dinero tuyo ni volverás á verme. No venderé el derecho de insultar á mi mujer por mil dólares.

Malone (Profundamente herido y lleno de cuidado.) Héctor, no sabes lo que es la pobreza.

Héctor (Apasionado.) Pues bien, quiero saberlo. Quiero ser un hombre. Violeta, te vienes conmi-

go á tu propio hogar, que yo sabré hacértelo agradable.

Oct. (Saltando desde el jardín al césped y acercándose á la izquierda de Héctor.) Espero que me darás la mano antes de marcharte, Héctor. Te admiro y te respeto más de lo que puedo expresar. (Se aprietan las manos, y Octavio vierte lágrimas de emoción.)

Viol. (También casi llorando pero de rabia.) No seas idiota, Octavito. Héctor vale tanto para trabajador como tú.

Tanner (Levantándose de su silla al otro lado de Héctor.) No se apure, señora; que no se va á hacer peón de albañil. (A Héctor.) Para capitales, si quiere hacer negocios, no hay cuidado, soy su amigo y puede disponer de lo mío.

Oct. Y también de lo mío.

Malone (Con fiero espíritu de competencia.) No necesita vuestro cochino dinero. Me parece que estando aquí su padre no necesita de nadie. (Tanner y Octavio retroceden, Octavio algo ofendido, Tanner consolado de ver que se arregla la cuestión del dinero. Violeta levanta la vista con nueva esperanza.) Héctor, hijo mío, no te sulfures así. Me pesan las palabras que pronuncié. Nunca he pensado en ofender á Violeta. De todos modos lo retiro todo. Ella es precisamente la mujer que necesitas.

Héctor (Dándole golpecitos en la espalda.) Entonces, papá, ya está todo arreglado. No digas una palabra más. Volvemos á ser amigos. Unicamente que no acepto ya dinero de nadie, ni de ti tampoco.

Malone (Suplicando humildemente.) ¡Por Dios, Héctor, no me digas eso! Preferiría que riñeses conmigo y aceptases mi dinero á que seamos amigos y te mueras de hambre. Tú no sabes lo que es el mundo, yo sí lo sé.

Héctor No, no, no. Es cosa decidida, y no me aparto de ello ya. (Pasa por delante de su padre y va hacia Violeta.) Vente conmigo, querida, á mi hotel, al lado de tu marido, á tu sitio, á la vista de todo el mundo.

Viol. Pero tengo que entrar un momento á decir á Davis que recoja el equipaje. Si quisieras hacer el favor, mientras tanto, de ir al hotel

y procurar que nos den una habitación con vista al jardín. Yo, dentro de media hora, soy contigo.

Héctor Muy bien, muy bien. Comerás con nosotros, papá, ¿verdad?

Malone (Deseoso de reconciliarle.) Sí, hombre, con mucho gusto.

Héctor Hasta la vista, señores. (Saluda con la mano á Ana á la que acaban de arrimarse Tanner, Octavio y Ramsden en el jardín y sale por la puertecilla, dejando solos en el césped á su padre y Violeta.)

Malone Usted tratará de hacerle volverse razonable, Violeta. Estoy seguro de ello.

Viol. Nunca me pude figurar que fuese tan testarudo. Si sigue así, ¿qué le haré yo?

Malone No se desanime. La presión ejercida por la mujer podrá ser suave, pero es de resultados seguros. Usted le vencerá á fuerza de constancia, prométamelo.

Viol. Haré lo posible. Excuso decir que considero como la mayor insensatez reducirnos de esta manera a la pobreza.

Malone Claro, claro.

Viol. (Después de un momento de reflexión.) Lo mejor será que me dé usted á mí el cheque que antes le devolvió. Lo necesitará para pagar la cuenta del hotel. Yo veré si puedo hacer que lo acepte. No ahora mismo, excuso decir, pero sí en el momento oportuno.

Malone (Con vivo asentimiento.) Sí, sí, sí; ese es precisamente el camino. (Le entrega el cheque de mil dólares, añadiendo con tono significativo.) Esto, naturalmente, es la mensualidad de soltero, luego ya será otra cosa.

Viol. (Fríamente.) Ya, ya. (Toma el cheque.) Muchas gracias. A propósito, Mr. Malone, esas dos casas á que antes aludió... las abadías.

Malone ¿Pues?

Viol. No compre ninguna hasta que yo la haya visto. Nunca se puede saber qué defectos tienen esos edificios antiguos.

Malone Descuide usted, que no haré nada sin consultarla.

Viol. (Atenta, pero sin demostración de agradecimiento) Gracias, eso será lo mejor. (Se vuelve tranquila

mente hacia la villa escoltada cortesmente por Malone hasta el extremo alto del jardín,)

Tanner (Llamando la atención de Ramsden sobre la actitud de humilde obsequiosidad de Malone depidiéndose de Violeta.) ¡Y ese pobre diablo es un billonario, una de las grandes inteligencias de nuestra época, atado al cordel como un perro de lanas por la primera muchacha que se toma el trabajo de despecharle! ¿Si habré de parar yo en lo mismo algún día? (Vuelve al césped bajando por la escalera.)

Ramsden (Siguiéndole.) Cuanto antes, mejor para usted.

Malone (Frotándose las manos al volver por el jardín) Esa ha de ser una gran mujer para Héctor. No la cambiaría yo por diez duquesas. (Baja al césped y viene á colocarse entre Ramsden y Tanner.)

Ramsden (Muy atento con el billonario.) Es un placer inesperado encontrarle á usted en este rincón del mundo, Mr. Malone. *¿Ha venido usted á comprar la Alhambra?*

Malone Hombre, no digo que no podrá ser. De todos modos, mejor estaría esa joya arquitectónica en mis manos que en las del gobierno español. Pero no es la causa de mi venida. Para decirle á usted la verdad, hace cosa de un mes escuché la parte de una conversación entre dos hombres, acerca de una porción de acciones. No estaban conformes en el precio. Eran jóvenes y ansiosos y no sabían que, si las acciones valían lo que se ofrecía por ellas, debían de valer también lo que se pedía, pues la diferencia era insignificante. Por diversión intervine en la conversación y acabé por comprar las acciones. Pero el caso es que hasta la fecha no he podido saber en qué consiste la empresa. La sede está en esta ciudad y la razón social es Mendoza y Compañía. Ahora, que si la empresa es una mina, ó un banco, ó una fábrica de electricidad...

Ramsden Mendoza es un hombre á quien yo conozco. Sus principios son muy comerciales. Si quiere usted acompañarnos en una jira alrededor de la ciudad en nuestro automóvil, Mr. Malone, podrá usted verse con él de paso.

Malone Con mucho gusto, ya que es usted tan amable. ¿Y puedo saber con quién tengo el honor?...

Ramsden Soy Mr. Roebuck Ramsden, un antiguo amigo de su nuera.

Malone Tengo un verdadero placer en conocerlo, Mr. Ramsden.

Ramsden Gracias, el gusto es mío. Mr. Tanner es también de nuestra partida.

Malone Me alegro también de conocerle á usted, Mr. Tanner.

Tanner Igualmente. (Malone y Ramsden salen muy amigos por la puertecilla. Tanner llama á Octavio, que está paseándose por el jardín con Ana.) ¡Octavito! (Octavio se acerca á la escalera y Tanner dice en voz baja:) ¡Violeta se ha casado con un comanditario de bandoleros !(Tanner sale corriendo para alcanzar á Malone y Ramsden. Ana se acerca despacio á la escalera, con el vago deseo de atormentar á Octavio.)

Ana ¿No quiere usted ir con ellos, Octavito?

Oct. (Brotándole de repente unas lágrimas.) Me desgarra usted el corazón, Ana, al decirme que me vaya. (Baja al césped para ocultar su cara. Ella le sigue cariñosa.)

Ana ¡Pobrecito Octavio! ¡Pobre corazoncito!

Oct. Le pertenece á usted, Ana. Perdóneme, tengo que hablar de ello. Ya sabe que yo la quiero.

Ana ¿De qué sirve eso, Octavio? Ya sabe usted que mi madre ha decidido que yo me case con Juanito.

Oct. (Atónito.) ¿Con Juanito?

Ana Es absurdo, ¿verdad?

Oct. (Con resentimiento creciente.) ¿Quiere esto decir qne Juanito ha estado jugando conmigo todo el tiempo? ¿Que me ha estado instando para que no me casara con usted porque sus intenciones son casarse con usted él?

Ana (Alarmada.) No, no, hombre, y no le diga us ted que yo he dicho semejante cosa. No creo que Juanito sepa lo más mínimo de todo ello. Unicamente, que se desprende clara-

Malone mente del testamento de mi pobre padre que la voluntad suya era que yo me casara

Viol. con Juanito. Y mi madre se empeña en que así suceda.

Oct. Pero no está usted obligada á sacrificarse continuamente á los caprichos de sus padres.

Ana Mi pobre padre me quería mucho. Mi madre también me quiere. Seguramente que los deseos de ellos son una mejor guía que mis egoísticas propias inclinaciones.

Oct. ¡Oh! Yo sé que usted no es egoísta. Pero, créame—aunque estoy hablando en mi propio interés—la cuestión tiene una segunda parte. ¿Podrá Juanito casarse con usted si usted no le quiere? ¿Está bien en usted destruir mi dicha si usted no le quiere? ¿Está bien destruir mi dicha y la de usted si es que usted me quiere?

Ana (Mirándole con un vago impulso de lástima.) Octavito querido, es usted un corazón de oro, un buen chico.

Oct. (Humillado.) ¿Nada más?

Ana (Maliciosa á pesar de su lástima.) Ya es mucho, le aseguro. Usted besaría siempre donde yo pisara, ¿verdad?

Oct. Sí, aunque suena ridículo. Pero no es exagerado. Así haré siempre.

Ana Siempre, es decir mucho, Octavito. Mire, yo tendría que vivir siempre conforme á su idea de mi divinidad, y creo que sería imposible de estar casada con usted. Pero si me caso con Juanito, usted nunca estará desilusionado, por lo menos hasta que yo sea demasiado vieja.

Oct. Yo también envejeceré, Ana. Y cuando tenga ochenta años, una cana de la mujer que yo ame, me hará temblar de emoción más que la gruesa trenza en la cabeza de la más hermosa joven.

Ana (Casi conmovida.) ¡Oh, eso es poesía, Octavio, verdadera poesía! Me causa como una repentina extraña sensación del eco de una vida anterior, que es para mí una prueba evidente de que tenemos almas inmortales.

Oct. ¿Cree usted que es verdad?

Ana Octavito, si ha de resultar verdad, es preciso que renuncie á mí y al mismo tiempo me quiera.

Oct. ¡Oh! (Se sienta de repente al velador y se cubre la cabeza con ambas manos.)

Ana (Con convicción.) Octavito, por nada en el mundo quisiera destruir sus ilusiones. Ni puedo aceptarle ni dejarle. Veo exactamente lo que realmente le conviene. Debe usted, por causa mía, acabar en viejo solterón sentimental.

Oct. (Desesperado.) Ana, yo me mataré.

Ana ¡Oh, no haga usted eso! Sería poco amable. No lo pasará usted mal. Las mujeres le querrán mucho. Irá usted mucho á la ópera. Un corazón destrozado es una afección que viste bien en Londres cuando se tiene una buena renta.

Oct. (Considerablemente enfriado, pero creyendo que es solo que recobra la calma.) Veo, Ana, que hace usted lo posible para consolarme. Juanito le habrá hecho creer que el cinismo es el mejor tónico para mí. (Se levanta con tranquila dignidad.)

Ana (Observándole con mucha atención.) Ve usted, ya le estoy desilusionando. Eso es lo que yo temo.

Oct. ¿No teme desilusionar á Juanito?

Ana (Cuya cara se ilumina con maligno éxtasis, murmurando.) No puede ser, no tiene ilusiones respecto de mí. Sorprenderé á Juanito en sentido contrario. Deshacerse de una impresión desfavorable es más fácil que mantenerse en las alturas del ideal. ¡Oh, yo embelesaré á veces á Juanito!

Oct. (Recobrando la fase calurosa de la desesperación y empezando á disfrutar de su corazón destrozado y actitud delicada sin saberlo.) No lo dudo. Le embelesará usted siempre. Y él... tonto de él... cree que usted le hará desgraciado.

Ana Sí, esa es la dificultad para mí.

Oct. (Heroico.) ¿Quiere usted que yo le diga que usted le ama?

Ana (Brusca.) ¡Oh, no, huiría otra vez!

Oct. (Herido en su modo de sentir.) Pero diga usted, Ana, ¿usted se casaría con un hombre contra su voluntad?

Ana ¡Qué cosas tiene usted, Octavito! No hay hombre que tenga voluntad cuando una mujer realmente le anhela. (Se ríe con maldad.) Le extraño á usted, supongo. Pero conoce

que ya le proporciona cierta íntima satisfacción el verse á sí mismo fuera de peligro.

Oct. (Quedándose parado.) ¡Satisfacción! (En tono de reproche.) ¡Así me habla usted!

Ana Pues si fuese realmente una agonía, ¿pediría usted más aún?

Oct. ¿He pedido yo más?

Ana Se ha ofrecido usted á decirle á Juanito que le amo. Eso es sacrificio de sí mismo, concedido, pero debe de haber alguna satisfacción en ello. Tal vez sea porque es usted poeta. Se parece al pájaro que oprime su pecho contra la punzante espina para hacerse cantar.

Oct. Es bien sencillo. La quiero y deseo que sea feliz. Usted no me quiere, de modo que yo no puedo hacerla feliz, pero puedo contribuir á que otro lo haga.

Ana Sí, parece muy sencillo. Pero dudo que conozcamos los verdaderos motivos de nuestras acciones. Lo único verdaderamente sencillo es ir derecho á lo que deseamos y agarrarlo. Puede ser que no le ame á usted, Octavito, pero á veces me dan como ganas de hacerle hombre. Es usted muy ignorante en lo que concierne á las mujeres.

Oct. (Casi con frialdad.) Estoy contento de ser como soy en este particular.

Ana Entonces no debe usted acercarse á ellas, sino sólo soñar con ellas. Por nada en el mundo quisiera yo casarme con usted, Octavito.

Oct. No tengo esperanza alguna, Ana; acepto mi mala estrella. Pero no creo que sepa usted bien cuánto me hace sufrir.

Ana Es usted tan tierno de corazón. Es extraño que sea usted tan diferente de Violeta. Ella es más dura que el acero.

Oct. ¡Oh, no! Estoy seguro de que Violeta tiene un verdadero corazón de mujer.

Ana (Con alguna impaciencia.) ¿Por qué dice usted esto? ¿No es de mujer ser lista, saber arreglar sus negocios, tener mucho juicio? ¿Quisiera usted que Violeta fuese una idiota... ó una cosa peor, como yo?

Oct. ¿Una cosa peor, como usted?... ¿Qué quiere usted decir, Ana?

Ana — No he querido decir eso, naturalmente. Pero aprecio mucho á Violeta. Va siempre derecha por el camino que se ha trazado.

Oct. — (Suspirando.) Lo mismo que usted.

Ana — Bueno, pero de todos modos, ella procede sin habladurías... sin excitar sentimentalismos.

Oct. — (Con insensibilidad fraternal.) Creo que nadie pueda entusiasmarse mucho por Violeta, por más bonita que sea.

Ana — Si ella se lo propusiera, ya lo creo.

Oct. — Pero creo que ninguna mujer honrada podría así deliberadamente explotar los instintos de un hombre.

Ana — ¡Ay, ay, ay, Octavito de mi alma! ¡Dios tenga de su mano á la mujer que se case con usted!

Oct. — (Sintiendo revivir su pasión al oirse llamar así.) ¡Oh! ¿por qué dice usted eso, por qué? No me atormente. No comprendo.

Ana — Suponga que ella esté mintiendo y colocando lazos para cazar hombres.

Oct. — ¿Cree usted que yo podría casarme con semejante mujer?... Yo que he conocido y amado á usted.

Ana — ¡Hum! De todos modos, ella es la que no quisiera, si tuviese juicio. En fin, ya está arreglado, no quiero hablar más. Dígame que me perdona y que el asunto ha terminado.

Oct. — No tengo que perdonar nada, y el asunto está terminado. Y aunque la herida quede abierta, por lo menos usted nunca la verá sangrar.

Ana — Poético hasta el final, Octavito. Adiós, querido. (Le acaricia la mejilla, tiene un impulso de besarle y luego otro impulso de repugnancia, que se lo impide; finalmente, huye á través del jardín hacia la «villa».)

(Octavio, otra vez se sienta al velador, apoyando la cabeza en la mano y sollozando suavemente. MISTRESS WHITEFIELD, que ha estado de compras por las tiendas de Granada y se trae una red llena de paquetitos, entra por la puertecilla y le ve.)

Mrs. Whi. — (Precipitándose hacia él y levantándole la cabeza.) ¿Qué le pasa, Octavito? ¿Está usted malo?

Oct. No, no es nada, nada.

Mrs. Whi. (Todavía teniéndole la cabeza, angustiada.) ¡Pero, está usted llorando! ¿Es por el casamiento de Violeta?

Oct. No, no. ¿Quién le ha dicho lo de Violeta?

Mrs. Whi. (Devolviendo la cabeza á su dueño) Me encontré á Roebuck y á aquel terrible viejo irlandés. ¿Está usted seguro de no estar enfermo? ¿Qué le sucede?

Oct. (Cariñoso.) No es nada... un corazón destrozado ¿No suena ridículo?

Mrs. Whi. Pero, ¿qué hay? ¿Es que Ana ha hecho una de las suyas?

Oct. No es culpa de Ana. Y no crea usted que tengo resentimiento con usted.

Mrs. Whi. (Con extrañeza.) ¿De qué?

Oct. (Apretándole la mano.) De nada. Le aseguro á usted que no le tengo resentimiento alguno.

Mrs. Whi. Pero repito, ¿de qué? ¿He hecho yo algo que pueda haberle ofendido?

Oct. (Sonriéndose dolorido.) ¡No lo comprende usted! Confieso que está usted en lo justo prefiriendo á Juanito para marido de Ana. Pero yo amo á Ana y me hace sufrir la idea de perderla para siempre. (Se levanta y va hacia el centro del césped.)

Mrs. Whi. (Siguiéndole á prisa.) ¿Le ha dicho Ana que yo quiero que se case con Juanito?

Oct. Sí, así me ha dicho.

Mrs. Whi. (Pensativa.) Entonces, lo siento mucho por usted, Octavito. Es su manera de hablar para decir que ella desea casarse con Juanito. ¿Qué le importa lo que yo diga ó desee?

Oct. Pero seguramente no lo diría si no lo creyese verdad. Supongo que no sospechará usted á Ana de... de querer engañar.

Mrs. Whi. No haga usted caso, Octavito. No sé lo que es mejor para un joven: saber demasiado poco, como usted, ó saber demasiado, como Juanito.

(TANNER vuelve.)

Tanner Pues bien, ya me he quitado de encima al viejo Malone. Le he presentado á Mendoza y he dejado á los dos ladrones arreglarse entre sí. ¡Hola, Octavito, vaya una cara que traes!

Oct. Según veo, tengo que arreglarme un poco. Voy á mi cuarto á ver si me refresco con una ducha á la cabeza. (A Mrs. Whitefield.) Dígale lo que le parezca. (A Tanner.) Sabe, Juanito, que Ana está conforme.

Tanner (Extrañado de su modo de ser.) Conforme, ¿con qué?

Oct. Con los deseos de su señora madre. (Va con melancólica dignidad hacia la «villa».)

Tanner ¿Qué significa ese misterio? ¿Cuál es su deseo? Será cumplido, sea el que sea.

Mrs. Whi. (Con agradecimiento, lacrimosa.) Muchas gracias, Juanito. (Se sienta. Tanner trae otra silla, desde la mesa, y se sienta junto á ella, apoyando los codos en las rodillas, prestándole suma atención.) No sé por qué es así que los hijos de otras personas son tan amables para conmigo, mientras mis hijas me tienen tan poca consideración. No es extraño que parezca yo querer más á usted, y Octavito, y Violeta, que á Ana y Rhoda. Este mundo es muy raro. Antes todo se hacía sencilla y sinceramente, á la buena de Dios, y, hoy día, parece que nadie siente y piensa como debiera.

Tanner Sí, señora, la vida es más complicada de lo que se solía creer. Pero, ¿qué puedo hacer por usted.

Mrs. Whi. Es precisamente lo que quiero decirle. Claro está que usted se casará con Ana, que lo quiera yo ó no lo quiera...

Tanner (Poniendose bruscamente de pie.) Me parece que me quieren casar con Ana, que lo quiera yo ó no lo quiera.

Mrs. Whi. (Calmosa.) Probablemente se casará usted con ella. Ya sabe usted cómo las gasta cuando se ha propuesto una cosa. Pero á mí no me metan en el lío para nada, es lo único que pido. Octavio me acaba de decir que ella afirma que yo me empeño en que usted se case con ella, y el pobre muchacho está desesperado, porque la quiere, aunque no puedo comprender lo que tanto le llama la atención en ella. Pero, en fin, de gustos no se puede discutir. Ahora es inútil decirle á Octavito que Ana engaña á la gente diciendo que yo tengo deseo de eso ó de más allá,

cuando á mí ni se me ha pasado por la mente. Ella no haría más que irritar á Octavito contra mí. Pero usted ya sabe mejor á qué atenerse. Así, pues, si usted se casa con Ana, nunca se enfade conmigo.

Tanner (Enfático.) No tengo la más mínima intención de casarme con ella.

Mrs. Whi. (Socarrona.) Usted le conviene más que Octavito. En usted, Juanito, encontraría la horma de su zapato. Me alegraría verla en manos de quien la puede.

Tanner Ningún hombre puede á una mujer como no sea con una estaca ó un par de botas claveteadas. Y aun no siempre. De todos modos, yo no valgo para manejar la estaca contra ella. Así, pues, no sería más que su esclavo.

Mrs. Whi. No, á usted le tiene miedo. De todos modos, usted le diría la verdad sobre ella. No se zafaría de usted como de mí.

Tanner Todo el mundo me llamaría bruto si yo le dijese á Ana la verdad en los términos de su propio código moral. En primer lugar, Ana, dice cosas que no se ciñen á la más extricta verdad.

Mrs. Whi. Me alegro de que haya alguien que no la tenga por un ángel.

Tanner En una palabra... para hablar ya como si fuese su marido y estuviésemos riñendo... es una mentirosa. Y como ha enamorado locamente á Octavito sin intención de casarse con él, es una coqueta, si hemos de atenernos á la definición de que una coqueta es una mujer que provoca pasiones que no tiene intención de satisfacer. Y como ahora á usted la ha llevado á estar dispuesta á sacrificarme en el altar por la mera satisfacción de verme llamarla mentirosa, deduzco de ello que también es de armas tomar. No puede intimidar á los hombres como intimida á las mujeres, así, pues, habitualmente y sin escrúpulo alguno usa su fascinación personal para reducir la voluntad de los hombres. Esto hace que viene á ser un ser que casi no puedo calificar sin faltar al respeto que debo á usted.

Mrs. Whi. (Tratando de suavizar.) Hombre, no puede usted pedir la perfección, Juanito.

Tanner Tampoco la pido. Pero me enfada el modo de ser de Ana. Sé perfectamente que todo aquello de ser ella una mentirosa, y una coqueta, y una bravía es una acusación que se puede hacer contra todo el mundo. Todos mentimos, todos nos hacemos los valientes en lo que nos atrevemos, todos buscamos admiración sin la más mínima intención de merecerla, todos sacamos lo que podemos de nuestro don de agradar. Si Ana quisiera confesar eso, yo no reñiría con ella. Pero no quiere. Cuando tenga hijos se aprovechará de las mentiras que digan para divertirse en pegarlos. Si otra mujer (de nuestras conocidas) me mirase, Ana diría que no quiere seguir tratando á una coqueta. Hará exactamente lo que á ella le guste mientras exigirá que todos los demás se atengan estrictamente al código de las convenciones sociales. En resumen, todo lo aguanto excepto su maldita hipocresía. Esta es la que á mí me revienta.

Mrs. Whi. (Arrebatada por el alivio de oir su propia opinión tan elocuentemente expresada.) ¡Oh! sí, es una hipócrita. Sí lo es, ya lo creo.

Tanner Entonces, ¿por qué quiere usted que me case con ella?

Mrs. Whi. ¡Vaya! Eso es, écheme á mí el mochuelo. Nunca he pensado en semejante cosa hasta que me dijo Octavito que ella se lo había asegurado. Pero, sabe usted, yo quiero mucho á Octavito, para mí es así como un hijo, y no quiero verle pisoteado y desgraciado.

Tanner Y á mí que me parta un rayo, ¿verdad?

Mrs. Whi. ¡Oh! usted es muy diferente, usted ya sabe resguardarse solo. Ya la sabrá domar. Y luego, de todos modos, con alguien tiene Ana que casarse.

Tanner ¡Ah! ya habla el instinto de la vida. Usted la detesta, pero usted está convencida de que debe procurar casarla.

Mrs. Whi. (Levantándose ofendida.) ¿Quiere usted decir que yo detesto á mi hija? Supongo que no me

creerá tan mala y desnaturalizada, meramente porque veo sus defectos.

Tanner (Cínico.) ¿La adora usted entonces?

Mrs. Whi. Sí, la quiero mucho, como es natural. ¡Qué cosas más raras se le ocurren á usted, Juanito! ¿No hemos de querer á los pedazos de nuestras entrañas?

Tanner Claro, porque el afirmarlo así evita disgustos. Pero, por mi parte, sospecho que los lazos de consanguinidad más bien son origen de repugnancia natural. (Se levanta.)

Mrs. Whi. No debe usted hablar así, Juanito. Espero que no diga nada á Ana de lo que hemos estado hablando. Yo solo he querido sincerarme ante usted y Octavito. No podía quedarme callada y dejar que me echaran la culpa de todo unos y otros.

Tanner (Cortés.) Muy bien.

Mrs. Whi. (Nada satisfecha.) Y ahora no he hecho más que empeorar las cosas. Octavito está enfadado conmigo porque no tengo una opinión más elevada de Ana. Y cuando me sugieren que Ana debiera casarse con usted, ¿qué puedo yo decir sino que le estaría bien empleado á ella?

Tanner Gracias.

Mrs. Whi. No sea usted tonto y no quiera interpretar mal mis palabras. Conmigo hay que jugar limpio...

(ANA viene de la «villa», seguida de VIOLETA vestida para ir en automóvil.)

Ana (Acercándose á la derecha de su madre con suavidad amenazadora.) ¡Hola!, mamá, parece que es muy entretenida la charla con Juanito. Se los oye á ustedes por todo el jardín.

Mrs. Whi. (Asustada.) Pero ¿has escuchado?...

Tanner Nada de eso. Ya se sabe, Ana solo ha... en fin, lo que dijimos antes de su modo de ser. No ha oido ni una palabra.

Mrs. Whi. (Enérgica.) No me importa que haya oído ó no. Tengo derecho á hablar lo que me parezca.

Viol. (Llegándose al césped y colocándose entre Mrs. Whitefield y Tanner.) He venido para despedirme. Voy á emprender mi viaje de boda.

Mrs. Whi. (Llorando.) No diga usted eso, Violeta. ¡Vaya

una boda, sin ceremonia nupcial, sin trajes, sin banquete, sin nada!

Viol. (Acariciándola.) No estaré ausente mucho tiempo.

Mrs. Whi. No le deje llevársela á América, prométame que no le dejará.

Viol. (Muy decidida.) Descuide usted, ¡No faltaba más! No llore, querida, que solo voy al hotel.

Mrs. Whi. Pero marcharse así en ese traje, con su equipaje, me hace pensar en que... (Solloza y vuelve á estallar su pena.) ¡Cuánto desearía que fuese usted mi hija, Violeta!

Viol. (Consolándola.) Vamos, vamos, que lo soy. Ana va á tener celos.

Mrs. Whi. ¿Qué le importo yo á Ana?

Ana ¡Por Dios, mamá, no llores, que no hay para qué! Además ya sabes que á Violeta no le gusta. (Mrs. Whitefield se enjuga los ojos y se tranquiliza.)

Viol. Adiós, Juanito.

Tanner Adiós, Violeta, y muchas felicidades.

Viol. Cuanto antes se case usted también, mejor será. Será usted mucho mejor comprendido.

Tanner (Reacio.) Espero verme casado esta misma tarde. Todos se han empeñado ustedes, según parece.

Viol. Peor cosa podría usted hacer. (A Mrs. Whitefield echándole el brazo por el talle.) La voy á llevar al hotel conmigo, le hará bien el paseíto. Entre un momento y coja un abrigo. (La lleva hacia la villa.)

Mrs. Whi. (Al subir por el jardín.) No sé lo que va á ser de mí cuando usted se haya marchado, con nadie á mi lado más que Ana. Y ella siempre está ocupada con los hombres. Claro que no puedo esperar que su esposo quiera sufrir la molestia de tener en su casa una vieja como yo. No me diga nada, la cortesía está muy bien, pero yo no me hago ilusiones. (Se alejan hasta ya no ser ni vistas ni oídass.)

(Ana reflexionando sobre el oportuno consejo de Violeta, se acerca á Tanner, le mira un momento de piés á cabeza con cierto regocijo y finalmente suelta la palabra)

Ana Violeta tiene razón. Usted debiera casarse.

Tanner (Como una explosión.) Ana, conste, no quiero casarme con usted. ¿Lo oye usted? No quiero, no quiero, no quiero.

Ana (Plácida.) Nadie se lo pide, caballero, nadie, nadie, nadie.

Tanner Sí; nadie lo pide, pero todo el mundo lo da por hecho. Está en al aire. Cuando nos encontramos, los demás se ausentan con pretextos absurdos para dejarnos solos uno con otro. Ramsden ya no me mira de reojo. Sus ojos brillan alegres, como si ya nos viera juntos en la iglesia. Octavio me dirige á su madre de usted y me da la enhorabuena. Straker abiertamente la trata á usted como á su futura ama; él fué quién primero me habló de ello.

Ana ¿Por eso huyó usted?

Tanner Sí, para luego ser detenido por un bandolero enfermo de amor, y ser encerrado como chico que hizo novillos.

Ana Pues bien, si usted no quiere casarse, no se case, y punto concluído. (Se aparta y se sienta tranquilamente.)

Tanner (Siguiéndola.) ¿Hay algún hombre que quiera ser ahorcado? Y, sin embargo, hay hombres que se dejan ahorcar sin resistencia alguna, aunque pudiesen siquiera saltarle un ojo al clérigo que los asiste en su último trance. Cumplimos la voluntad del universo, no la nuestra. Tengo como un terrible presentimiento de que dejaré que me casen, porque es la voluntad del universo que usted tenga un marido.

Ana Es probable que lo tenga algún día.

Tanner Pero ¿por qué he de ser precisamente yo, yo entre todos los hombres? Para mí el casamiento es una apostasía, una profanación del santuario de mi alma, una violación de dignidad como hombre, una venta de mis derechos nativos, una vergonzosa rendición, una capitulación ignominiosa, una aceptación de la derrota. Decaeré como una cosa que ha llenado su objeto y ya no hace falta, me convertiré de hombre con porvenir en hombre con pasado; veré en los ojos ruines de todos los demás casados la expresión de

maligno placer que les proporciona la llegada de un nuevo preso que viene á compartir su ignominia. Los solteros me despreciarán como á un desertor, para las mujeres yo, después de haber sido siempre un enigma y una probabilidad, seré meramente una propiedad ajena, una mercancía averiada, cuando más un hombre de segunda mano.

Ana Pues su mujer puede ponerse una gorra ridícula y afearse, como mi abuela, para tranquilizarle.

Tanner ¡Para hacer más insolente su triunfo con arrojar públicamente el cebo en el momento en que la trampa se cierra sobre su víctima!

Ana Después de todo, ¿qué diferencia habría, aunque fuese así? La hermosura hace efecto á la primera vista, pero, ¿quién hace caso después de que está en casa tres días? Encontré muy bonitos nuestros cuadros cuando mi pobre papá los compró, pero luego no los he vuelto á mirar durante años. Uste nunca se preocupa de que si soy guapa ó fea, está usted demasiado acostumbrado á verme. Podría yo ser un bastonero, y me miraría usted lo mismo.

Tanner Miente usted, vampiro, miente con toda la boca.

Ana Adulador incorregible. ¿Por qué trata de fascinarme, Juanito, si no quiere casarse conmigo?

Tanner ¡La fuerza de la vida! ¡Estoy entre las garras de la fuerza vital!

Ana No entiendo una palabra.

Tanner ¿Por qué no se casa usted con Octavio? El no desea otra cosa. ¿O es que no la satisface una presa que no lucha?

Ana (Volviéndose hacia él como para comunicarle un secreto.) Octavito nunca se casará. ¿No ha notado usted que los hombres como él nunca se casan?

Tanner ¡Cómo! Un hombre que idolatra á las mujeres, que no ve en la naturaleza sino escenarios para duos de amor. ¡Octavio, el hombre caballeresco, el fiel, el tierno de corazón, el

verídico! ¡Que nunca se ha de casar! Pero si ha nacido para dejarse seducir por los primeros ojos de mujer que encuentre en la calle.

Ana Sí, ya sé. Y, sin embargo, Juanito, los hombres como él suelen vivir toda la vida, en cómodas casas de soltero, con su corazón dolorido y todo. Y sus amas de llaves los adoran, y ellos nunca se casan. En cambio, los como usted se casan fatalmente.

Tanner (Dándose golpes en la frente.) ¡Es la verdad, la espantosa, horrible verdad! La he tenido delante de mis ojos durante toda mi vida, y nunca me he fijado en ella hasta ahora.

Ana ¡Oh! lo mismo pasa con las mujeres. El temperamento poético es muy bonito, muy amable, muy agradable, muy encantador Pero es el temperamento para solteronas.

Tanner Estéril. Por eso la fuerza vital pasa indiferente por su lado.

Ana Si es eso lo que quiere decir con la fuerza vital, así es.

Tanner ¿Y no quiere usted á Octavito?

Ana (Mirando con precaución a su alrededor para ver si nadie la puede oir.) No.

Tanner ¿Y me quiere usted á mí?

Ana (Levantándose tranquila y alzando el dedo.) ¡Vaya, Juanito, no se propase!

Tanner ¡Infame mujer, reptil, demonio!

Ana ¡Boa constrictor, elefante!

Tanner ¡Hipócrita!

Ana (Con suavidad.) Tengo que serlo por causa de mi futuro esposo.

Tanner ¡Por causa mía... (Corrigiéndose.) digo, por causa suya!

Ana (Aparentando no haber notado la corrección.) Sí, por causa de usted. Lo mejor que puede usted hacer, Juanito, es casarse con la que llama usted una hipócrita. Las mujeres que no son hipócritas andan por ahí sin corsé, en traje reformista, y se hacen sufragistas, y son insultadas y vilipendiadas de mil maneras. Y sus maridos se ven metidos en el ajo y pasan las de Caín. ¿No es mejor una mujer de la que se pueda usted fiar?

Tanner No, mil veces no; las tribulaciones son el.

elemento de los revolucionarios. Se limpian moralmente los hombres como material mente se friega la vajilla: con agua hirviendo.

Ana — También el agua fría tiene su empleo. Des de luego es sana.

Tanner — (Exasperado.) ¡Ah! es usted muy lista; en el momento supremo la fuerza vital la dota con todas las cualidades. Pues bien, yo también puedo ser hipócrita. El testamento de su padre me nombró su tutor, no su cortejo. Quiero cumplir fielmente su sagrada voluntad.

Ana — (Con voz baja de sirena.) Antes de hacer testamento me preguntó á quién quería de tutor. Yo elegí á usted.

Tanner — Entonces la última voluntad de su padre era la voluntad de usted. El cepo se armó desde un principio.

Ana — (Concentrando toda su magia.) Desde un principio, sí, desde nuestra infancia... para los dos... por la fuerza de la vida.

Tanner — No quiero casarme con usted. No quiero, no quiero.

Ana — Sí quiere, sí, sí.

Tanner — Le digo que no. No, no.

Ana — Le digo que sí. Sí, sí.

Tanner — ¡No!

Ana — (Halagadora, suplicante, casi agotada.) Sí, sí. Antes de que sea tarde para arrepentirse. Sí.

Tanner — (Quedando parado como oyendo un eco del pasado.) ¿Cuándo me ha sucedido todo esto ya una vez? ¿Es que estamos soñando los dos?

Ana — (Perdiendo de repente todo ánimo, con una angustia que no puede ocultar.) No, estamos despiertos, y usted ha dicho que no; esto es todo.

Tanner — (Brutal.) ¿Pues?

Ana — Pues que me he equivocado. Usted no me ama, no me ama, ¡ay de mí!...

Tanner — (Cogiéndola en sus brazos.) Mentira, mentira, te quiero, te amo con toda mi alma. Me encanta la fuerza de la vida. Tengo el univer so entero entre mis brazos al cogerte á ti en ellos. Pero estoy luchando por mi libertad, mi honor, mi personalidad, una é indivisible.

Ana — Tu dicha todo lo compensará.

Tanner — Pero, ¿tú venderías libertad, honor y personalidad, por la dicha?

Ana — Para mí no todo será dicha. Quizás sea la muerte.

Tanner — (Gimiendo.) ¡Oh! esto sí que penetra y punza. ¿Qué es lo que se desgarra en mí? ¿Habrá un corazón de padre como hay un corazón de madre?

Ana — Cuidado, Juanito, si alguien llega viéndonos así, tendrás que casarte conmigo.

Tanner — Si los dos estuviésemos ahora en el borde de un precipicio, no te soltaba y me tiraba de cabeza.

Ana — (Jadeando, flaqueando cada vez más por la presión de sus brazos.) Juanito, suéltame. Me he atrevido tanto... va durando más de lo que pensaba. Suéltame, no puedo resistirlo.

Tanner — Yo tampoco. Deja que nos mate.

Ana — Sí, no me importa. Estoy al cabo de mis fuerzas. No me importa. Me parece que me voy á desmayar.

(En este momento Violeta y Octavio vienen de la «Villa» con Mrs. Whitefield que lleva su abrigo para el automóvil. Simultáneamente Malone y Ramsden, seguidos de Mendoza y Straker, entran por la puertecilla. Tannér, avergonzado, suelta á Ana que se lleva la mano a la frente, como mareada.)

Malone — Cuidado, parece que esa señorita se pone mala.

Ramsden — ¿Qué sucede?

Viol. — (Colocándose á prisa entre Ana y Tanner.) ¿Estás mala?

Ana — (Tambaleándose, con un esfuerzo supremo.) He dado promesa á Juanito de casarme con él. (Cae desvanecida. Violeta se arrodilla á su lado y le frota la mano. Tanner se precipita para cogerle la otra mano y trata de levantarle la cabeza. Octavio se arrima para ayudar á Violeta, pero no sabe qué hacer. Mrs. Whitefield vuelve corriendo á la «Villa». Octavio, Malone y Ramsden se arriman a Ana y se inclinan para ayudarla. Straker friamente va hacia los piés de Ana. Mendoza hacia la cabeza, ambos erguidos y en posesión de sí mismos.)

Stra. — Oiganme, señoras y señores, no hay que agolparse así; esa señorita, ante todo, necesi-

ta aire, lo más aire posible. Dispensen, apártense... (Malone y Ramsden le permiten que los empuje suavemente, para apartarlos de Ana, por el césped hacia el jardín, adonde Octavio, convencido de su inutilidad, los sigue. Straker, antes de alejarse también, se vuelve y dice á Tanner.) No le levante la cabeza, Mr. Tanner, póngala más bien baja para que la sangre pueda volver á ella.

Mend. Tiene razón Mr. Tanner. Confíe en el aire de la sierra. (Se retira discretamente hacia la escalera del jardín.)

Tanner (Levantándose.) Me inclino ante sus conocimientos superior de la fisiología, Enrique. (Se retira hacia el rincón del césped, y Octavio inmediatamente se le acerca.)

Oct. (Aparte á Tanner, apretándole la mano.) Sé dichoso, Juanito!

Tanner (Aparte á Octavio.) Nunca la he solicitado, te juro. Es un cepo que me han puesto. (Sube hacia el jardín. Octavio se queda petrificado.)

Mend. (Deteniendo á Mrs. Whitefield que viene de la «Villa» con un vaso de coñac.) ¿Qué es eso, señora? (Se lo quita.)

Mrs. Whi. Una miaja de coñac.

Mend. Lo peor que podría usted darle. Permítame. (Lo tira.) Confíe en el aire de la sierra, señora.

(Por un momento todos los hombres olvidan á Ana y miran fijamente á Mendoza.)

Ana (Hablando al oido de Violeta, echándole el brazo por el cuello.) Violeta, ¿dijo algo Juanito cuando me desmayé?

Viol. No, nada.

Ana ¡Ah! (Con un suspiro de intenso alivio vuelve á su desmayo.)

Mrs. Whi. ¡Ay! vuelve á desmayarse.

(Están á punto de precipitarse todos otra vez hacia ella, pero Mendoza los para con un ademán de advertencia.)

Ana (En posición supina.) No, no. Soy completamente dichosa.

Tanner (Acercándose de pronto muy decidido y arrebatando á Violeta la mano de Ana para tomarle el pulso.) Pero si su pulso está muy fuerte. Vaya, levántese. ¡Qué tontería! ¡Arriba! (La levanta sin más miramientos.)

Ana Sí, ahora me siento bastante fuerte. Pero á poco me matas, Juanito. á todo eso.

Malone El novio es de los bruscos, ¿eh? Pues son los mejores, Mrs. Whitefield. Le felicito, Mister Tanner, y espero verla á usted y á su esposo con frecuencia en la abadía.

Ana Gracias. (Pasa por el lado derecho de Malone para ir hacia Octavio.) Octavito, felicíteme. (Aparte á él.) Quiero hacerle llorar por última vez.

Oct. (Con firmeza.) No más lágrimas. Soy dichoso con su dicha. Y creo en usted á pesar de todo.

Ramsden (Poniéndose entre Malone y Tanner.) Es usted un hombre feliz, Tanner. Le envidio.

Mend. (Avanzando por entre Violeta y Tanner.) Caballero, hay dos tragedias en la vida. La una consiste en no conseguir el anhelo de su corazón, la otra en conseguirlo. La mía y la euya, caballero.

Tanner Señor Mendoza, yo no tengo anhelo del corazón. Ramsden, es muy fácil para usted eso de llamarme hombre feliz. Es usted mero espectador, pero yo soy uno de los protagonistas y sé donde me aprieta el zapato. Vamos, Ana, deja ya de seducir á Octavito y ven acá

Ana (Obedeciendo.) Eres tonto, Juanito. (Coge el brazo que le ofrece)

Tanner (Continuando.) Declaro solemnemente que no soy un hombre feliz. Ana parece feliz, pero está sólo triunfante, victoriosa, gozando de su éxito. Esto no es felicidad, sino el precio por el que los fuertes venden su felicidad. Lo que los dos hemos hecho esta tarde es renunciar á la felicidad, renunciar á la libertad, renunciar á la tranquilidad, sobre todo, renunciar á las probabilidades románticas de un porvenir desconocido, por los cuidados de una casa y una familia. Les ruego que nadie aproveche la ocasión para medio emborracharse y pronunciar discursos imbéciles y hacer chistes verdes á mi costa. Tenemos la intención, Ana y yo, de amueblar nuestra casa según nuestro propio gusto, y, por lo tanto, sepan que los siete ú ocho relojes de pared, las diez docenas

de cubiertos y cuchillitos de postre, las innumerables figuras de biscuit, los bastones y las sombrillas, los musiqueros, los centros de mesa y todos los demás artículos que estén preparando para acumularlos sobre nosotros, serán vendidos sin tardar y el producto dedicado á poner en circulación ejemplares gratuitos de mi libro *Manual del revolucionario.* Nuestro enlace se efectuará tres días después de nuestro regreso á Inglaterra, por licencia especial, en el despacho del funcionario del registro civil, en presencia de mi abogado y su procurador, los que, como sus clientes, llevarán traje de calle ordinario...

Viol. (Con intensa convicción.) Usted está tonto, Juanito.

Ana (Mirandole con grato orgullo y acariciendo su brazo.) No hagas caso, querido. Sigue contando.

Tanner ¡Contando!

(Risa general.)

FIN DE LA OBRA

